

ANDREA NUSÁN

José, más allá del olvido



JOSÉ, MÁS ALLÁ DEL OLVIDO

Andrea Nusán

Título: José, más allá del olvido
© Patricia Núñez Sanchis, 2019
Corrección: Érika Gael
Portada: Alexia Jorques
1ª Edición: Septiembre 2019
2ª Edición: Abril 2020
ISBN: 978-1691444861

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Dedicado a todos los soñadores,
a mi batallón Nusán.

«Te quiero como para leerte cada noche,
como mi libro favorito quiero leerte, línea
tras línea, letra por letra, espacio por espacio».

Mario Benedetti

José aún no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Quiere decir que no recordaré nada? ¿Nada en absoluto? —Notó que su garganta se reseca y que empezaba a faltarle el aire.

—Es algo más complicado que eso, don José.

El doctor Llopis era amigo de su familia desde hacía treinta años, y le costaba mucho tener que pronunciar aquellas palabras. Pero sabía que ser el portador de malas noticias era el precio que llevaba implícito, a veces, su profesión.

—La enfermedad no solo afectará a su memoria —continuó—, también a sus hábitos diarios: comer, andar, hablar... Es algo así como una vuelta a la infancia.

—Solo que esta vez no es para empezar a vivir, ¿verdad? —José suspiró mientras miraba, por la ventana de la clínica, cómo la gente andaba por las calles con prisa, de un lado para otro. Los almendros estaban en flor y llenaban la acera de color y de un ambiente casi poético. Sin embargo, nadie parecía darse cuenta; tenían demasiadas cosas en qué pensar y no tenían tiempo para detenerse a observar aquella maravilla. Pronto él olvidaría hasta el nombre de la calle.

El doctor se acercó por detrás y le tocó el hombro de forma amigable.

—Será mejor que se siente, don José; así podré explicarle qué deberá hacer a partir de ahora. —Sus palabras sonaban en la cabeza de José como un eco lejano—. Va a necesitar de toda la ayuda que le puedan prestar, así que debería decírselo cuanto antes a su familia. También sería conveniente que fuera delegando el cuidado de doña Amparo a manos más profesionales.

Con las últimas palabras del doctor revoloteando por su mente, recogió todos los informes y salió de la clínica con el corazón en un puño.

«¿Cuánto tiempo tendré hasta que olvide quién soy o quiénes son los que me rodean?», le había preguntado antes de salir.

«La enfermedad ahora está en la fase más leve. Sufrirá pequeñas pérdidas de memoria que pueden afectar a recuerdos cercanos, o a conversaciones recientes con sus familiares o amigos. También puede que comience a desorientarse y que le cueste reconocer lugares que son conocidos para usted».

«¿Cuánto tiempo, doctor?», había insistido.

«Cuatro o cinco años».

Aquel hombre de mirada triste, barba y pelo cano, y arrugas en la piel, sentía que su mundo acababa de desmoronarse como un castillo de naipes.

A sus ochenta y seis años, recién cumplidos, ya se había hecho a la idea de que algún día dejaría este mundo, y eso no le daba miedo. Estaba preparado.

Había sido feliz en su vida. Es decir, todo lo feliz que alguien puede ser cuando, estando enamorado de una persona, se casa con otra, sabiendo que jamás la querrá como a la primera.

Y eso era lo que más lo atormentaba desde que salió de la consulta del doctor.

¿Acaso sería posible olvidar al amor de su vida? ¿Olvidar el azul de su mirada, el rojo de sus labios, la suavidad de su piel?

Habían pasado cuarenta años desde que vio por última vez a Ana, pero recordaba cada gesto, cada palabra y cada sentimiento como si hubiese sido ayer.

Y la esperanza de volver a verla, aunque fuese solo una vez más, lo había mantenido vivo todos esos años al lado de su mujer y sus hijas.

Cuando llegué a Moraleja en mayo de 1957, solo pensaba en divertirme. Y me sorprendió lo fácil que me resultó adaptarme a mi nuevo hábitat. El pueblo era precioso; el aire era más limpio que en Valencia; el cielo, más azul, y la gente parecía sonreír siempre a pesar de sus problemas.

Mis padres me habían mandado allí recomendados por unos amigos extremeños. Iba con una cuadrilla de albañiles valencianos y murcianos a restaurar el tejado de la iglesia del pueblo. Pensaron que así sentaría, por fin, la cabeza, pues hasta entonces ni siquiera me había planteado el buscar un trabajo de verdad y formar una familia, como el resto de mis amigos. Prefería ir de guateque en guateque y reírme todo lo que pudiera.

Yo no había salido nunca de Valencia, exceptuando los dos años que pasé en Ceuta haciendo el servicio militar, así que aquello me pareció una aventura.

Mi tía Belén, hermana de mi madre, vivía en una casa humilde a las afueras del pueblo y me había ofrecido quedarme allí las semanas que durase el trabajo.

Ella, mujer trabajadora y vitalista, conservaba, a sus sesenta años, aquella belleza y fortaleza que me habían contado que tuvo en su juventud, aunque a mí siempre me pareció ver en su mirada un halo de tristeza.

Vivía sola, pues nunca se había casado. Y es que, según me contaron, el amor de su vida, un joven militar francés llamado François Fontaine, había fallecido seis meses antes de la boda, tras las trincheras de la gran guerra.

Mi tía jamás se recuperó de ese mazazo emocional, y con solo veinte años decidió emigrar a Extremadura junto con su mejor amiga, Manuela, y el marido de esta, Justino.

Él, extremeño de nacimiento, se había trasladado a Valencia por trabajo, y allí conoció a Manuela y se enamoró de ella.

Llevaban casados dos años cuando decidieron volver a Moraleja, el pueblo de Justino. Los padres de él ya habían fallecido, y le habían dejado en herencia lo poco que tenían: un terreno a las afueras y una casa. Así que convenció a Manuela para regresar a su tierra y que su legado no se perdiese.

Ella aceptó con una única condición: que parte de ese terreno se lo cediesen a Belén para que pudiera construirse una casa y empezar de cero. Y es que, al parecer, la noticia de la muerte de François había corrido como la pólvora entre los familiares y amigos de mi tía, y entre los muchos dimes y diretes de la gente, decidieron ponerle el sobrenombre de «la viuda del francés».

Manuela sabía que si mi tía se quedaba en Valencia, le esperaba una vida de soledad y chismorreos, y ella no consentiría eso para la que se había convertido, por derecho, en su hermana, aunque no fuera de sangre.

Justino cedió a las peticiones de su mujer, pues la amaba y, además, tenía mucho aprecio a Belén, quien siempre apoyó la relación y vio con buenos ojos sus ganas de volver a su tierra natal.

Al llegar a Moraleja sin estudios ni padrinos, todos se tuvieron que poner a trabajar en el único sitio en el que entonces podían hacerlo: la hacienda de los De Mora, familia de la que yo no sabía nada en aquella época, y que sería mi ruina tiempo después.

Para cuando llegué, mi tía ya hacía años que había dejado de trabajar en el campo y sobrevivía dando clases de costura a jóvenes casaderas que querían estar preparadas para ser buenas esposas y madres.

Ella y Manuela seguían siendo muy buenas amigas y se ayudaban en todo. Sobre todo desde siete años atrás, cuando Justino murió a causa de un ataque al corazón mientras recogía patatas en los campos de la familia De Mora.

A pesar de que yo nunca había tenido trato con mi tía, pues cuando se marchó de Valencia, ella y mi madre se distanciaron y no volvieron a hablarse, solo hizo falta una carta para que Belén me aceptara como si siempre hubiésemos sido una familia unida.

Yo tenía treinta años y muchas ganas de comerme el mundo. Lo que nunca pude imaginar es que el mundo acabaría comiéndome a mí a través de los ojos azules más bonitos que he visto y veré en toda mi vida.

—¿Qué haces, papá? —Carmen, la hija pequeña de José, entró en su despacho.

—No sabía que ya habíais venido — contestó él apagando la pantalla del ordenador—. ¿Y la fiera? —Le dio un beso.

—Viene ahora con Pedro. Ana quería chuches, y ya sabes cómo se pone cuando quiere algo. — José sonrió pensando en lo terca que se ponía su nieta de cuatro años cuando se le antojaba algo —. ¿Y mamá?

—Creo que está en la cocina con Avelina, acabando de hacer la comida.

—¿Han venido ya Isabel y los peques?

—No, tu hermana no ha llegado aún.

—Vale, pues voy a saludar a mamá para que tú puedas seguir haciendo lo que sea que estuvieras haciendo... —dijo con tono burlón y una sonrisa.

José se la devolvió con un cierto sentimiento de culpa. Habían pasado tres meses desde su cita con el doctor Llopis, y estaba hecho un lío. Aún no había decidido si quería contarle a su familia lo de su enfermedad.

Sin embargo, sí había tomado la decisión de escribir sus memorias para narrar su historia con Ana. No podía aceptar que algún día olvidaría al amor de su vida y el tiempo tan maravilloso que había pasado con ella. Y pensó que tal vez si lo escribía podría recordarla.

Los gritos de sus nietos, David y Jorge, entrando por la puerta lo devolvieron a la realidad.

—Gracias, Avelina, ya se puede marchar.

—Hasta mañana entonces. —La mujer recogió su chaqueta y su bolso y se marchó.

Avelina, una simpática y trabajadora inmigrante argentina de treinta y cinco años, los ayudaba tanto en la casa como en la cocina, y se había convertido en parte de la familia. José era consciente de que sin ella no habría podido seguir adelante, sobre todo desde que le habían detectado la enfermedad de Paget a su mujer.

Sin embargo, ahora, su ayuda no sería suficiente si el Alzheimer actuaba tan rápido como le había pronosticado el doctor. Era el momento de dar un paso más. Debería empezar a pensar en una residencia para los dos, una en la que ella tuviera los mejores cuidados y él... ¿Qué podrían hacer por él? Lo ignoraba.

Primero tenía que encontrar el valor de contarle a su familia lo que se les venía encima. José sabía que Amparo era una mujer valiente, sin miedo a casi nada. La enfermedad que ella sufría era muy dolorosa y le producía terribles deformidades, pero jamás la había oído quejarse.

Pero la dependencia que esa enfermedad había traído consigo hizo que Amparo entrara en una depresión después de dar a luz a su segunda hija, Carmen.

Un día ella le había confesado llorando que no quería convertirse en una carga para él, y que había pensado en suicidarse. José la abrazó todo lo fuerte que pudo y, mirándola a los ojos, le dijo que la amaba y que la necesitaba a su lado. Ella se aferró a sus palabras y, sintiendo el calor de su marido, quiso creerle. Nunca más había vuelto a llorar delante de él.

Sus hijas se marcharon después de comer y ellos se sentaron en el sofá para ver la televisión, en silencio. Cuando José vio que Amparo se dormía, le puso una manta por encima y se sentó ante el ordenador. Tenía que darse prisa en escribir lo ocurrido aquellos días en los que realmente fue feliz. Los días al lado de Ana.

Recuerdo aquel 8 de julio como si fuese hoy. Llevaba dos meses en Moraleja y el calor azotaba en el pueblo como no lo había hecho hasta entonces, y trabajando encima del tejado de la iglesia aún era más insoportable.

Los chicos hablaban de sus novias animadamente; dos las habían dejado en Valencia con una promesa de matrimonio y otro había encontrado una chica de «buena honra» en aquel pequeño pueblo.

Yo los escuchaba con cierta envidia. Aunque había tenido algunas parejas, ninguna me había empujado a dejar de ser soltero, a pesar de que mis padres me apremiasen en la tarea.

El calor y las horas de trabajo me ponían melancólico. Echaba de menos mi tierra: el mar, el sol, los olores...

Aquel día, escuchando a los compañeros, me sentí solo y cansado, y me planteé si no sería mejor volver, aunque ello supusiese perder otro trabajo.

En esos pensamientos estaba cuando de repente la vi llegar.

Llevaba un vestido blanco con rayas negras y una manteleta, del mismo color, que le tapaba la cara.

Aunque caminaba insegura y temblorosa, a mí me pareció el andar de una reina.

Estaba tan absorto mirándola que no reparé en unas tejas que andaban sueltas, y al pisarlas se movieron y cayeron muy cerca de ella y del resto de transeúntes.

Levantó la cabeza para ver qué había pasado y se retiró la manteleta; fue entonces cuando vi el mar reflejado en el azul de su mirada. Aquellos ojos me llevaron, en un segundo, de vuelta a mi casa.

Mis compañeros me echaron una reprimenda por mi despiste y me pareció ver que ella se sonrojaba al verme; yo solo podía sonreír.

Esperé, con ansia, todo el oficio para volver a verla. Fingía estar trabajando, pero, en realidad, mi mente estaba puesta en aquel ángel que acababa de cruzarme el corazón con su mirada.

Por fin comprobé que la gente comenzaba a salir de la iglesia y bajé del tejado con la excusa de ir a por agua. Luego me escondí tras la esquina para poder observarla.

La descubrí en medio de la plaza, desorientada y nerviosa; miraba a un lado y a otro buscando algo o a alguien, y de repente cayó al suelo desmayada.

Yo salí corriendo a socorrerla ante la impasibilidad de la gente, que parecía disfrutar viéndola allí humillada.

La cogí con cuidado por la cabeza y la abaniqué con la mano para que se despertara. Luego le di un poco de agua de mi botijo, que bebió a sorbos muy pequeños.

Entonces abrió los ojos y volvió a mirarme, y mi corazón saltó de nuevo como si de olas de mar se tratase.

Intercambiamos dos frases que no consigo recordar y, antes de que pudiera preguntarle su nombre, un animal embrutecido en forma de hombre, con aliento a alcohol, apareció entre el gentío y me apartó de ella.

Entonces escuché las tres letras que llevaría escritas mi corazón el resto de mi vida:

—¿Está usted bien, señorita Ana? —inquirió aquel bruto.

«Ana, nombre de princesa», pensé. Y, desde ese momento, el nombre de la mujer que me quitaría el sueño.

—Por cierto, me llamo José —le dije temblando.

Ella me sonrió y, sin decirme nada, se marchó en el coche, con su chófer.

Me pasé el resto del domingo sonriendo como un tonto, cantando y bailando.

Por fin sabía lo que quería en la vida. La quería a ella.

Cuando ese domingo llegué a casa de mi tía, parecía que iba borracho.

Entré en su casa cantando Yo soy minero, de Antonio Molina. Belén estaba en el brasero, acabando de preparar la comida; la aparté del fuego y la saqué a bailar.

—Pero ¿qué haces, loco? —Se soltó y se arregló el delantal.

—¡Soy feliz, tía! ¡Tan feliz que ya no quiero volver a mi casa! ¡Me quedaré a vivir con usted! —dije silbando y dando botes de un lado a otro.

—Entiendo que todo esto es por una mujer, ¿me equivoco? —dijo sin inmutarse mientras trataba de colocar, en vano, las cosas que yo iba cambiando de lugar, sin ningún propósito.

—¡Una diosa, tía! ¡La mujer que hará de mí un hombre responsable! ¡La madre de mis hijos! —proclamaba excitado.

—¿No crees que vas un poco rápido, hijo? ¿Sabes algo de ella o solo ha sido una visión celestial? —preguntó sin dejar de darle vueltas al puchero.

—Se llama Ana... Tiene los ojos azules más bonitos que he visto jamás... Una cintura de avispa y...

—¡Para, para! O tendré que taparme los oídos —comentó divertida—. Y esa Ana, ¿sabe que existes?

—Creo que sí... Espero que sí... Ella me sonrió.

Me tumbé en el sofá con los brazos detrás de la cabeza.

—¡Toda una promesa de matrimonio! —Rio.

—No se burle, tía, por algo se empieza. Además, volveré a verla el domingo que viene. Si acude a misa —puntalicé entre dientes—. Porque, ahora que lo pienso, es la primera vez que la he visto por la iglesia, y tampoco la había visto en el pueblo.

De repente empezó a faltarme el aire y comencé a sudar.

—¿Y si no la vuelvo a ver? ¿Y si no se acuerda de mí? ¿Y si...?

Belén dejó el cucharón al borde del brasero y se giró hacia mí.

—¿Y si dejas que el destino siga su curso? Si está escrito que vuelvas a verla, no habrá fuerza que lo impida. —Se levantó y se sentó a mi lado—. Te contaré una historia: cuando conocí a François, yo solo tenía dieciséis años, y él, veintidós. Me enamoré de él en cuanto lo vi; era apuesto, fuerte y con los ojos del color de las aceitunas sin madurar.

»François también se fijó en mí. Aunque no lo creas, de joven yo era una jovencita muy atractiva. —Asentí. En casa había podido ver fotos suyas de aquella época y daba fe de su extraordinaria belleza—. Intercambiábamos miradas y sonrisas todo el tiempo, sin que nuestros padres se dieran cuenta.

»Una tarde, después de una comida, pidió a mi padre poder dar un paseo conmigo. Pero el abuelo era muy estricto —añadió haciendo una mueca—, y, aunque aceptó su proposición, tu madre tuvo que hacer de carabina.

»Apenas hablamos media hora, hasta que tu madre dio por concluido el paseo.

—¿Mi madre? —pregunté extrañado—. ¿Por qué?

—François habló de la posibilidad de volver a vernos y de que viajara con él a París, y eso hizo saltar todas las alarmas —contestó apenada—. Sin embargo, aquel breve tiempo que compartimos me confirmó que François era el hombre de mi vida. Coincidíamos en todo, era gracioso y atento, y sus ojos brillaban cada vez que hablaba de su tierra natal.

—Yo no veo tanto problema, tía —alegué echándome un trozo de regaliz a la boca—. Igual no les caía bien el «gabacho», pero usted seguro que se impuso.

—El problema, querido sobrino insolente, es que jéramos primos! —exclamó, irritada por mi actitud—. Y además, él era francés, sí. Mi padre me dejó claro, delante de todos, que nunca aprobaría esa relación.

»Al día siguiente François volvió a Francia con su familia, y mi madre y su hermana se despidieron con la certeza de que ya no se verían jamás; debían evitar que volviéramos a encontrarnos.

—¿Y no volvió a verlo?

—Tres años después, cuando ya había dado por imposible cualquier reencuentro, y en las peores circunstancias para que el amor triunfase —dijo con la mirada llorosa—. ¡Pero esa es otra historia! —se interrumpió, refrenando mi curiosidad—. Lo importante es que, a pesar de la distancia y de los impedimentos de nuestras familias, volvimos a vernos. Estaba escrito, ¿entiendes?

Y dejándome con la boca abierta y mil preguntas, regresó a sus fogones como si no hubiese pasado nada. No volvimos a sacar el tema en todo el día.

Al domingo siguiente, mientras mis compañeros almorzaban, y desobedeciendo los consejos de Belén, entré en la iglesia y la esperé apoyado en una columna.

Yo haría que nuestra historia también tuviera un destino.

Al día siguiente, mientras José escribía en su ordenador, recibió una llamada de su hija Isabel, muy alterada.

—Papá, ¿estás bien? ¿Y mamá? —inquirió preocupada.

—Sí, estamos a punto de comer. ¿Por?

—Entonces, ¿por qué no has ido a recoger a David y a Jorge al colegio? ¡Te avisé que hoy tenía que ir al banco!

—¿El colegio? Me dijiste el lunes —respondió José contrariado.

—¡Y hoy es lunes, papá!

—¡Ay, hija, lo siento mucho! ¡Me pongo la chaqueta y voy! —dijo levantándose de la silla.

—¡Son las dos de la tarde, papá! El colegio me ha llamado para ver por qué no los recogía nadie y los han llevado al comedor. —Isabel oyó suspirar a su padre—. Ya van dos veces este mes, papá... ¿Va todo bien?

—Sí, claro. Solo es que he confundido el día. ¡Tengo ochenta y seis años, por el amor de Dios! ¡Ya veremos cuando tú llegues a mi edad!

—Tienes razón, papá, no pasa nada. —La voz de su hija sonaba cansada—. Solo llamaba por si os había pasado algo. Hablaremos luego. Un beso.

Aquella no era la primera vez que su padre olvidaba cosas importantes, e Isabel empezaba a pensar que había algo más que la edad detrás de aquellas pérdidas continuadas de memoria, pero aún no podía sospechar el qué.

José se quedó hecho polvo cuando terminó de hablar con su hija. No iba a poder ocultar lo que le pasaba durante mucho más tiempo.

Aquel día, mientras comía con su mujer, estuvo a punto de sincerarse. Se levantó de la mesa y cogió los papeles que el doctor Llopis le había dado. Pero entonces Amparo chilló de dolor y se tambaleó. Le acababa de dar una crisis. Por poco se le cae el plato de sopa encima, así que con la ayuda de Avelina, que aún no se había marchado, la llevaron a la cama, después de que se tomara un tranquilizante.

—Menuda vida te he dado, ¿eh? —le dijo su mujer mientras él aparcaba en un rincón la silla de ruedas.

—No digas eso, sabes que a mí lo único que me importa es que estés bien.

—Lo sé, pero a veces siento que tendría que haberme muerto hace mucho tiempo... Así tú habrías podido vivir...

José se sentó en la cama junto a su mujer, que, con lágrimas en los ojos, evitaba mirarlo a la cara, y le cogió las manos.

—Yo elegí esta vida. Te elegí a ti. Y he sido muy feliz a tu lado y al lado de mis hijas y mis nietos. —Sonrió.

—Gracias. —Amparo sabía que había parte de verdad en las palabras de su marido, y con eso le bastaba.

De hecho, siempre había bastado. Sabía que durante el día estaba con ella, que la respetaba y quería, pero por la noche, en sueños, se escapaba con otra mujer. Alguien a quien él llamaba incesante y delirantemente sin poder reprimirse, porque en sueños era libre, porque en sueños no era a ella a la que elegía.

—Descansa, mi amor. —Le dio un beso en la frente—. Le diré a Avelina que se vaya ya.

Amparo giró la cabeza para que su marido no la viera llorar.

—¿Va todo bien, don José? ¿Se encuentra mal? Lo noto algo cansado —le preguntó la chica mientras recogía su chaqueta.

—¡Vaya por Dios, ya van dos personas que me preguntan eso hoy! ¿Tan viejo se me ve?

—Ya sabe que yo creo que está hecho un chaval —dijo guiñándole un ojo—. Pero es que lo noto más despistado y callado que de costumbre, y por eso me preguntaba si pasaba algo. Ya sabe que si necesita que me quede más horas a cuidar de la señora... solo tiene que decírmelo.

—Gracias, Avelina, pero no hace falta. Va todo bien —mintió.

—Entonces me voy. Pero acepte mi oferta si la necesita. Lo hago de corazón.

José sonrió, sabiendo que decía la verdad, y la despidió hasta el día siguiente.

Cansado y melancólico, decidió volver al único lugar donde su corazón latía sin preocupaciones. Y, cerrando la puerta, encendió el ordenador.

Con el repicar de la última campanada, todos los feligreses entraron y se sentaron en los bancos de la iglesia. Todos menos ella.

Me empecé a poner nervioso pensando que a lo mejor no acudiría, que a lo mejor el destino se burlaba de mí. Pero entonces la iglesia se iluminó: Ana entró por la puerta tan radiante como la semana anterior.

Se sentó en la tercera fila; aquel mastodonte que llevaba pegado la rectificó y la hizo cambiarse a primera fila, obligando a que otras señoras se levantaran, de muy mala gana, de sus asientos.

¿Quién podía tener tanto poder como para disponer de un chófer y, además, lograr que otras personas cedieran su sitio para que ella pudiera sentarse en primera fila? ¿Acaso sería una reina de verdad?, me pregunté.

Sin embargo, su actitud no era la de una reina, sino la de un animalillo indefenso, al que avergonzaba toda aquella situación.

Debía hacerle saber que estaba allí. Me quité el gorro de faena, me atusé el pelo y tosí de forma algo exagerada para que me oyese.

Y por suerte lo hizo; le sonreí y ella se sonrojó de nuevo, y me pareció que se alegraba de volver a verme. ¡Sí, tenía una oportunidad!, pensé.

Esperé al momento de la comunión para ponerme detrás de ella, rozarle la mano y preguntarle cómo se encontraba. Su tacto erizó mi piel.

Pero otra vez aquel bruto se interpuso y no me pudo contestar. Al menos no con la voz, porque nuestras miradas decían más que cien mil palabras.

Acabada la misa, salió apresurada, sin que pudiera seguirla, y solo atiné a ver cómo se alejaba en el coche con su chófer.

—Gírate, gírate —susurré mientras se marchaba.

Y de repente sus ojos me sonrieron y mi mundo se volvió azul de nuevo.

—Creo que le pasa algo a papá. —El ruido de la cafetería en la que Isabel había citado a su hermana la obligaba a hablar más alto de lo normal.

—Y yo creo que estás paranoica —contestó Carmen con la boca llena de croissant—. Sí, se le olvidó recoger a los peques, ¿y? Yo soy cincuenta años más joven que él y ayer no le puse el almuerzo a mi hija. ¿Eso quiere decir que tengo algún problema, doctora? —bromeó.

—Hablo en serio, Carmen. No lo veo bien. ¿Recuerdas cuando lo mandaste a pagar el ballet de Ana el mes pasado? —Su hermana asintió—. Pues luego me lo encontré por la calle, desorientado, con el dinero en la mano. Le pregunté a dónde iba y dudó en su respuesta. —Carmen arqueó una ceja, escéptica—. ¡Creo que no recordaba a dónde tenía que ir!

—Pues te aseguro que fue, porque si no, Ana no habría podido asistir este mes a sus clases. ¡No veas lo estrictos que se ponen con eso de querer cobrar su trabajo!

Isabel frunció el ceño ante la cara divertida de su hermana.

—No te lo estás tomando en serio, Carmen. Si te he citado aquí esta mañana ha sido para que me ayudes a hablar con él; contigo siempre ha tenido más feeling.

—Creo que te preocupas demasiado, hermanita. Ese hombre camina dos kilómetros todos los días, come fruta y verdura como para cultivar su propio huerto, no bebe, no fuma... ¡Joder, antes me moriré yo, seguro, que hago todo lo contrario!

Isabel la miró con el morro torcido; ella sabía lo que había visto esos últimos meses y no entendía por qué su hermana no le hacía caso.

—Mira —prosiguió Carmen—, no te lo quería decir porque sé lo que piensas sobre ciertas cosas, pero... intuyo por qué está más despistado últimamente.

Su hermana la miró intrigada.

—El domingo, cuando fuimos a comer a su casa, lo pillé en el ordenador mirando algo o escribiendo a alguien, y no parecía querer que yo me enterase de a quién, porque cerró la pestaña sin que me diera tiempo a ver lo que había hecho.

—¿Qué insinúas?

—Pues que a lo mejor papá no está tan mayor como crees y aún le apetece... ya sabes... utilizar su aparatito... —sugirió con un brillo divertido en los ojos.

—¿¿Qué dices?? —Isabel se escandalizó y se tapó los oídos de modo teatral—. ¡No quiero ni pensarlo!

Carmen se echó a reír a carcajadas y su hermana la siguió, lo que hizo que ambas se relajaran de inmediato.

—Si así te vas a sentir mejor, hablaré con él, ¿vale? —le dijo Carmen y, sonriente, le aferró la mano con cariño.

—Gracias. Igual tienes razón y solo son paranoias mías, pero me quedará más tranquila.

—Por cierto, hay algo que tengo que contarte y no sé cómo te lo vas a tomar —bebió de un

trago el café que le quedaba e inhaló—, así que lo soltaré de golpe. He conocido a un hombre... y creo que me estoy enamorando de él.

—¿Quééé? ¿Y Pedro? ¿Y Ana? —Con los ojos como platos, a Isabel casi se le atraganta la tostada que estaba comiendo.

—Hace tiempo que tengo dudas de lo nuestro —confesó Carmen con la mirada empañada—. A Pedro el trabajo le absorbe todo el tiempo y nunca puede estar con nosotras. Cuando llega a casa, viene cansado, y parece estar más pendiente del móvil que de mí. —Bajó la mirada, avergonzada—. Creo que ya no me desea. Si supieras cuánto tiempo hace que no...

—¿Pero y tu hija? ¿Has pensado en ella? —la interrumpió Isabel.

—Por ella he aguantado los dos últimos años y me he callado un montón de cosas: desplantes como el otro día en casa de los papás, cuando se marchó a los cinco minutos de llegar; malos gestos; malas contestaciones... Pero creo que flaco favor le hago a la niña si el ejemplo que le doy es el de una familia en la que los padres ni siquiera se miran.

—¿Y ese hombre...? ¿Tú y él ya...? —musitó.

—Sí. Ayer por la mañana. —Carmen se sonrojó, culpable y excitada a la vez al recordar aquel momento—. Dos veces.

—Vale, vale... El desayuno se acaba de convertir en almuerzo. ¡Camarera! ¡Tráigame dos cervezas, por favor!

Carmen sonrió y se dio cuenta de que tendría que llamar a Pedro para que fuera a recoger a su hija al colegio; la mañana se iba a alargar.

—Así que se llama Mario, es madrileño, trabaja en Valencia de lunes a viernes para una empresa de pinturas, y el fin de semana se vuelve a su casa. —Isabel bebió otro trago de su tercera cerveza —. Además de estar buenísimo y ser un amante cojonudo. ¿Me olvido de algo?

—Creo que no deberías beber más, hermanita. —Carmen le apartó la botella con una sonrisa.

—¡Qué va! ¡En mi juventud yo era la última que quedaba en pie! ¿O no te acuerdas? —dijo recuperándola.

—En tu juventud tal vez, pero hoy tienes que llegar a casa sin golpearte por el pasillo, y lo más importante: sin que se te suelte la lengua con Carlos. —En ese momento Carmen vio pasar a la camarera y le hizo un gesto con las manos para que les llevase la cuenta.

—Ahora en serio, Carmen —Isabel trató de ordenar bien las palabras—, ¿de verdad vas a tirar por la borda tu matrimonio de nueve años por ese «Don Perfecto»?

—Aún no lo sé —admitió—. Pero nunca pensé que sentiría algo así por alguien, de nuevo. —Bajó la mirada al recordar sus sentimientos por su marido—. Yo también me casé para toda la vida, ¿sabes? Pero ¿cómo podía imaginar que, a mi edad, volvería a enamorarme?

—Sí, la verdad es que la probabilidad es de una entre... —Isabel empezó a contar con los dedos sin saber muy bien qué estaba contando.

—Está bien, señorita, ¡nos vamos! —Carmen cogió los bolsos de las dos y dejó el dinero en el plato que la chica había llevado con la nota—. Hoy conduzco yo.

Mientras salían de la cafetería, Carmen recibió un mensaje en el móvil. Era Mario. Bloqueó el teléfono sin mirarlo y subió a su hermana en su coche.

Media hora después Carmen llegó a casa.

«Aún sigo excitado recordando tus curvas bajo mis manos».

El teléfono casi se le cae al suelo del cuarto de baño al leer el mensaje de Mario.

—¡Mami! ¿Ya has terminado? —La hija de Carmen acababa de llegar a casa con su padre—. ¡Tengo una cosa *mu* importante que contarte del cole!

—Sí..., sí, cariño. Salgo ya —balbuceó.

Borró el mensaje y bloqueó el móvil. Probablemente su hermana tenía razón: aquello era una locura y no podía salir bien. Se echó un poco de agua en la nuca para refrescarse y salió con una sonrisa.

—¿Qué te ha pasado, bichito?

—La profe me ha felicitado porque dice que he hecho el pez más bonito de toda la clase —dijo la niña con una sonrisa de oreja a oreja y su dibujo entre las manos.

—¡Es precioso! ¡Eres una artista, cariño! —Carmen cogió a su hija en brazos y le dio un beso.

Detrás de ella, dejando la chaqueta en el perchero y con el móvil en la oreja, Pedro la saludaba, indicándole con gestos que la llamada era importante.

—Hola —contestó ella sin ningún tipo de emoción.

Carmen cogió a su hija y se la llevó a su habitación.

—Ahora me lo cuentas todo en el baño, ¿vale?

—Vale, porque tengo un montón de cosas que contarte. ¿Sabes que Almudena se ha caído en el patio? Le ha salido sangre en la rodilla, pero la seño le ha puesto una tiritita.

«Aún sigo excitado recordando tus curvas bajo mis manos». Aquel mensaje y las imágenes del día anterior con Mario se mezclaban en la mente de Carmen una y otra vez mientras la niña seguía hablando.

—Y después Isaac me ha dicho que le gusto a Kevin y que quiere ser mi novio —continuaba incansable su hija—. Pero yo le he dicho que no quiero ser su novia. ¡Aún soy muy joven para tener novio! ¿A que sí, mami?

Aquella hermosura rubia de mofletes sonrosados y ojos castaños, que apenas llegaba a la cama, la devolvió a la vida real y le provocó la risa con sus problemas de amores.

—Claro que sí, cariño. Los chicos, para cuando seas más grande, ahora solo conmigo.

—¡Maaamiii! —exclamó Ana, y le dio un abrazo para que la llevara a la bañera.

En el otro extremo de la casa se escuchaba a Pedro hablando de cifras y fechas y riendo las ocurrencias de la persona que estaba al otro lado del teléfono.

Carmen se centró en las burbujas y en el «monstruo Cosquillas» para que Ana no notase el vacío que se iba creando en su corazón.

—Tengo que volver a la oficina —dijo Pedro una hora después, entrando en la cocina con la chaqueta puesta.

—¿Ahora? Son las siete y estoy preparando la cena. ¿No puedes esperar hasta mañana?

—Me temo que no. Hay un asunto urgente que tengo que resolver antes de que se marchen los de laboratorio. Ya sabes que es un proyecto importante.

—Pero... estaba haciendo la ternera que te gusta, y si no se come en el momento ya sabes que se queda dura... —protestó en un tono casi infantil.

—¡Oh!, se me olvidaba, no vendré a cenar. Es posible que se alargue más de lo que quiero, y ya sabes que el tráfico es horrible a esas horas. —Carmen miraba incrédula a su marido, que rehuía su mirada—. Te lo compensaré, ¿vale?

Sin dejarla responder, Pedro le dio un beso en la frente y salió despidiéndose de su hija, que, ajena a todo, jugaba en el comedor con sus muñecas.

Con el golpe de la puerta, Carmen cogió el plato de su marido y lo tiró a la basura. La rabia y la impotencia le ardían en el corazón. Le hubiese gustado gritar, pero eso habría asustado a su hija, y por la misma razón se tuvo que tragar sus lágrimas.

Entonces recordó el mensaje de Mario y cogió su móvil.

«Estoy deseando repetir».

Miró dos veces lo que había escrito antes de enviarlo y después esperó impaciente el sonido del teléfono, mordiéndose las uñas como cuando era pequeña.

«¿Mañana, a la misma hora en el mismo sitio?».

Carmen notó cómo una extraña felicidad crecía en su interior al oír el sonido del mensaje. No sabía si aquello solo era una falsa ilusión o un juego, pero necesitaba volver a ver a Mario y sentirse de nuevo deseada, amada, mujer.

«Allí estaré».

José, ajeno a la conspiración que sus hijas habían urdido sobre él, seguía escribiendo su historia de amor con Ana.

Pero sin darse cuenta, comenzaba a descuidar el tiempo que pasaba con su mujer. Su rutina consistía, desde hacía semanas, en: levantarse, desayunar y ponerse a escribir en su ordenador.

La obsesión por no olvidarla logró que Amparo también sospechara que había algo raro en el comportamiento de su marido. Comenzó a pensar que la engañaba con otra y, sin decir nada a sus hijas, empezó a planear la forma de averiguar qué hacía en el ordenador de su despacho todo el día.

Y mientras todo esto se cernía sobre José, él seguía inmerso en sus recuerdos, cincuenta años atrás.

Pasé toda la semana ideando un plan para poder hablar con ella, aunque fuesen solo cinco minutos, y exponiéndole a Belén lo maravillosa que era. Mi tía trató, en vano, de frenar mi optimismo; le daba miedo que pudiera sufrir. Pero yo estaba tan ilusionado como un niño en Navidades, y no veía más allá.

Por suerte, aquel domingo el capataz nos dio el día de descanso; las obras iban bastante avanzadas y no era necesario que trabajásemos todos los fines de semana.

Entré a la iglesia antes de que ella llegase y me coloqué junto a la misma columna que la semana anterior. Quería comprobar si me buscaba con la mirada, como yo a ella. Y así fue.

Su figura ligera y delicada sobresalía entre cualquiera de las muchachas del pueblo. Y mi corazón se volvió loco cuando, al girarse y encontrarme en el mismo sitio que la semana anterior, me dedicó una sonrisa.

Debía hablarle como fuera. Volví a situarme detrás de ella en el momento de la comunión, abriéndome paso entre viejas beatas y niños con pantalones cortos y mocasines.

—Me gustaría invitarla a dar un paseo cuando termine la misa —le susurré al oído.

—Es imposible —me respondió temblando—. Me esperan.

—A lo mejor pueden esperar cinco minutos. —Le guiñé un ojo.

En ese momento la fila de gente me empujó; ya nos tocaba comulgar, a mí con un monaguillo y a ella con el cura, y nos separaron sin que llegase a contestarme.

Me fijé en que Ana no sabía cómo debía poner las manos para recibir el pan, y cuando llegó al banco, miraba a unos y a otros, como intentando copiar qué hacían, antes de arrodillarse.

Aquella situación habría resultado cómica de no ser porque a ella se la veía muy angustiada. No seguía las canciones, y se notaba que solo balbuceaba cuando había que entonar alguna oración.

Sin embargo, la gente no pareció darse cuenta del engaño, y acabó la misa como todos los demás.

Yo salí un poco antes que el resto y la esperé en la esquina de la iglesia. A los cinco minutos asomó por la puerta y, arreglándose el vestido, me pareció que miraba hacia el campanario. Me pregunté si me estaría buscando.

Le silbé desde mi esquina; no quería llamar la atención de aquel hombre que la seguía a todas partes y que no me inspiraba ningún respeto. Ella me oyó y tímidamente se acercó a mí; entonces yo tiré de su mano y nuestros labios quedaron a tan solo unos milímetros. Sus mejillas se sonrojaron.

Rápidamente dio un paso atrás y levantó la cabeza con altivez.

—¿Qué se ha creído? —preguntó ofendida—. ¡Es usted un maleducado!

—¡Chiss! No chille o la van a oír —contesté divertido, cogiéndola de la mano—. ¿Le apetece que demos un paseo?

Volvió a soltarse y me dedicó una mirada de fingido estupor.

—¡Va listo si cree que iré a algún sitio con usted! ¡No sabe quién soy yo!

—¡Claro que lo sé! Es la chica más bonita que hay en este pueblo.

A Ana se le sonrojaron de nuevo las mejillas y, sabiéndose descubierta, se giró para marcharse.

Debía hacer algo; si se marchaba en ese momento era posible que la perdiera para siempre. Mi corazón se salía del pecho viendo cómo se alejaba, así que me puse delante de ella y le corté el paso.

—¡Espere, por favor! ¡No se vaya! —le rogué, sintiendo que su mirada traspasaba mi pensamiento—. Le propongo una cosa: si es capaz de mirarme a los ojos y decirme que me marche, lo haré. —Tragué saliva solo de pensar en esa posibilidad—. La dejaré en paz y no volveré a molestarla. Pero si no es capaz de hacerlo, daremos un paseo de cinco minutos y luego volveremos.

Ana dudó unos instantes, pero pareció envalentonarse, y yo empecé a sudar. Tal vez no la había impresionado tanto como pensaba.

Levantó la cabeza y clavó su mirada en la mía apenas unos segundos, que para mí fueron eternos, pero no fue capaz de pronunciar ni media palabra. Nerviosa, bajó rápidamente la vista, y yo sonreí esperanzado.

Entonces, para mi asombro y desconcierto, se irguió y me dijo que de todas formas se marchaba.

—¡No, por favor, no lo haga! —le supliqué—. ¿No entiende que me juego mucho al estar aquí con usted y no trabajando? —Ella miró hacia arriba, posiblemente buscando a mis compañeros, y yo continué antes de que descubriera que no había nadie—: ¿No se da cuenta de que si estoy aquí es por usted? —Aquello sí era verdad.

El sudor me caía por la frente; me quité el sombrero y comencé a arrugarlo entre las manos. Ya no me quedaban más argumentos; si me decía que no, tendría que darme por vencido.

Sin embargo, ella levantó la cabeza y, mirándome con ternura, asintió.

—Cinco minutos.

Sonreí. El aire volvía a pasar por mis pulmones, y la esperanza de enamorarla volvió a crecer en mí.

Caminamos uno al lado del otro y llegamos a un jardín detrás de la iglesia. Luego nos sentamos en un banco.

Hacía calor, y ella sacó un abanico, gesto que resaltaba aún más su belleza angelical. Respiré hondo y me centré en lo que le quería decir, tenía poco tiempo:

—Y dígame, Ana, ¿quién era el mastodonte que el otro día me pegó un empujón? —«Y me apartó de ti», pensé.

—Es... el chófer de mi... futuro marido, Fernando de Mora —dijo bajando la mirada.

¿Futuro marido? ¿De Mora? Por un segundo creí que se me paraba el corazón. Cuando por fin la vida me presentaba a mi alma gemela, resulta que esta se había prometido a otro hombre. Parecía una broma pesada.

Sin embargo, aún no se había casado, y en ese instante estaba allí, conmigo.

Decidí recomponerme de la noticia que me acababa de dar Ana y sacar provecho de lo que había visto dentro de la iglesia. Con la mejor de mis sonrisas, le dije que había descubierto que no llevaba muy bien el protocolo que había que seguir en la misa, pero que yo podía enseñarle. No en vano, desde chico, yo había acudido a todas las fiestas y oficios religiosos con mi familia.

—Me encantaría, pero eso será imposible —contestó compungida—. Solo puedo salir de la finca de los De Mora los domingos y solo para asistir a misa; no puedo ir a ningún otro lugar. Además, no creo que pueda volver a venir sola.

¿Qué quería decir con eso de que solo podía salir los domingos? ¿Acaso la retenían en su casa?, me pregunté.

—Tal vez si yo hablara con su prometido... —me atreví a sugerir.

—¿Está usted loco? —Se levantó de golpe, como un gato que cae al agua y huye escaldado.

Fuera quien fuera aquel Fernando de Mora, parecía tenerla atemorizada.

—Está bien, está bien, solo era una idea... —Entonces recordé a Belén. Seguro que mi tía se enfadaría conmigo por llevar a Ana a su casa, pero debía intentarlo—. A lo mejor si le dice que se quiere apuntar a un curso de costura...

Aquello pareció interesarle y se volvió a sentar a mi lado.

—Aquí en el pueblo hay una señora que se dedica a dar lecciones de costura a jóvenes como usted, que se van a casar pronto —dije, apretando los dientes en la última frase—. Y, casualmente, es amiga mía. —Sonreí—. Podríamos quedar en su casa, y cuando usted termine su clase con mi amiga, yo le enseñaría lo que tiene que hacer y decir en las misas.

Aquel comentario sobre «mi amiga» pareció revolverla en su orgullo de mujer. Frunció el ceño, apartando la mirada de la mía, y cruzó los brazos como una niña pequeña.

Ana parecía estar celosa de Belén, y eso se me antojó divertidísimo, así que decidí callarme la verdadera relación que me unía a mi tía.

—Bueno..., señor... —comenzó a despedirse antes de marcharse de nuevo con aires de gran señora, marcando distancias conmigo.

—Ribelles, José Ribelles. —Extendí mi mano con una enorme sonrisa.

—Señor Ribelles —ignoró mi saludo—, no le aseguro nada. Pero si viene el domingo que viene a misa de once, podré darle una respuesta definitiva.

—Señorita ¿Ana...? —pregunté aguantándome la risa.

—Ana Giménez —puntualizó seria.

—Señorita Ana Giménez —repetí divertido—, no me perdería esa misa por nada en el mundo. —Y, con un gesto rápido, le cogí la mano y se la besé.

Ella me soltó de inmediato, resoplando y frunciendo aún más el ceño, lo que provocó que se me escapara una risita.

Sin decir nada más, Ana se giró y se alejó, indignada por mi descaro.

Viéndola marchar de aquella manera, no pude contenerme más y me reí a carcajadas. Esa muchacha era un ángel caído del cielo.

De repente caí en la cuenta de que aún no le había dicho nada a Belén sobre mis planes. Y estaba seguro de que no le iban a hacer ninguna gracia. Pero yo ya estaba decidido: sería ella o ninguna.

Me puse el gorro y salí corriendo hacia la casa de mi tía.

—Me voy a dormir. —La mujer de José se asomó por la puerta, sentada en la silla de ruedas, y él tuvo que reprimir la sonrisa que se le había dibujado en la cara al recordar aquellos días con Ana.

—Vale, ¿te ayudo?

—No, gracias. Avelina ya lo dejó todo preparado. —Amparo se fijó en que su marido trataba de tapar la pantalla del ordenador con su cuerpo—. Buenas noches —dijo con pena y rabia a la vez.

—Buenas noches.

José no quería hacer daño a su mujer, nunca lo había querido, pero a esas alturas de su vida, los recuerdos de los días pasados con Ana y la esperanza de que algún día volvería a verla, eran lo único que hacía que siguiera vivo.

No se lo había dicho a nadie, pero hacía diez años que había localizado al hijo de Ana a través de Facebook.

Un día, tomando un café con un antiguo compañero de trabajo, este le explicó que aquella red social era una buena excusa para buscar a antiguos amigos, primos lejanos o novias perdidas; José pensó de inmediato en Ana.

Se abrió una cuenta y tecleó su nombre en el buscador, pero, como suponía, no había ningún usuario asociado a Ana Giménez que correspondiera a las características de su amada. Entonces, temblando con cada clic de su teclado, buscó el nombre de su hijo: Ismael De Mora Giménez... Y allí estaba.

Apenas podía creer el hombre guapo y exitoso en que se había convertido aquel niño al que solo había podido ver una vez; al que el destino, y la rabia incontrolada de un hombre, arrebató de sus brazos en el último suspiro.

«Sin duda tiene los ojos de su madre», había pensado.

Viéndolo tras la pantalla del ordenador, no había podido evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas, pero no fue capaz de mandarle una solicitud de amistad o un mensaje.

El solo pensamiento de poner en peligro a su propia familia o los cimientos de su hijo había paralizado sus ansias por conocer más a aquel hombre que se presentaba a sí mismo como: «Empresario y amante de la vida».

Además, había pensado, seguramente Ismael no supiera de su existencia. Lo más probable era que Ana nunca le hubiese hablado de él. Al fin y al cabo, no había vuelto a saber nada de ella desde aquella fatídica tarde.

Así que había dejado que los años siguieran pasando, y se conformó con ver lo que Ismael hacía desde el otro lado de la pantalla.

Apagó el ordenador y se fue a dormir con su mujer, sin imaginar lo que le esperaba al día siguiente.

—Creí que no vendrías.

Mario esperaba a Carmen, con una sonrisa, en la cafetería de su hotel.

—Yo también lo creía —contestó ella. Se sentó con él a la barra y pidió una cerveza.

—Pero has venido. —Le agarró las manos y la miró con deseo—. No he dejado de pensar en ti en todo el día.

—Mario, yo... he venido porque quería hablar contigo.

—Oh, oh. Ya me sé esa historia —contestó. Le soltó las manos y bebió un trago de su copa de vino—. Te estás arrepintiendo de lo que pasó, ¿verdad?

—Sí... No... ¡No lo sé! Entiéndeme: estoy casada, tengo una hija de cuatro años... Y tú...

—Y yo solo he sido una aventura que te venía bien, ¿no?

Mario la miró a los ojos, retirándole el pelo de la cara con una suave caricia, y ella no pudo evitar morderse el labio al notar cómo su mirada la traspasaba.

—No. Mario, me atraes muchísimo; creo que eso es evidente. Yo tampoco he dejado de pensar en ti, y si estoy aquí es porque quiero estar contigo, pero...

Él la miró de arriba abajo, repasando sus curvas, imaginando sus pechos bajo la camiseta, deseando quitarle las medias de rejilla que llevaba bajo una falda corta. Su cuerpo la deseaba, y la mirada de Carmen decía que ella sentía lo mismo.

Se acercó a sus labios y le robó un beso apasionado que hizo que Carmen se olvidara de dónde estaba, de la gente que había a su alrededor y de por qué había acudido a la cita.

Subieron a la habitación comiéndose a besos en el ascensor. Mario la deseaba como nunca antes había deseado a una mujer, y ella sentía que su cuerpo encajaba perfectamente en las manos de aquel hombre que la hacía perder la noción del tiempo y del espacio.

De repente el ascensor se paró entre dos plantas. Carmen miró a su alrededor asustada y vio que él tenía la mano en el botón de pausa. Ambos sonrieron pícaramente y siguieron acariciándose.

Mario le quitó la camiseta y la tiró al suelo; acariciándola despacio, bajó hasta sus caderas y le quitó las medias.

Sintiendo que el deseo recorría cada parte de su ser, ella le desabrochó el cinturón y le bajó los vaqueros.

Por el intercomunicador alguien les preguntaba si iba todo bien, pero lo único que ellos escuchaban era el jadeo del otro mientras la excitación subía de nivel.

Hicieron el amor como posesos, ajenos a los gritos del recepcionista, que los urgía a apretar el botón de reinicio.

Cuando por fin el técnico de mantenimiento abrió las puertas del ascensor, se los encontró en el suelo, vestidos, pero con el pelo alborotado y riendo como unos chiquillos.

—Por eso dice mi hermana que tengo que hablar con mi padre —le explicó Carmen a Mario, ya en la habitación.

Ambos estaban desnudos en la cama, comiéndose unas fresas, y ella le había contado la conversación con Isabel el día anterior.

—¿Pero te imaginas que descubro que tiene una aventura? ¿Con qué cara le digo yo que hace mal en tenerla?

—¿Y eso sería tan malo? —contestó él bebiendo un sorbo de su copa de champán.

Carmen lo miró arqueando las cejas.

—Quiero decir que tu padre tiene ochenta y seis años; si el hombre ha conocido a alguien a través de internet y eso lo hace feliz, ¿qué mal hace? No creo que se vaya a fugar con ella.

—Puede que tengas razón, pero aun así me resultaría incómodo. —Se tapó con la sábana, como si de repente el hecho de que los dos estuvieran en la cama de un hotel, desnudos, la incomodase.

—Lo entiendo —dijo acercándose a ella—, pero piensa que nadie mejor que tú para entender que haya podido cometer un desliz o sentir una nueva ilusión con alguien, ¿no? —Mario se acercó más y, apartando un poco las sábanas, la besó en los hombros.

—Mmm... —Carmen se revolvió, coqueta—. Para, o no podré irme...

—¿Y si no te dejara? —dijo él mordiéndola en el cuello—. Podrías quedarte aquí conmigo el fin de semana. Solo tengo que avisar en recepción para que me mantengan la habitación dos días más.

—No puedo. Ya sabes que tengo responsabilidades. —murmuró y subió de nuevo las sábanas.

—Y por eso me gustas todavía más. —Le dio un beso en los labios—. Creo que el amor de una madre tiene que estar por encima de todo, siempre. De hecho, mi mujer y yo nos divorciamos porque ella no quería tener hijos.

—No sabía que estabas divorciado. ¿Hace mucho?

—Dos años.

—¿Y fue... doloroso?

—¿Doloroso? —Rio—. Carmen, no me saqué una muela, solo me divorcié de alguien a quien ya no quería.

—Parece tan sencillo... —musitó pensativa.

—Ningún divorcio lo es. Pero si estás seguro de qué es lo que no quieres, la decisión se vuelve mucho más fácil —dijo dándole un nuevo beso en los labios.

Cuando Carmen salió de esa habitación una hora más tarde, solo podía pensar en lo que le había dicho Mario. Tal vez había llegado la hora de afrontar lo que no quería en su vida y de aceptar lo que el destino le trajese.

Con esa idea en la cabeza, llamó a su madre y le propuso ir a comer a su casa después de recoger a Ana en el colegio.

Por alguna razón que no comprendía, la conversación con su padre la ponía más nerviosa que la que tendría que mantener con su marido.

¿Estaría su padre pasando por los mismos conflictos internos que ella? Era hora de averiguarlo.

—Cariño, llevas todo el día frente al ordenador, ¿no quieres pasear un rato? —dijo Amparo entrando en el despacho de José—. Parece que ha salido el sol.

—Creo que no. Ya sabes que últimamente ando algo mareado —contestó, tapando la pantalla con su cuerpo—. Lo dicen hasta tus hijas.

—No se lo tengas en cuenta. Isabel sabe que fue un despiste.

—Gracias, pero no me apetece. Sal tú, si quieres, con Avelina. Te sentará bien.

Amparo se enfadó al oír la respuesta. De nuevo volvía a rechazar un plan con ella por quedarse delante de aquella máquina; la situación la enfurecía.

—Está bien. Si es lo que quieres, me iré y te dejaré solo.

—No es lo que quiero, Amparo, solo quise decir...

—¡Sé muy bien lo que has querido decir, no soy tonta!

Amparo cerró la puerta tras ella y ordenó a Avelina que la ayudase a ponerse el abrigo para dar una vuelta antes de la hora de comer.

José suspiró antes de seguir escribiendo. Le dolían aquellas respuestas tan secas a su mujer, pero el tiempo para escribir su historia se le acababa, literalmente.

El día anterior había ido al servicio tres veces en media hora porque no recordaba si había orinado. Y solo cuando su mujer le preguntó a dónde iba se dio cuenta de que venía del servicio por tercera vez.

También empezaba a sentirse confuso respecto a algunas caras de su propia familia.

Hacia dos días, cuando su mujer hablaba con Avelina de lo guapos que se habían puesto sus tres nietos, le enseñó las fotos de cuando estos eran bebés. Y, por unos segundos, José no pudo reconocer a la pequeña Ana.

Casi había entrado en pánico cuando Avelina le preguntó a quién se parecía la niña y él se quedó en blanco, sin saber qué responder. Fue su mujer la que cortó aquel silencio incómodo argumentando que Ana se parecía a ellos, que no había sacado nada del padre.

Al instante había recordado quién era la niña regordeta y con rizos de la foto, y tuvo que marcharse del comedor para que no lo vieran llorar.

Debía tomarse en serio su enfermedad. Pronto dejaría de saber quién era él y los que lo rodeaban, y en aquel momento su corazón solo bombearía sangre, pero ya no latiría de emociones, porque desde el momento en que olvidara a Ana, su mundo se acabaría.

Por eso tenía que pasar todo el tiempo que pudiera escribiendo, vomitando recuerdos, almacenando vivencias, para que nada consiguiera separarlo de la memoria de su amada.

—¿Qué? ¿Le has dicho a esa chica que yo le daría clases de costura?

Belén dejó la aguja con la que me estaba tejiendo la tercera bufanda para que me llevara a Valencia y me miró como cuando mi madre se enfadaba conmigo.

—¿Acaso no me acabas de decir que está prometida? ¡Y con un miembro de la familia De Mora, ni más, ni menos!

—Sí, tía, pero algo me dice que ella no quiere a su prometido, creo que le tiene... miedo —murmuré.

—¡Válgame el cielo! —Belén se movía de un lado a otro del comedor gesticulando con las manos—. ¿Y cómo has llegado a esa conclusión? Si se puede saber.

—Intuición. —Me senté en el sillón con las piernas cruzadas mientras mascaba regaliz.

—Intuición... ¡Ja! Pues espero que no te falle, hijo —suspiró—, porque yo sé lo que significa que te rompan el corazón en mil pedazos, y te aseguro que de ese dolor no te recuperas.

—No se preocupe, tía, le prometo que solo serán unas cuantas clases, y si en ese tiempo veo que no tengo nada que hacer, me retiraré.

Hice una pausa y me acerqué por detrás a la silla de madera en la que estaba sentada.

—¡Además, estoy seguro de que cuando la conozca a usted y vea lo maravillosa que es, ganaré puntos con ella! —exclamé dándole un beso en la mejilla.

—¡Quita, quita, zalamero! —Sonrió—. Está bien, no te puedo negar la oportunidad de intentarlo. Pero prométeme que si te rechaza, la dejarás en paz. Esa familia es peligrosa.

—¡Prometido! —dije besando la virgen de oro que llevaba al cuello—. «¡Per la maredehuet!».

El domingo siguiente me puse de punta en blanco para volver a ver a Ana. Hablé con mi amigo Paco, albañil como yo, y le pedí que me cubriera en la obra con el capataz.

—No te irás a meter en algún lío, ¿verdad, José? He visto cómo hablabas con esa chica, ¿no crees que estás apuntando muy alto?

—Tranquilo, lo tengo todo controlado. Regresaré antes de que llegue don Antonio. ¡Gracias! Bajé rápido y me situé en la esquina de siempre.

Enseguida llegó Ana en su coche, se paró enfrente de la iglesia y le dio algo a su chófer. Desde donde yo estaba no podía verlo bien, pero me pareció que le entregaba una botella de vino.

Luego bajó tan radiante como las veces anteriores. A su lado cualquier flor perdía su candor.

La llamé desde la esquina y ella sonrió al verme, pero en cuanto la tuve enfrente, se volvió a erguir, altiva.

—Solamente vine para decirle que acepto las clases de costura de su «amiga». Mi futuro marido me ha dado permiso —dijo sin mirarme.

—¿Y hace siempre lo que su prometido le dice? —pregunté rozándole la mano.

Ana se sonrojó al notar mi caricia, pero inmediatamente se apartó.

—¡Por supuesto!

—Entonces me alegro de que él esté de acuerdo. —Sonreí—. Mi amiga trabaja en su casa, a las afueras del pueblo.

Cada vez que yo hablaba de Belén, Ana fruncía el ceño, cosa que a mí me divertía sobremanera. Así que seguí con la treta de no confesarle quién era en realidad mi «amiga».

—Tendrá que estar allí a las cinco y media en punto. Y puede pedir que la recojan una hora después. Yo le daré mis clases en los últimos quince minutos, si le parece bien.

—Conforme. Ahora, si me disculpa, debo entrar a misa.

Me percaté de que todo el mundo había entrado ya a la iglesia y se me ocurrió la excusa perfecta para pedirle que diera un paseo conmigo.

La frené.

—Creo que eso no es muy conveniente. La celebración ya ha empezado, y sería un escándalo que entrara tarde y tuviera que caminar por el pasillo central hasta su asiento en primera fila, ¿no cree?

Ella pareció darse cuenta de que aquello la situaría en el blanco de todas las miradas.

—¿Por qué no le enseño dónde vive mi amiga y luego la traigo de vuelta a la iglesia?

—Está bien —respondió—. Pero solo mientras dure la misa.

—Le prometo dejarla en su carroza a las doce en punto, «Cenicienta» —dije ofreciéndole mi brazo de forma teatral.

Ella lo rechazó; cogió su abanico y avanzó unos pasos por delante de mí.

Entonces me pareció oír un ruido detrás de unos arbustos. Miré a un lado y a otro, pero no vi nada.

—¿Viene o se queda? —inquirió.

—¡Voy! —dije sin prestarle más atención a aquel extraño ruido.

Tal vez si me hubiese fijado mejor, me habría dado cuenta de que Fermín, el chófer de Ana, nos vigilaba y seguía de cerca. Y tal vez habría podido hacer algo que aplacara la rabia de aquel animal que por poco me lleva a la muerte momentos después.

Pero, para nuestra desgracia, no fue así.

—¿Ha estado alguna vez en Valencia? —pregunté.

—No, yo jamás he salido de Moraleja —comentó Ana, apenada—. Mi madre tuvo que sacarnos adelante ella sola, a mí y a mis tres hermanos, cuando mi padre volvió de la guerra. Él... bueno, no estaba en condiciones de mantener una familia, ¿sabe? —Al hablar de los suyos, volvía a ser la niña asustadiza y delicada que había visto desde el campanario—. Pero eso se acabó, y ahora a mi madre nunca más le faltará comida en la mesa ni una buena lumbre —alegó pensativa, tocándose el anillo de compromiso.

—¿Entonces nunca ha visto el mar? —Cambié de tema. Ella negó con la cabeza—. Pues es uno de los milagros de la naturaleza que nadie debería perderse. El cielo parece más inmenso ante él, y cuando atardece, el sol se acerca para robarle un beso. El aire es diferente, y cuando hay brisa pueden olerse el salitre, la arena y la espuma...

Yo no me había dado cuenta, pero Ana me miraba embelesada, con la mirada de una niña a la que le estuvieran contando un cuento.

—¡Parece tan hermoso! Algún día me gustaría ir, aunque solo fuera para mojar mis pies en la orilla.

Entonces reuní valor para cogerla de las manos y, mirándola a los ojos, le dije:

—Le juro, señorita Ana, que, tan cierto como que sus ojos me llevan a mi amada Valencia, algún día usted y yo veremos el mar juntos.

Ella se quedó callada y se ruborizó. En ese momento me percaté de que ya habíamos llegado a la casa de mi tía y, de mala gana, le solté las manos.

—Entre, le presentaré a Belén.

—¿Así se llama su amiga? Qué nombre tan bonito —masculló, provocando una nueva sonrisa en mi cara.

Mi tía estaba preparando la comida en la chimenea, y cuando Ana la vio y descubrió que era una anciana enlutada, pude leer el desconcierto en sus pupilas.

—Le presento a mi amiga Belén.

—Buenos días, señora. Le agradezco mucho que me acepte en sus clases —murmuró, avergonzada, mientras yo disfrutaba del momento.

Seguro que pensaba que yo era un desviado al que le gustaban las mujeres mayores; la situación no podía ser más divertida.

—No suelo aceptar a nadie más en mis clases cuando el curso está empezado, pero por mi sobrino favorito haría cualquier cosa.

En aquel momento la cara de Ana se descompuso; acababa de comprender la broma que yo le había estado gastando al callar el parentesco con mi tía y me miraba enfurecida.

No pude aguantarme más y me eché a reír a carcajadas sin poder parar.

—¡Hijo, por Dios! —me cortó Belén—. No sé qué es lo que te parece tan gracioso, pero

deberías mostrar más respeto ante la chica que te quita el sueño y de la que no paras de hablarme día y noche.

Un calor sofocante empezó a recorrerme el cuerpo y noté que me ponía rojo de la vergüenza.

—¿Pero qué dice, tía? —Comencé a rascarme el pelo, nervioso. Ana se tapó la boca con la mano y sonrió—. Bueno, tenemos que marcharnos ya; estaremos aquí el viernes a las cinco y media.

Me despedí de mi tía, a la que se le había quedado una sonrisa triunfal en la cara, con dos besos, y regresamos a la iglesia.

Apenas hablamos por el camino; yo no sabía qué decirle después de lo que había pasado en casa de mi tía, y ella parecía estar también avergonzada.

Durante todo el trayecto tuve la sensación de que alguien nos vigilaba, pero yo solo pensaba en que ya tenía que despedirme de Ana hasta la semana siguiente.

—Entonces, nos vemos el viernes, ¿no? —musitó, rompiendo el silencio, al llegar a la iglesia.

—Estaré contando los días, señorita Giménez.

Con la luz del mediodía, los ojos de Ana brillaban como el reflejo del sol en el mar. Me acerqué a ella y encontré de nuevo el valor para lanzarme a su mejilla y robarle un beso.

Y antes de que pudiera reaccionar, me alejé por el jardín saltando y riendo.

Al subir de nuevo al tejado, Paco me dio el martillo para que continuara con la faena y me preguntó qué tal me había ido.

—¡Ha sido como caminar descalzo por la playa de la Malvarrosa! —exclamé mientras la veía sentada en un banco, tocándose la mejilla con una sonrisa.

—«¡Mare Deu!». ¡Qué poético nos ha salido el niño!

Las risas de mis compañeros impidieron que lo escuchara la primera vez.

—¡Usted! ¡He dicho que baje!

Apostado a los pies de la iglesia, Fermín, acompañado de dos amigos, me llamaba a gritos.

Entonces no lo sabía, pero aquel encuentro con él cambiaría por completo mis planes con Ana.

—Pues si no os molesta —dijo Amparo—, ahora que la chiquilla ya está en el cole, me retiro a la habitación a descansar un rato.

—Claro, ve tranquila —dijo Carmen—. Aunque yo sí que me tomaría un café.

José miró a su hija extrañado. Nunca se quedaba tanto tiempo después de comer, y tampoco era normal que fuera a verlos entre semana.

«¿Habrá pasado algo entre ella y Pedro? Hace tiempo que no los veo bien», pensó.

—¿Y cómo le va a Pedro en su nuevo proyecto? —le preguntó mientras le servía la leche.

—Muy bien, está trabajando mucho, pero como es algo que le apasiona, no le importa pasar horas en el despacho —contestó con una media sonrisa.

Debía tener cuidado con su padre. Nunca había podido guardarle secretos, siempre había adivinado sus pensamientos, y ese no era el momento para contarle sus problemas.

—Por cierto, el domingo pasado, cuando vinimos a comer, parecías muy entretenido con el ordenador, ¿en qué estabas trabajando? —Tenía que entrar al abordaje con todos sus barcos.

José se sorprendió de la pregunta de su hija y casi se atraganta con el café.

—No, nada importante. Creo que era una partida del Solitario.

—Ya, nada importante. Pues parecías muy interesado en que no viera lo que habías escrito en la pantalla.

—No sé de qué me estás hablando, pero no me gusta el carácter que está tomando esta conversación, jovencita.

En ese momento Carmen se dio cuenta de que su padre parecía un animalillo acorralado y pensó que Mario llevaba razón: no era justo que ella lo atosigara así. Si su padre tenía algo que contarles, lo haría por él mismo, y si no lo hacía, estaba en su derecho. Al fin y al cabo, ¿quién era ella para juzgar a nadie?

—Perdona, papá, no quería molestarte. Es solo que quería saber si tenías algo que contarme. Isabel me dijo...

—¿Isabel?! —José se levantó de la silla hecho una furia—. ¿Otra vez tu hermana viendo problemas donde no los hay? ¡Me tenéis hasta los cojo...!

En ese momento notó un golpe seco en el pecho y un dolor agudo en su brazo izquierdo, y de repente le dio la sensación de que el oxígeno de la habitación se había evaporado.

—¡¡Papá!! —Carmen corrió a ayudar a su padre, que cayó desplomado en el sofá.

—¿Cómo está? —preguntó Isabel, llegando a la sala de espera de la UCI con los ojos inyectados en sangre.

—Aún no ha salido el doctor. —Carmen se frotó compulsivamente las manos—. Pero parece

que ha podido ser un amago de infarto.

—¿Un infarto?

—Sí. Y es culpa mía. —Carmen se puso a llorar, escondiendo la cara en los fríos asientos de la sala de espera.

—Iré a por una tila —dijo el marido de Isabel, y le dio un beso antes de marcharse a la cafetería.

Carlos sabía que cuando su mujer hablaba con su hermana, era mejor no entrometerse, sino retirarse y dejarles su espacio.

—¿Qué dices? ¿Cómo va a ser culpa tuya? —Isabel se sentó a su lado—. Cuéntame, ¿qué pasó?

—Le estaba preguntando por lo del domingo, por lo que estaba escribiendo en su ordenador, y eso pareció molestarle. Y de repente se puso la mano en el pecho y se cayó al sofá. ¡No debí presionarlo!

Carmen lloraba desconsoladamente.

—Tú no tienes la culpa, fui yo quien te insistió para que hablaras con él. Así que de tener alguien la culpa, sería yo.

Isabel notó cómo ese sentimiento recorría su cuerpo y se afianzaba en su garganta, y se abrazó a su hermana para llorar juntas.

El doctor salió a los cinco minutos.

—¿Familiares de José Ribelles? —Carmen e Isabel se levantaron y se dirigieron a la puerta de la UCI—. Ya está estabilizado, y en unos minutos lo trasladaremos a una habitación.

—¿Pero está bien? —preguntó Isabel aún con lágrimas en los ojos.

—Sí, ha sido una angina de pecho, seguramente provocada por un esfuerzo o por algún tipo de estrés. —Carmen desvió la mirada—. El problema es que, debido a la enfermedad que padece su padre, no nos ha podido facilitar muchos datos sobre lo que pasó. Pero lo importante ahora es que descanse.

Las dos hermanas se miraron desconcertadas.

—¿Enfermedad? ¿Qué enfermedad, doctor? —inquirió Isabel.

—Según su expediente, su padre sufre Alzheimer en grado I —les dijo el médico—. Esa es la razón de que no tenga claro qué es lo que ocurrió antes del episodio. ¿Acaso ustedes no lo sabían? —preguntó confundido.

Carmen sintió que la estancia daba vueltas a su alrededor. Oyó a su hermana, en ecos, confirmarle que ellas desconocían por completo ese diagnóstico.

Pensó en su padre, tumbado en aquella cama de urgencias sin saber que su secreto había salido a la luz; en su madre, esperando noticias desde casa con Avelina; en su hija, aguardando en el colegio a que la recogiera para ir a jugar al parque, y en Mario, viajando a Madrid sin tener ni idea de que aquel suceso cambiaba de nuevo el curso de su particular relación.

Después se desmayó.

No pensó en Pedro.

Ajeno a todo lo que ocurría fuera de su cuarto en urgencias, José dormía plácidamente gracias a los sedantes que le habían inyectado. Y en sueños volvió cincuenta años atrás, a los brazos de Ana.

Paco y el resto de mis compañeros me recomendaron que no bajara al encuentro de Fermín y sus amigos.

—Ese hombre no me gusta, José —me dijo Paco para frenarme—. Desde que vas detrás de esa chica te mira raro, como si estuviera celoso. Y los amigos parecen igual de brutos que él.

—No te preocupes, amigo, no es más que un pobre hombre. —Sonrei—. Y yo no he hecho nada malo. Además, hablando se entiende la gente.

Pero en cuanto bajé del tejado de la iglesia, Fermín y sus matones no me dieron tiempo a decir nada. Me agarraron por los brazos para que no pudiera defenderme y, al primer puñetazo de Fermín, quedé inconsciente.

A partir de ese momento no recuerdo muy bien qué fue lo que pasó. Mi mente estaba paralizada por el golpe, mientras que mi cuerpo no dejaba de recibir patadas por todos lados. Podía sentir cómo algunas partes de mi cuerpo se rompían, literalmente, con cada golpe, pero no podía moverme.

De repente empecé a quedarme sin aire y noté cómo me salía un líquido por la boca: sangre. Uno de los agresores pareció darse cuenta y se detuvo, al tiempo que gritaba al inspirador de la paliza.

—¡Fermín, basta! ¡Lo mataremos! —escuché débilmente.

Pero aquel salvaje no atendía a nadie y continuaba pegándome, en la cara, en el estómago...

—¡Ya está, Fermín! ¡Tenemos que irnos!

Entonces, entre los dos, lo separaron de mí y se alejaron corriendo por el jardín mientras Fermín jadeaba de cansancio y satisfacción.

Mis compañeros bajaron de inmediato a socorrerme y me encontraron tirado en el césped con un hilo de vida.

—¿Pero en qué lío te has metido, muchacho? —La voz de mi amigo Paco sonaba débil y muy lejana en mi cabeza.

Entre mis compañeros y algunos vecinos que conocían a mi tía, me llevaron a la casa del médico del pueblo, don Leandro.

Yo entonces no lo sabía, pero si no llega a ser por la rápida intervención del médico, amigo personal de la familia De Mora, habría muerto a las pocas horas.

—¡Pónganlo aquí! ¡Rápido! —Don Leandro les abrió la puerta de una habitación donde

tenía una camilla e instrumentos de quirófano.

—¿Podemos hacer algo para ayudar, doctor? —preguntó Paco con la voz entrecortada.

—Rezar, hijo, solo rezar —dijo mirándome, quizá preguntándose quién había podido cometer tal calamidad conmigo—. ¿Este chico tiene familia?

—Sí, una tía que vive a las afueras, creo.

—Tráiganla aquí, y prepárenla para lo peor. Y háganlo rápido.

Yo escuchaba toda la conversación como si estuviese dentro de un túnel largo y ellos, fuera. No podía hablar ni moverme, pero no sentía ningún dolor. Al contrario: una inmensa paz invadía mi espíritu; me estaba muriendo.

Cuando Belén recibió la noticia de lo que me había pasado, vino corriendo a casa de don Leandro.

El doctor necesitó cuatro horas de intervención para curarme las heridas: dos costillas rotas, la tibia izquierda partida en dos y un diente fuera del sitio fueron el resultado de los golpes. Además de los innumerables moratones por cara y cuerpo que aquellos tres energúmenos me habían causado.

Pero lo que no pudo curarme fueron las ganas de saber de Ana. Si eso que me habían hecho se debía a lo que sentía por ella, estaba seguro de que Ana se habría llevado la peor parte.

El doctor me mandó al hospital de Coria al día siguiente para que me atendieran mejor, pero, a pesar de la distancia y del dolor, mi mente seguía recordándola.

—Necesito saber de ella, doctor —supliqué en cuanto pude vocalizar.

—Será mejor que la olvides, chico —me contestó mientras me hacía las curas—. No sé qué ha pasado entre la señorita Ana y tú, pero será mejor que te olvides de cualquier interés romántico por volver a verla.

Yo lo escuchaba, pero solo pensaba en ella, en aquel beso robado, en sus mejillas coloradas, en sus ojos color añil...

—Has tenido mucha suerte de que Fermín no te matara y de que tu osadía por conquistar a la prometida de don Fernando de Mora no haya acabado también con la vida de ella.

—¿Qué quiere decir, doctor? ¿Ese bruto le ha hecho algo? Si se ha atrevido a tocarla... Si solo la ha rozado..., ¡lo mataré! —dije apretando los puños; la rabia inundaba cada poro de mi piel.

—No ha sido él —contestó sin mirarme.

—¿Entonces quién, doctor? ¡Dígame, por favor! —rogué.

—Hay cosas que es mejor no saber, chico. Ni siquiera yo he podido averiguar todos los detalles, solo lo que me cuenta su ama de llaves —alegó apenado—. Aún no he podido verla.

—Dígame quién le ha hecho daño y yo...

—Lo único que debes saber es que tienes que acabar con esa idea de volver a ver a la señorita Ana. —Yo apretaba los dientes con rabia—. Y da gracias a que no había nadie del servicio de los De Mora estos días por aquí, porque, hasta con fiebre, la llamabas en sueños.

—¡Jamás la olvidaré! ¡Pienso casarme con ella! —exclamé, envalentonado.

—Será mejor que te recuperes primero de las heridas. —Se quitó los guantes sin hacer caso a mi bravuconería—. Esa pierna no se curará si no mantiene reposo absoluto. Y debes permitirme que insista: por tu bien y por el de la señorita Ana, será mejor que la olvides. La familia De Mora puede ser peligrosa.

—Déjeme a mí, don Leandro. —Una voz familiar femenina llamó mi atención desde la puerta.

Belén entró a la habitación con unas cartas amarillas en las manos. No se había separado de mí ni un segundo desde que llegué.

—Es hora de que vea la realidad de lo que supone un amor imposible, a través de los recuerdos de otra persona.

Cuando Carmen entró en la habitación del hospital y vio a su padre entubado y sedado, le pareció la persona más frágil del mundo. Apenas podía creer que aquel hombre fuerte y atlético que la hacía reír mientras la lanzaba por los aires cuando era pequeña fuera la misma persona que ahora dormía enganchada a un montón de aparatos conectados a su cuerpo.

Isabel había bajado a tomar un café con su marido y ella había aprovechado para entrar, temblando, en la habitación. Hasta ese momento, y desde que le habían comunicado que su padre padecía Alzheimer, no se había atrevido a entrar. Había preferido esperar en la sala para familiares de la misma planta.

Al lado de su padre, otro hombre, de unos setenta años, se quejaba de dolores en la espalda y en las piernas, mientras su mujer trataba de consolarlo como podía.

Carmen cruzó la habitación sin mirarlos y se sentó en el sofá negro de cuero que había pegado a la ventana. ¿Sería verdad que su padre empezaba a olvidarlas? ¿Cuánto tiempo les quedaba antes de que ya no supiera ni quién era él?, se preguntó.

Estaba demasiado cansada y triste para seguir pensando. Envío un mensaje a su marido preguntándole por la niña y se quedó dormida, sin sospechar que la mente de José no estaba en la cama a su lado, sino que seguía en aquella habitación de hospital de Coria.

—Es hora de que conozcas mi historia, hijo.

Belén parecía más joven al hablar conmigo, y sus ojos resplandecían como nunca los había visto.

Se sentó junto a mí y dejó las cartas en su regazo.

—Conocí a François Fontaine en la primavera de 1912 y, como ya te dije, fue un flechazo por ambas partes. Pero nuestro amor estaba prohibido, primero por nuestro parentesco y segundo, por su tierra de origen.

»Así que tuvo que volver a Francia sin mí, mientras yo me hacía a la idea de que debía casarme con alguien de aquí y de buena familia.

»Lloré durante semanas recordándolo, hasta que un día se me secaron las lágrimas y volví a sonreír.

»Tres años después, y en plena Primera Guerra Mundial, mi madre recibió una carta de su hermana. François se había alistado al ejército y ella estaba rota de dolor.

»De inmediato supe lo que tenía que hacer: me apunté como enfermera voluntaria para ir a Francia.

»Nadie se opuso a mi decisión; mi padre ya había fallecido, a causa de una neumonía, y mi madre nunca supo decirme que no a nada.

»Yo jamás había salido de Valencia, ni había montado en tren, así que todo era nuevo y sorprendente para mí. Viajé con otras chicas de la ciudad, también voluntarias, y todas estábamos ansiosas por saber qué nos esperaba a nuestra llegada. Algunas contaban que, de vez en cuando, se celebraban bailes entre soldados y enfermeras, y que muchas de las chicas que iban como voluntarias luego se quedaban en el país, comprometidas con algún oficial del ejército francés. Así que todo eran risas y cantos durante el viaje.

»Pero cuando llegamos al hospital francés, no fueron bailes ni trompetas lo que nos recibió, sino la cruda realidad de una guerra.

»Cientos de soldados se hacinaban en pasillos y habitaciones sin ningún orden aparente. Las enfermeras corrían de un lugar a otro llamando a médicos y curando heridas. El olor a putrefacto debido a las amputaciones de miembros de algunos soldados se unía con el llanto y desesperación de los que esperaban su turno.

»Varias de mis compañeras se taparon la boca para no vomitar, mientras que otras no pudieron evitarlo.

»De repente vino hacia nosotras una mujer que parecía mayor que yo, pero no sabía decir cuánto más. Llevaba el vestido blanco manchado de sangre por todos los lados, y algodón y vendas en las manos.

»—¿Sois las nuevas? —preguntó con gesto serio.

»—Sí, acabamos de llegar —contesté ante el silencio del resto—. Me llamo...

»—Ya habrá tiempo para las presentaciones —me cortó—. En esa habitación —señaló un pequeño habitáculo al fondo del pasillo— tenéis los trajes. Elegid el que mejor os venga y volved lo más rápido posible.

»Ya nos alejábamos cuando nos volvió a parar.

»—¡Esperad! ¿Alguna sabe algo de medicina? —Todas negamos con la cabeza—. Me lo temía —suspiró—. Está bien, comenzaréis limpiando la sangre que hay por el suelo y recogiendo todo lo que no sirva, y eso os incluye a vosotras. ¡No quiero veros paradas por los pasillos! ¡Aquí hay mucho que hacer! ¿Entendido?

»A los cinco minutos la mitad de mi grupo lloraba desconsolado pensando en la vida que habían dejado atrás. Yo, sin embargo, pensé que era una oportunidad para ser útil y para demostrarme a mí misma que valía para algo más que para casarme con cualquier hombre que tuviera un jornal razonable.

»Enseguida destacué entre mis compañeras: era decidida y no me daba asco tocar heridas. También fue importante mi conocimiento del francés, que hizo que al poco tiempo dejara de barrer y me pusiera a ayudar en las curas de enfermos y en las operaciones, junto a los pocos médicos que había. Hasta mi superiora, doña Concha («Superconcha» para los soldados) se mostraba gratamente sorprendida con mis avances.

»El ruido de las bombas a nuestro alrededor era constante a cualquier hora del día o de la noche. Y no era extraño ver que algún soldado hacía ademán de coger su fusil en sueños, creyendo que aún estaba en las trincheras.

»Cada día perdíamos a veinte o treinta personas y, antes de que pudiéramos lamentar su muerte, entraban cincuenta más. Y por desgracia los que sobrevivían tampoco lo hacían en las mejores condiciones. Muchos de ellos, acuciados por la humedad y la falta de higiene de la primera línea, habían perdido dedos, pies o manos.

»Pero lo peor para mí era imaginarme que algún día vería entrar a François. Evocaba su cara en todos ellos y, por eso, trataba de salvarlos a todos, vinieran como viniesen. Eso no me

agotaba solo física sino mentalmente. Hasta que un día doña Concha me dijo que aquella labor era imposible, y que debía dejar marchar a los que no tenían posibilidad de vivir para intentar salvar a los que sí la tenían. Fue duro, pero lo entendí. Así que rezaba todos los días para que no lo alcanzaran las balas y no tener que decidir si viviría o no.

»Una mañana, el silencio se hizo dueño del hospital. Y te aseguro, hijo, que aquello era más aterrador que el ruido de las bombas, porque presagiaba que algo peor estaba a punto de suceder. Y así fue.

Herido y dolorido, escuchaba a mi tía, imaginando cada escena como si estuviera allí. Incluso había momentos en los que podía oler la putrefacción de los soldados o escuchar las bombas explotando a mi lado.

A mis ojos, aquella mujer, bajita y regordeta, se hacía cada vez más grande.

—Las campanas de la iglesia del pueblo comenzaron a repicar —continuó—, y las sirenas, alertando de un bombardeo inminente, hicieron temblar la habitación. De repente oímos aviones alemanes volando muy cerca del hospital.

»—¡Todas al suelo! ¡Aléjense de las ventanas y saquen a los heridos de allí! —Doña Concha gritaba desde una esquina de la sala a todo el personal, sabiendo lo que se nos venía encima.

»Obedecemos lo más rápido que pudimos para cumplir sus órdenes, aunque algunas de mis compañeras lloraban y gritaban sin poder moverse del sitio.

»Y entonces el cielo se oscureció, y oímos un silbido parecido al que hacen los pastores con el rebaño. Me tapé los oídos e intenté proteger con mi cuerpo a un soldado, de diecisiete años, francés, amputado de ambas piernas, que lloraba llamando a su madre.

»La bomba cayó a cincuenta metros de nosotros, pero la onda expansiva hizo que se rompieran los cristales y que todo el edificio se moviera como un acordeón, lanzándome a mí y al joven soldado contra otros enfermos.

»El silencio de los primeros segundos, después del estallido, dio paso al llanto desconsolado de los soldados y a los gritos del personal sanitario, llamándose unos a otros.

»El ruido de la detonación me provocó una sordera que apenas duró un minuto, pero que fue suficiente como para volverme vulnerable y que me rompiera en lágrimas al ver fallecido delante de mí al joven soldado francés. Un cristal se le había clavado en el pecho, provocándole la muerte casi de inmediato.

»Yo tenía sangre en la cabeza a causa del golpe contra el suelo, pero en aquel momento no podía pensar en mí.

»El doctor Flaubert, médico jefe del hospital, se levantó aturdido, mirando de izquierda a derecha, pero se repuso pronto al ver que muchas de nosotras ya estábamos recogiendo a los heridos.

»—¡Belén, vaya a la despensa y coja todo el material quirúrgico que pueda: gasas, vendas, alcohol, tijeras...! ¡Rápido!

»—¿Dónde está doña Concha?

»—Ha muerto —dijo sin dejar de dar órdenes—. Ahora está usted al mando. ¡Organice a las enfermeras que estén sanas, y a las que no se muevan, apártelas a un lado! —Mi cara era de absoluto horror e incomprensión, y el doctor se dio cuenta—. Por desgracia no podemos pararnos a llorar ahora, ma chérie. No hay tiempo que perder.

»Salí corriendo hacia la despensa, y entonces la puerta del hospital se abrió de par en par.

Una veintena de soldados franceses llegaban malheridos. Algunos ya venían con curas que les habían hecho de urgencia en el hospital de campaña, y otros venían solo a acompañar a los heridos.

»Entre ellos, dos jóvenes soldados, que llevaban casi moribundo a un tercero. Tenía una herida grande en la cabeza y otra en el hombro derecho.

»—¡Enfermera, por favor, ayúdenos! ¡François se muere!

»Todo el material quirúrgico que llevaba entre los brazos se me cayó al suelo. Mi peor pesadilla se estaba haciendo realidad.

»Lo miré a los ojos buscando un hábito de vida en su mirada, pero François no era capaz de mantenerlos abiertos. Sabía lo que ocurriría si el doctor Flaubert o cualquiera de mis compañeras lo veían: sería «desechado».

»—Déjenlo aquí, ¡rápido!

»Recogí todo el material del suelo y me quedé con algunas vendas, hilo, aguja y tijeras. Luego le pedí a uno de sus compañeros que llevara el resto al doctor.

»—¿Cómo se llama, soldado?

»Aquel muchacho, que no llegaría a los veinte años, se escondía detrás de la gorra de militar para evitar que yo viera sus lágrimas.

»—Terence, señora —me respondió temblando.

»—¿Lleva una petaca con alcohol, Terence? —El chico enmudeció y se apretó el cinto—. Él lo va a necesitar más que usted, se lo aseguro.

»El chico se deshizo de su tesoro, no sin gran pesar.

»—Sujételo por la cabeza con cuidado. —Me acerqué a su cara y le puse la petaca en los labios—. Bebe, amor mío —susurré.

»François tragó el líquido de forma automática.

»—Ahora cójalo fuerte por los hombros; si no quiere mirar, no lo haga.

»Le vertí un poco de alcohol en la cabeza; François se revolvió y Terence lo apretó para que no se moviera. Era una herida muy escandalosa, con mucha sangre, pero poco profunda. Sabía que podía hacerlo, pero las manos me temblaban como hojas al viento cuando agarré la aguja y el hilo.

»Entonces él, con los ojos aún cerrados, me apretó la mano con fuerza. Sabía que era una señal: «No me abandones». Y no lo hice.

»En medio de aquella vorágine de muerte y llanto, de ruidos y silencios, conseguí salvar a François; el hombre por el que había cambiado mi tranquila vida en Valencia por una bata sangrienta.

—Tía, estoy impresionado. Nunca había oído hablar de esta historia en casa —murmuré, borrando con mis dedos una lágrima—. Entonces, usted me entiende. ¡Sabe que debo luchar por Ana! ¡Que debo volver a verla, aunque me cueste la vida! —dije emocionado.

—Aún no he terminado mi historia, muchacho —me espetó—. ¡No seas impertinente!

—Pero...

—Por suerte François sobrevivió —continuó—, pero tampoco en esa ocasión pudimos estar juntos más de una semana.

»La zona ya no era segura para nosotras, y el gobierno de España decidió que debíamos regresar.

»Desde el día de la detonación, Terence no se había separado de la cama de François, y yo iba a verlo siempre que el trabajo me lo permitía. Los primeros dos días no abrió los ojos y el chico se preocupó, pero yo le hice entender que aquello era normal, aunque la fiebre que aún presentaba no era buen síntoma.

»Todo había cambiado en el hospital; habíamos perdido a mucha gente: soldados, enfermeras, médicos y a doña Concha. Los ánimos entre los que sobrevivimos eran de total apatía, sobre todo cuando nos enteramos de que tendríamos que volver.

»Al tercer día yo no podía más; la muerte parecía haberse adueñado de todo: casi no quedaban medicinas, los agujeros que había provocado la onda expansiva en las paredes del hospital nos impedían protegernos del frío, y no había tiempo para descansar porque los heridos seguían entrando por la puerta.

»Entonces fui a ver a François; necesitaba tocar su mano, aunque no me sintiese. Pero cuando llegué, no lo encontré en su cama, y Terence estaba llorando. Me temí lo peor y mi corazón se encogió.

»—¡Señorita Belén, se ha despertado! —me dijo dándome un abrazo.

»Yo respiré aliviada y entonces lo vi, paseando por fuera del recinto. Le di un beso en la frente a Terence y salí a buscar a François.

»Él, con la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo, contemplaba el cielo y las nubes, respiraba pausado y, en algún momento, cerraba los ojos. Me acerqué despacio y le dije:

»—Me alegro de que te encuentres mejor.

»Al escuchar mi voz, se giró y, sin mediar palabra, me dio un abrazo que me llegó hasta el alma.

»—¡Te he echado tanto de menos! —exclamó.

»Enseguida me di cuenta de que nada había cambiado entre nosotros. En nuestras miradas aún destellaba la chispa que había brillado el día que nos conocimos.

»—Y yo a ti —susurré.

»No hizo falta más para que nuestros labios se unieran en un beso largo y esperado, que

llegaba con tres años de retraso.

»—*Ahora ya no nos separaremos. Solo tenemos que esperar a que se acabe esta maldita guerra —me dijo estrechándome entre sus brazos—. Pero teniéndote aquí, todo será más fácil.*

»*Yo me aparté unos centímetros y bajé la mirada.*

»—*Regreso a España el domingo.*

»—*¿Cómo? ¡Pero eso es dentro de cuatro días!*

»—*Lo sé —murmuré compungida.*

»*Por un momento pareció que entre nosotros había más distancia de la que se interpondría en unos días.*

»*De repente, François me cogió de las manos y levantó mi barbilla, fijando su mirada en la mía.*

»—*Belén, en estos años no he dejado de pensar en ti y en nuestro breve encuentro en Valencia. Esta guerra me ha hecho valorar mucho más qué es lo que quiero en mi vida y qué no. —Sonrió y se puso de rodillas—. Y lo que quiero es formar una familia contigo. Belén Salvador, ¿quieres casarte conmigo cuando termine la guerra?*

»*Yo me puse a temblar y, con lágrimas en los ojos, le dije que sí. De pronto escuchamos aplausos y vítores detrás de nosotros. Varias enfermeras, Terence y algunos soldados habían sido testigos de la escena y aplaudían como si estuvieran viendo el final de una película de amor.*

»*Fue un momento maravilloso —añadió Belén al recordarlo.*

»*Durante esos días soñamos despiertos con nuestro futuro más próximo. La boda tendría lugar al año siguiente; tiempo suficiente, según François, para que la guerra terminase. Se celebraría en Valencia, pero luego nos iríamos a vivir a Toulouse, en la campiña francesa. Él trabajaría en la fábrica de su padre y yo me quedaría a cargo del hogar. Hablamos hasta de tener hijos; yo quería tres: dos niños y una niña. Él, todos los que Dios nos quisiera dar.*

»*Sin embargo, cuatro días después, las risas se volvieron llanto al saber que nos teníamos que despedir de nuevo.*

»—*¡Ven conmigo! —le imploré con los ojos inundados de lágrimas—. ¡Huiremos juntos a donde quieras! ¡Nadie nos encontrará!*

»—*Amor, eso es una locura —me dijo secando mis lágrimas, con una sonrisa—. Cuando todo esto termine, volveré a tus brazos con una medalla al valor.*

»*Yo quería decirle que, en todo el tiempo que había permanecido en el hospital, había visto muchas medallas ensangrentadas y tiradas por el suelo, que nada de eso tenía sentido, pero el acalló mis palabras con caricias en mi cara.*

»—*No llores, mi vida —me dijo—. Esta guerra está casi ganada, lo sé. Y antes de lo que crees, estaré contigo y entonces no me separaré de ti nunca más. —Sus palabras sonaban cálidas en mi corazón, y mi mente quería creerle—. Organiza la boda con tu familia y espérame. Yo te escribiré todas las semanas, y antes de que te des cuenta, estaré esperándote a los pies del altar, bajo la mirada de tu virgen «Geperudeta».*

»—*Le rezaré todos los días para que te traiga de vuelta a mí, sano y salvo.*

»*Me desabroché el colgante que llevaba con la imagen de la Virgen de los Desamparados y se lo di.*

»—*Es un préstamo —le dije apretando su mano—. Ella te traerá de vuelta a mí —sollocé.*

»*Nos besamos y subí al autobús sin dejar de mirarlo. Estaba delante del maltrecho hospital, donde se quedaban el doctor Flaubert y algunas enfermeras francesas, y al fondo, varios*

fogonazos de metralla iluminaban la noche mucho antes del amanecer.

»De repente, tuve un mal presentimiento que me hizo levantarme de mi asiento con intención de bajarme del autobús, pero mi compañera me cogió de la mano y me volvió a sentar.

»—Tranquila, un año pasa rápido.

»Seis meses y un millón de palabras sobre el papel después, la noticia de que François había caído tras la primera trinchera enemiga rompió mi alma en pedazos y cambió mi vida para siempre.

—No sé a dónde quiere llegar, tía —le dije—. Ustedes tuvieron mala suerte. No era una buena época para conocerse. Pero yo no tengo ese problema, ahora no estamos en guerra.

—¿Estás seguro, hijo? ¿Te has mirado últimamente en el espejo? Quédate con las cartas, puede que te ayuden a entender.

Cuando José abrió los ojos, no recordaba qué había pasado. Vio el gotero y las sábanas blancas y, por un momento, creyó estar de nuevo en el hospital de Coria.

Entonces se giró hacia la ventana y vio a su hija Carmen recostada en el sofá, con una manta. A su derecha, otro paciente dormitaba mientras una mujer, sentada a su lado, le daba la mano dulcemente. Ambos eran más jóvenes que él, y ella parecía preocupada por el hombre.

—Me alegro de que se haya despertado —susurró la mujer—. Sus hijas han estado algo nerviosas.

Carmen se despertó también y descubrió a su padre mirándola desconcertado.

—Hola, papá. ¿Cómo te encuentras? ¿Sabes dónde estás?

—En el hospital. Pero no sé por qué sigo aquí si me encuentro perfectamente.

—¿Recuerdas lo que te ha pasado? ¿Sabes qué día es hoy? —A Carmen se le amontonaban las preguntas.

—Pero ¿qué preguntas son esas? ¡Claro que sé qué día es hoy! ¡Viernes! —respondió frunciendo el ceño.

—Tienes razón, papá. —Sonrió—. Son unas preguntas absurdas.

—Yo te haré una más inteligente. —Su hija Isabel entró por la puerta como un huracán—. ¿Cuándo pensabas decirnos que tienes Alzheimer?

—¡Isabel! —Carmen se levantó y trató de frenar a su hermana—. Ahora no es el momento.

—¿Y cuándo será el momento? ¿Cuando nos llame la policía para decirnos que nuestro padre no puede volver a su casa o cuando ya no sepa quién es su mujer?

José enrojeció de vergüenza, y la señora de al lado se levantó y salió de la habitación para dejarles privacidad.

—¡Isabel! —gritó Carmen de nuevo.

—No, déjala. Tu hermana tiene razón —murmuró José, tratando de esquivar las miradas de sus hijas para que no vieran que estaba llorando—. Debí habérselo contado hace mucho tiempo, pero no sabía cómo. —Hizo una pausa y se limpió una lágrima—. ¿Cómo le dices a la gente a la que quieres que vas a olvidarla? ¿Cómo admitir que ya hay cosas que no recuerdas y que cada día te duele más y tienes más miedo?

—Perdóname, papá —susurró Isabel, avergonzada al ver llorar a su padre—. Soy una egoísta. Lo siento mucho.

—Yo también lo siento —añadió Carmen con lágrimas en los ojos—, no debí presionarte para que me lo contaras. Por mi culpa casi te da un infarto.

—No digáis tonterías. Yo soy el que tiene que pedirnos perdón. Debí haber confiado más en mis dos «pececitos». —José se acercó a sus hijas y las besó en la frente como hacía cuando eran pequeñas.

—¿Mamá lo sabe? —preguntó Carmen.

—No.

—¿Y quieres que lo sepa? —añadió. Esa vez no cometería el mismo error.

—Creo que es mejor que vuestra madre no sepa nada, al menos de momento.

—Es tu enfermedad, es tu decisión. ¿De acuerdo, Isabel?

Carmen se había dado cuenta de que su hermana se frotaba las manos compulsivamente, y eso no era buena señal. Quería decir que no estaba de acuerdo con lo que escuchaba.

—Creo que la mamá debería saber a lo que se va a enfrentar —puntualizó Isabel—. Además, no creo que sea algo que se pueda ocultar.

—Si fuera yo el que padeciera Alzheimer, ¿de verdad querrías saber que poco a poco voy a olvidarte y que tendrás que valerte por ti misma lo que reste de tu vida? —inquirió Carlos, que acababa de llegar—. Porque, si fuera al revés, yo no —respondió, cogiendo de la mano dulcemente a su mujer.

—Yo tampoco querría —lo secundó Carmen.

Isabel se vio acorralada y al final cedió ante su familia.

—Está bien, callaré. Pero cuando la situación se complique más, se lo dirás. —Señaló a su padre.

—Prometido.

De repente el anciano de la cama contigua se despertó y miró a Carlos.

—Tengo hambre. Camarero, ¿y mis olivas? ¡Le he pedido unas olivas hace más de media hora! —gruñó, clavando su mirada en el marido de Isabel.

—Ya están pedidas, cariño —intervino su mujer, que entraba de nuevo en la habitación—. Enseguida te las traen.

El hombre pareció calmarse al escuchar la voz de su esposa y se recostó en la cama con la mirada perdida.

—No se preocupen, lo superarán —les dijo con una sonrisa y mirada dulce—. Aunque les queda un largo y, a veces, doloroso camino. —Cogió la mano de su marido y le dio un beso—. Pero no olviden que el amor que se tienen es la mejor medicina para esta horrible enfermedad.

José y sus hijas asintieron y entendieron que ahora, más que nunca, debían permanecer juntos y apoyarse en todo.

Carmen e Isabel se acercaron a la cama de su padre y lo abrazaron, con la emoción desbordándoles las gargantas.

«¿Será buen momento para contarles lo de Ana?», pensó José.

Pero entonces recordó las palabras de su hija Isabel. Si no comprendía que Amparo no debía saber de su enfermedad, mucho menos comprendería que su padre había tenido un gran amor, que lo había compartido durante un tiempo con su madre, que había tenido con ella un hijo al que no llegó a conocer, y que, en definitiva, Ana había sido la única mujer de la que había estado enamorado.

De momento, esa confesión tendría que esperar. Ahora debía centrarse en salir de allí cuanto antes y volver a casa para seguir escribiendo su historia con Ana.

No podía evitar que el tiempo marcara sus pasos, pero lucharía hasta el final para que su historia no quedara en el olvido.

—¿Seguro que estarás bien? —inquirió Carmen al dejar a su padre en la puerta de su casa.

—Sí, cariño, ahora solo tengo que descansar un poco y comerme, sin protestar, la paella que me ha preparado tu madre con ayuda de Avelina —dijo guiñándole un ojo.

—Está bien. Te llamaré esta tarde para ver cómo sigues. Te quiero, papá —musitó Carmen antes de meterse en el ascensor.

José se estremeció al escuchar a su hija decirle: «Te quiero». La última vez que se lo había dicho tenía ocho años y le acababa de comprar un helado de chocolate.

Suspiró pensando que también ese momento acabaría olvidándolo, por más que intentara retenerlo en su memoria.

Cerró la puerta de su casa y se fue a comer con su mujer.

Media hora después, José estaba enfrente de la pantalla de su ordenador, con protestas incluidas de Amparo, que hubiera preferido que se echara a dormir la siesta. Ella creía, por lo que le habían contado sus hijas, que había sufrido una bajada de tensión por no descansar bien, y no entendía por qué no le hacía caso y no dejaba ya el «trasto ese».

—Cinco minutos y me voy contigo al sofá, te lo prometo —le dijo él dándole un beso.

Amparo frunció el ceño; sabía que aquello que lo retenía en el ordenador era más importante que ella, e incluso más importante que su propia salud. Pero no podía luchar, ya no, estaba demasiado cansada. Sobre todo desde que el doctor Llopis la había llamado para comunicarle los resultados de las últimas pruebas sobre su enfermedad, hacía menos de un mes.

«No son buenas noticias, Amparo. Su dolencia avanza más rápido de lo que esperaba y... —titubeó— no le queda mucho tiempo. Lo siento. Últimamente solo doy malas noticias», había murmurado.

«No se preocupe, doctor, con su trabajo es normal —había respondido ella, ajena a la situación de su marido—. Y no se preocupe por mí, algún día tenía que llegar. Por fin me libraré del dolor».

Amparo se había preparado durante años para esa llamada, así que su tono era sosegado.

«Si me permite decirlo —continuó el doctor—, siempre me ha sorprendido lo valiente y fuerte que ha sido con esta enfermedad. Le deseo mucha suerte».

Al recordar aquella última frase, Amparo se echó a llorar. Tendría que pensar en cómo decírselo a sus hijas y a su marido, pero por ese día ya había tenido bastantes emociones. Estaba cansada, muy cansada.

Se tapó con una manta y cerró los ojos.

José se acercó al comedor una hora después; vio a su mujer tumbada en el sofá con la manta encima y sintió remordimientos por lo que estaba haciendo, pero no podía evitarlo. Su amor por Ana había sido su motor todos aquellos años, y debía dejarlo plasmado en algún sitio; se lo debía a su memoria.

Sin hacer ruido, se fue a la cocina para preparar el café. Merendaría con Amparo y luego, con

cualquier excusa, volvería con Ana y sus recuerdos.

—Cariño, te traigo el café —dijo al acercarse a la mesita del comedor.

Su mujer parecía profundamente dormida, pues no respondió.

—Despierta ya, dormilona... —Se aproximó más a ella.

De repente, un escalofrío recorrió el cuerpo de José. La mano de su mujer colgaba fuera del sofá. Entonces se fijó en su expresión: tenía los ojos cerrados, pero la boca un poco abierta, como si estuviera buscando oxígeno.

—¡Amparo! —Dejó caer las tazas de café al suelo y corrió hacia el cuerpo inerte de su mujer —. ¡Dios mío, no! ¡Ahora no! —gritó, reconociendo el rostro de la muerte en su cara.

Los servicios de emergencia nada pudieron hacer por Amparo. Había sufrido un paro cardíaco mientras dormía la siesta.

—Si les sirve de consuelo —dijo uno de los enfermeros—, fue todo muy rápido. No sufrió.

Carmen e Isabel lloraban abrazadas en el pasillo. No había consuelo posible para ellas, pero agradecieron las palabras del sanitario. José, mientras tanto, hablaba por teléfono con los familiares más allegados.

Isabel tanteó la mirada de su padre; se preguntaba por qué estaba tan sereno. Era él quien las había llamado, después de avisar al 112. Era él el que se estaba encargando de avisar a todo el mundo, incluso de contactar al seguro para que se hiciese cargo del cuerpo de su madre. Y en todo ese tiempo, no lo había visto derramar ni una sola lágrima.

—¿Estás bien, papá? —se atrevió a preguntarle por fin.

—Sí, hija. Esto tenía que llegar un día u otro, y me alegro de que se haya ido antes que yo. Así no verá el despojo humano en que me voy a convertir.

—¡No digas eso, papá! —Isabel abrazó a su padre, consciente de que el dolor le atenazaba la garganta—. A mamá no le habría importado tu enfermedad, como a ti nunca te importó la suya. Solo quería pasar el resto de sus días contigo.

—Me habría gustado hacerla más feliz, pero... —El sentimiento de culpa empezaba a inundar cada parte del cuerpo de José.

—Y lo hiciste —intervino Carmen—. Puede que no fueras el marido más cariñoso del mundo, pero ella sabía que la querías.

José iba a añadir algo más cuando los sanitarios les advirtieron que los servicios funerarios habían llegado, y que ellos debían marcharse ya.

Aquella confesión debería esperar un poco más.

El resto del día fue un tanto confuso para José y sus hijas. Tras los papeleos con la aseguradora vino el tanatorio, las visitas de los familiares y amigos, las lágrimas y, por fin, la noche. Debían esperar veinticuatro horas para enterrarla, así que la misa se celebraría al día siguiente por la tarde.

—¿Quiere que me quede, don José? —preguntó una afligida Avelina, que no había dejado de llorar desde que se enteró.

—Gracias, Avelina, pero no hace falta —respondió Carmen, acompañándola a la puerta del tanatorio—, nos quedaremos nosotras.

—Ya me quedo yo —dijo José a sus hijas cuando Avelina se fue—. Vosotras tenéis que descansar y estar con vuestros hijos.

—¡Yo no me muevo de aquí! —replicó Carmen. Las ojeras marcaban el contorno de sus ojos—. Pedro se encargará de Ana. No pasará nada porque lo haga él un día —musitó.

—Yo sí que debo irme —contestó con resignación Isabel—. Jorge está con treinta y nueve de fiebre y Carlos me ha dicho que solo quiere que su «mami» lo cuide. Creo que presiente que ha pasado algo, aunque aún no se lo hemos dicho.

—Ve tranquila, en tu casa te necesitan más que aquí. —Carmen sonrió—. Mañana nos vemos.

Cuando José y su hija se quedaron solos, el primero se acercó a la vitrina desde donde veía el cuerpo de su mujer. Parecía feliz, aunque algo en su mirada inerte le puso los pelos de punta. Era como si, ahora que se había marchado al más allá, todas las dudas y todas las preguntas sin respuesta se hubiesen aclarado. Desde detrás de aquella vitrina, Amparo parecía mirarlo con reproche y tristeza, sabiendo lo que había ocurrido en realidad con Ana. Empezó a sudar y se giró hacia Carmen, que trataba de acomodarse en los fríos bancos de madera. Algo en su interior le confirmó que era hora de hablar.

—Tengo que contarte una cosa y no puede esperar —dijo de un tirón.

Carmen miró a su padre, expectante.

—Tenías razón. No fui totalmente sincero con vuestra madre, ni tampoco con vosotras.

—Papá, sea lo que sea, no creo que este sea el momento...

—Te ruego que no me interrumpas —la cortó—. Tengo que confesar algo delante de tu madre, y no tendré otro momento para hacerlo.

Carmen tragó saliva, pero se abstuvo de decir nada más. José se sentó delante de ella y empezó a contarle la historia de Ana, desde el principio. La cara de su hija, a medida que avanzaba en la historia, fue cambiando de sorpresa a rechazo y, después, a tristeza.

—Vuestra madre nunca lo supo, aunque creo que en el fondo sospechaba que yo no podía darle todo lo que ella quería porque una parte de mí se quedó en Moraleja —concluyó José.

De repente se hizo un silencio entre los dos, y fue Carmen quien consiguió romperlo con voz temblorosa.

—¿Volviste a verla? ¿A ella o a tu... hijo? —le costó pronunciar.

—Jamás. Ana decidió que vosotras erais más importantes que nuestra propia felicidad, y yo también.

La indignación y la rabia ascendieron por la garganta de Carmen y se le hicieron una bola imposible de volver a tragar.

—¡Papá, no sé por qué me cuentas esto ahora! ¡Mamá está de cuerpo presente y tú...! ¡Tú confiesas que nunca la quisiste y que tuviste un hijo con otra mujer! ¡Esto es de locos!

Comenzó a dar vueltas por la sala con los puños apretados contra el cuerpo y las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Entiendo que estés así.

—¿En serio? ¿Lo entiendes? ¡Porque yo no entiendo una mierda! —bramó.

—Supongo que necesitarás algún tiempo para asimilarlo —su hija lo miró subiendo las cejas—, pero si supieras que nuestro amor fue puro y que ninguno pudimos evitar enamorarnos... ¿Nunca has sentido un deseo irrefrenable por alguien? ¿Un dolor en el pecho que te ahoga cada vez que estás lejos de esa persona?

Entonces Carmen relajó los músculos de la cara y se sonrojó. Las imágenes de ella con Mario en el hotel se le aparecieron en la mente como desleales chivatas.

—Supongo que eso sí lo puedo entender —contestó.

—Carmen, tu hermana y tú sois lo mejor que me ha pasado en la vida, y eso nunca cambiará, pero Ana llenó una parte de mi alma que estaba vacía, y que nadie más ha sido capaz de llenar.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí? ¿Por qué no has esperado a que estuviera también Isabel?

—Sé que tu hermana me quiere, pero también sé que ella necesitará más tiempo para asimilarlo. Además —suspiró—, necesito que me ayudes en algo.

Carmen lo miró intrigada.

—Estoy escribiendo mis memorias; contando mi historia con Ana. Quiero hacerlo antes de que la olvide, antes de que no pueda recordar lo que vivimos. Me queda poco tiempo y necesito tu ayuda.

—Mi ayuda, ¿para qué? —Abrió los ojos de par en par.

—Me he dado cuenta de que a veces repito las frases sin darme cuenta y de que hay palabras que ya no recuerdo cómo se escriben. —José se acercó a su hija y le tomó las manos—. Carmen, tienes que ser mis manos.

—¿Que yo escriba tus memorias? —Carmen se soltó de su padre y se levantó. Miró a su madre fallecida, negando con la cabeza.

—No confío en nadie más. Necesito acabarlas antes de que sea demasiado tarde. Y hay otra cosa: quiero que le lleguen a Ana o a mi hijo, si siguen vivos —puntualizó—. Quiero que sepan que siempre los llevé en mi corazón, y que a pesar de no estar juntos, nunca me olvidé de ellos.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? ¿Acaso has pensado en lo que supone para mí lo que me estás pidiendo? —preguntó indignada.

—Sí, y sé que necesitarás tiempo para pensarlo. Solo te pido que ese tiempo no sea demasiado largo —contestó José a punto de estallar en lágrimas.

Carmen pensó en Mario y en sus sentimientos. Y en qué pasaría si algún día tenía que decidir entre su familia y él. Pensó en su hermana; seguro que ella no estaría de acuerdo. Y por último miró a su madre. No sabía si algún día podría llegar a perdonar a su padre, pero sabía que, de hacerlo alguna vez, primero debería conocer toda la historia, con pelos y señales.

—Lo haré —aceptó finalmente—. Escribiré tus memorias. Pero pongo dos condiciones.

—Las que quieras —respondió José con una sonrisa.

—La primera: en cuanto las terminemos, Isabel será la primera en leerlas.

—De acuerdo.

—Y la segunda: la decisión de enviarlas a Ana o a tu hijo no dependerá de ti, sino de nosotras. Tendremos la última palabra para decidir si se las entregamos o no.

—Es justo —contestó resignado—. Aunque espero que cuando conozcas toda la historia y el gran amor que nos tuvimos, pueda convencerte de que se las entregues.

José se acercó a su hija y la abrazó. Carmen dio la espalda a su madre. Después de la confesión de su padre, no volvió a mirar la vitrina, y ambos quedaron en silencio, recostados en los bancos sin mirarse.

—¿Era necesario que viniéramos hasta la plaza de la Virgen? —preguntó José a su hija mientras se sentaban en la terraza de un bar, enfrente de la basílica.

Habían pasado tres meses desde la muerte de Amparo y, por fin, la noche anterior Carmen lo había llamado para anunciarle que estaba lista para escribir sus memorias.

—Por supuesto —contestó ella sin pestañear—. Si voy a ser tu escribiente, exijo tener un buen ambiente de trabajo. Y ¿qué mejor ambiente que este? —Señaló a la gente que paseaba por la plaza o que entraba a ver a la Virgen.

José miró a su alrededor; el sol brillaba en el cielo, a pesar de que algunas nubes trataban de ocultarlo. Las palomas cubrían el suelo y la fuente que había enfrente de la capilla. Los turistas y valencianos disfrutaban en los bares, hablando y riendo... Y al fondo, majestuosa, la catedral y la capilla lucían en todo su esplendor. Su hija estaba en lo cierto: si iba a desnudar su corazón, no había escenario mejor.

—¿Dónde has dejado a Ana?

—Se ha ido con Pedro al apartamento de sus padres en Jávea. —Evitó la mirada directa de su padre—. Le dije que tenía que quedarme contigo para hacerte unas pruebas.

—Ya veo —murmuró José—. Y ¿leíste el archivo que te envié con lo que ya había escrito?

Carmen asintió sonrojándose.

—¿Y bien?, ¿qué te parece? —preguntó nervioso.

—Pues... me gustó —concluyó—. Y creo que tu tía fue una mujer adelantada a su tiempo. Me hubiese gustado conocerla.

—Murió cuando tú tenías dos años —contestó apenado—. Pero, sí, te habría encantado. Era una mujer excepcional.

En ese momento llegó el camarero, un hombre de mediana edad, entrado en carnes y con el pelo cano.

—Buenos días —dijo con una sonrisa, limpiando la mesa—. ¿Qué van a tomar?

—Un café.

—¡Papá, por favor! No le haga ni caso —replicó Carmen al camarero ante la mirada de sorpresa de su padre—. Tráiganos dos cervezas, o mejor, ¡una jarra!

—¡Carmen!

—¿Señor? —preguntó confuso el camarero.

—Está bien, tráiganos una jarra de cerveza y unas papas —contestó con resignación José.

—Y unas olivas —añadió su hija, que parecía estar disfrutando.

José miró al camarero asintiendo y este se fue con una sonrisa a la cocina.

—¿La señorita ya tiene todo lo que desea? —preguntó de forma teatral José.

—De momento, sí.

Carmen sacó de su bolso una grabadora y la puso encima de la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó extrañado su padre.

—No pensarías que iba a tomar notas en papel, ¿verdad? —Lo miró con incredulidad—. Por lo que llevo leído, tu historia parece complicarse a partir de ahora, y no creo que unas simples notas puedan transcribir lo que quieres decir. Con esto haré que sean tus palabras, y no las mías, las que queden plasmadas en el papel.

El hombre miró a su hija mientras se rascaba la barba. ¿Cuándo se había convertido aquella «culebrilla» en la mujer que tenía enfrente?

El camarero llegó con la jarra de cerveza y los aperitivos, y después de cobrarles, se alejó sorprendido por el «artefacto» que coronaba la mesa.

—De acuerdo —suspiró José—, comencemos:

Aunque mi tía creía que todas sus palabras habían caído en saco roto, yo había ido guardando y anotando cada consejo que Belén me había dado.

Pero fue una conversación con el doctor, don Leandro, la que hizo que tomara la decisión de volverme a Valencia.

—Hola, muchacho, ¿cómo te encuentras? —me preguntó a los tres días de estar hospitalizado.

—Mejorando —contesté, y me retorcí en la cama para intentar sentarme.

—Me alegro. Veo que las heridas de la pierna también se van recuperando, aunque, no te voy a mentir, es posible que mantengas una ligera cojera el resto de tu vida.

—¿Podré volver a subirme al tejado, doctor? —pregunté con miedo a su respuesta.

—Chico, creo que no deberías pensar en volver a esa iglesia.

El doctor me miró como lo hacía mi padre cuando quería reñirme por algo.

—Me han llamado para que vaya a ver a la señorita Ana esta tarde. —Yo abrí los ojos de par en par—. Está muy malherida.

—Eso lo solucionaré en cuanto salga de aquí, doctor, no se preocupe —amenacé apretando los puños.

—¿En serio? ¿Y qué piensas hacer? —El doctor se levantó de la cama y frunció el ceño—. ¿Raptarla y llevarla a Valencia para malvivir con tus padres? ¿Buscar a quien la ha dejado así y darle tú una paliza para que te encierren en el calabozo? ¿Acaso no te das cuenta de que tu presencia aquí solo hace más daño a la señorita Ana?

Yo bajé la mirada. Sabía que don Leandro tenía razón, y que cualquiera de esas opciones conllevaría dolor tanto para mí como para ella.

—Si de verdad la quieres, debes pensar en qué es lo mejor para ella.

—¿Y lo mejor es que me marche y la deje casarse con ese hombre al que no quiere? —pregunté con los ojos encharcados.

El doctor no contestó, no hacía falta, yo sabía la respuesta. Yo únicamente era un «don nadie» sin oficio ni beneficio, que solo podría traerle amargura y una vida lejos de lo que más le importaba: su madre.

—Está bien, me iré en cuanto me recupere. ¿Podría al menos despedirme de ella? —imploré.

—No creo que eso sea lo más conveniente. Pero, si quieres, yo mismo le diré que te marchas.

—Gracias, doctor —respondí, y giré la cara en la almohada para que no me viera llorar.

Sin embargo, siete días después, cuando ya estaba concretando con mi tía cómo y cuándo me

marcharía, una joven, delgaducha y asustadiza, con cara de niña y cuerpo de mujer, me devolvió la esperanza en forma de carta. Era de Ana.

—Espera, papá —lo interrumpió Carmen—. Deberías ponerte la chaqueta, se está nublando un poco.

José vio la expresión de su hija; algo en ella lo hizo entender que lo que le estaba contando empezaba a emocionarla.

—Gracias, cariño —contestó con una sonrisa mientras se la ponía—. ¿Continúo?

Carmen asintió, inclinando su cuerpo hacia delante para escucharlo mejor.

—Disculpe, señor —me dijo aquella chiquilla—, mi señora, la señorita Ana Giménez, me ha pedido que le entregue esta carta en persona y que me espere a que usted me conteste —apostilló.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —le pregunté cogiendo la nota de sus manos temblorosas.

—Clara, señor —contestó, mirando nerviosa a un lado y a otro de la habitación y del pasillo —. ¡Pero, por favor, no le diga a nadie que he estado aquí o me matarán!

Noté en su expresión que no era una simple forma de hablar; el miedo que tenía a que aquello sucediera era real.

—No te preocupes, no lo haré.

Abrí la carta y la leí con el corazón latiéndome a mil revoluciones. Solo pensar que sus manos habían tocado aquel trozo de papel hacía que mi cabeza viajara directa a sus ojos, a sus labios carnosos...

Querido José,

me he enterado por don Leandro de que ha recibido una paliza, casi mortal, de Fermín, y que ahora ha decidido volver a Valencia.

Antes de que lo haga, me gustaría verlo una vez más, si a usted no le parece mal.

Sé que no debería decirle esto, dada mi condición, y que probablemente pensará que soy una fresca por hacerlo y me dirá que no. Pero si sintió, como yo, que el mundo era mejor cuando dimos ese paseo hasta casa de su tía; si ha pensado en mí alguna vez desde entonces..., acuda mañana a la plaza de las tiendas, en el centro de Moraleja. Allí hay una floristería: «La floristería de Adela». Espéreme en la esquina de la tienda, a las cinco de la tarde.

Me gustaría despedirme de usted antes de que se marche para siempre.

Ana.

No puedo explicar con palabras el sentimiento que recorrió mi cuerpo al terminar de leer su carta.

No había sido un sueño: Ana también sentía por mí algo especial.

Le dije a Clara que allí estaría y me levanté a mirar por la ventana. El mundo volvía a tener sentido.

No podía revelarles a mi tía lo de la carta, así que la escondí debajo del colchón y pasé el resto del día contando las horas para salir y reencontrarme con Ana.

Al día siguiente, le dije a Belén que necesitaba hacer unas compras para mis padres.

—Quiero llevarles algún detalle, ya va a ser bastante duro que me vean con estas pintas. — Comenté al observar, en un espejo, mi cara hinchada y amoratada a causa de los golpes.

—No hace falta que vayas, hijo —contestó recogiendo mis cosas—, yo te compraré lo que quieras.

Entonces recordé que tenía la carta debajo del colchón y me acerqué despacio, tratando de que Belén no se diera cuenta.

—No se moleste, tía, ya iré yo. Además, me vendrá bien el aire fresco —me excusé.

Metí la mano debajo de la cama y rebusqué, pero allí no había nada.

—¿Es esto lo que buscas?

Belén estaba detrás de mí, mirándome con severidad y con la carta de Ana en la mano.

—He de ir, tía —respondí quitándole la carta—. Puede que no vuelva a verla nunca y necesito saber qué siente por mí.

—Estoy convencida de que es un error —musitó—, pero no voy a impedírtelo. Te esperaré en casa haciendo la maleta.

—Gracias, tía.

Le di un beso en la frente y salí en busca de mi amada.

Cuando llegué a la plaza de Moraleja, solo había una niña, de unos nueve o diez años, jugando en la tierra.

La chiquilla se percató de mi presencia, pero no me dijo nada. Yo me escondí entre las sombras de las columnas intentando no llamar la atención; no quería causarle más problemas a Ana.

Pasados diez minutos, creí que no vendría y comencé a ponerme nervioso; ¿y si la habían descubierto?, ¿y si se había arrepentido?, ¿y si...?

Entonces la vi: caminaba despacio hacia mí y parecía mucho más delgada. Llevaba el cabello tapado por un pañuelo que ocultaba parte de su cara, y, de repente, se lanzó a mis brazos y se puso a llorar.

—¡Perdóname, perdóname, José! —pronunció con dificultad—. Yo no sabía que Fermín y sus amigos iban a hacerte esto.

—No llores, Ana —le dije henchido de amor—, ya no me duele.

Acaricié su pelo, para ese momento libre del pañuelo, y la abracé fuerte.

—Ahora que sé que tú sientes lo mismo que yo, podré aguantar mil palizas más.

—No digas eso, insensato. Tú no sabes de qué es capaz Fernando.

Al hablar de ese hombre su cuerpo se tensó bajo mis brazos. La cogí por la barbilla, apartándola con desgana de mi cuerpo, y me perdí en el añil de sus ojos. Ansiaba protegerla, pero allí sería imposible.

—Entonces, vente conmigo a Valencia —le dije, sin desviar la mirada—. Parece una locura, lo sé. Pero hay algo entre nosotros que va más allá de una atracción, lo noto, y sé que tú también lo sientes. ¡Déjame seguir conquistándote y podré demostrarte que puedo hacerte mucho más feliz que él!

Ana se quedó callada unos segundos, parecía estar valorando mi oferta. De pronto se encogió en mis brazos y soltó un gemido.

—¿Qué te ocurre, Ana?

El gesto en su cara era de auténtico dolor, y este parecía provenir del estómago.

—No puede ser, José. Fernando nunca me dejará libre. Nos perseguirá y nos matará.

Entonces un golpe de viento levantó su falda. Lo que descubrí después me heló la sangre. Las piernas de Ana estaban llenas de moratones y de cicatrices, demasiado cercanos a zonas a las que ningún hombre debería acercarse, de no ser su marido.

Comprendí, al momento, la cara de horror al hablar de su prometido, los dolores que contraían su cuerpo y las lágrimas que en ese instante ocultaba tras su cabello.

—¡Lo mataré! —bramé enfurecido, y alcé el puño, separándola de mí.

Como si de un animal indefenso se tratase, Ana agachó la cabeza y se la cubrió con las manos.

Yo la miré horrorizado por mi actitud. ¡Estúpido de mí! Con aquel gesto violento había conseguido que ella me temiese igual que a Fernando. Bajé inmediatamente el brazo y la estreché contra mi cuerpo de nuevo.

—No me temas, Ana, yo jamás te haría daño —balbuceé.

—Ahora debes marcharte, José —dijo con voz queda—. Si no lo haces, Fernando acabará matándote, y a mí también.

—No me iré sin ti, Ana —aseguré.

—No puedo irme contigo, ahora no.

Yo quise decirle que lucharía por ella con uñas y dientes, contra molinos o gigantes... Pero entonces se apartó de mí y, sin mirarme a los ojos, me dijo:

—Ni siquiera sé qué siento por ti. Solo eres un desconocido, sin recursos... Tú jamás podrías darme la vida que tendré con él.

Aquella última frase rompió mi corazón en mil pedazos, porque sabía que era verdad. Yo solo era un obrero de poca monta, un «don nadie».

Aunque había algo que yo tenía y Fernando de Mora, no. Yo la amaba con todo mi corazón, y eso valía más que todo el oro del mundo.

—Está bien, si lo que quieres es que me vaya, me iré. Pero volveré a por ti. Me recuperaré de mis heridas, encontraré un buen trabajo y, antes de que te cases con él, volveré a por ti.

Busqué en su mirada y me di cuenta de que debajo de aquellas palabras tan duras que habían salido de su boca, ocultaba el miedo a que me pasara algo. Estaba claro que Ana quería alejarme de allí, y eso haría. Pero volvería a por ella. Nada me arrebataría su amor.

—Y cuando vuelva —sonreí—, no podrás mentirme. Porque aunque pretendas negarlo, sé que tú también me quieres y, por eso, volveré a por ti.

Sin darle tiempo a responder, me giré y me marché a casa de mi tía.

—Nena, será mejor que paguemos ya y volvamos a casa. Tu madre se estará poniendo nerviosa al ver que tardamos tanto, y Avelina va a regañarme si se enfría su comida. —José sonrió.

Carmen miró a su padre frunciendo el ceño, confusa.

—Papá, Avelina ya no trabaja en casa. Volvió a Argentina cuando la mamá...

José reconoció la expresión de su hija, e inmediatamente recordó la muerte de su esposa.

—¡Ay, hija! —respondió sintiéndose avergonzado—. Perdóname, no sé qué me ha pasado.

—No te preocupes, papá, es normal.

Carmen se levantó de la silla y le dio un abrazo.

—Estoy asustado —confesó con lágrimas en los ojos.

—Y yo —reconoció su hija.

José miró a su alrededor y vio cómo familias enteras se lo pasaban bien: los abuelos jugaban con sus nietos y los padres cogían de la mano a sus hijos para entrar en la catedral. Entonces, se limpió las lágrimas y se irguió en la silla.

—Carmen, tienes que prometerme una cosa: si llegado el momento no os recuerdo, ni a tu hermana ni a ti, y ya no me valgo por mí mismo, me llevaréis a una residencia.

—¡Papá, ahora no tienes que preocuparte por eso! —exclamó—. Aún es muy pronto para...

—¡Necesito que me lo prometas! —gruñó dando un golpe en la mesa.

—Pero esta decisión no la puedo tomar sola, tengo que hablar con Isabel... —Carmen comprobaba con tristeza cómo los pequeños cambios de humor ya eran evidentes.

—¡No! ¡Es una decisión que tomo yo, Carmen! No quiero ser una carga para nadie —murmuró.

Su hija notó que el corazón le aplastaba el pecho. Pero siguió los consejos que había leído en los panfletos de una asociación de afectados por Alzheimer: «Hablar al enfermo con tranquilidad y no perder la calma».

—¿Puedo, al menos, pensármelo unos días?

—¿Cuántos necesitarás? —inquirió José.

—¿Hasta que termines tu historia? —balbuceó.

—Está bien, pero luego hablarás con Isabel y firmaremos un acuerdo vinculante —sentenció—.

No quiero que las palabras se las lleve el viento.

Carmen asintió y le pidió que continuara con su relato, albergando la esperanza de que a su padre le quedasen aún muchas cosas que contarle sobre Ana; así tendría tiempo de valorar lo que le acababa de pedir.

—*Ya estoy listo, tía —anuncié entrando en casa de Belén con una sonrisa.*

—*¡Vaya! —exclamó al verme tan risueño—. Parece que la reunión ha ido bien, ¿no?*

—Pues, en realidad, me ha rechazado. —Recogí mi maleta.

—¿Y eso es bueno? —preguntó mi tía sin entender mi euforia repentina.

—¡Es maravilloso, tía! Porque ahora sé que me ama, y me esperará hasta que yo pueda volver con una perspectiva de futuro digna de lo que ella se merece.

—¿Y se puede saber de cuánto tiempo estamos hablando, hijo?

—¡El menor posible! —contesté dándole un beso en la mejilla—. Por eso he de marcharme ya; debo ponerme a buscar un trabajo serio en cuanto llegue a Valencia y acabar de recuperarme físicamente. ¡Le escribiré!

Sin dejarla decir nada más, me marché con mi maleta hacia la estación de autobuses.

Llegué a casa de mis padres con las ideas claras. Debía encontrar un trabajo estable con el que poder ahorrar dinero; después buscaría una casa y, por último, le hablaría a mi madre de Ana.

Con esas metas en mi cabeza, le pedí a mi padre que me contratara como peón en la empresa de montaje en la que él trabajaba.

—¿Estás seguro, hijo? —preguntó él, asombrado por mi repentino interés.

—Sí, padre. Ya es hora de que siente la cabeza.

—¿Quién eres y qué han hecho con mi hijo? —preguntó divertida mi madre.

—Soy una persona nueva, madre. Le aseguro que ya no tendrán que preocuparse más por mí. Estos son los últimos golpes que voy a recibir.

—¡Ay, hijo! ¡Eso espero! Porque cuando me dijo tu tía que te habías caído del tejado mientras trabajabas... casi me desmayo —reconoció mi madre.

«¡Belén siempre tan lista!», pensé. La excusa de la caída era perfecta para evitar que mi madre se enterara de lo que había pasado realmente. Si mis planes salían bien, tendría tiempo para presentarles a Ana y vivir nuestro amor sin ninguna mentira.

La fábrica exigía muchas horas de trabajo y esfuerzo, pero ganaría suficiente —veinticinco pesetas al día— como para poder aportar en casa y ahorrar para mi futuro con ella.

Sin embargo, al mes de llegar, y con el sobre de mi primer salario en la mano, me llegó otra carta; era de mi tía Belén.

Querido sobrino,

Siento ser yo quien te mande esta terrible noticia, pero he considerado que era necesario que lo supieras para que abrieses los ojos.

Ayer estuve en la floristería de Adela y noté que estaba más nerviosa de lo habitual y que llevaba mucho movimiento de papeles.

Al preguntarle qué era todo aquel alboroto, me hizo un gesto con la mano para que no gritara.

Entonces me pasó a su despacho y me comentó que la habían elegido a ella para adornar la iglesia de Coria, donde se iba a casar don Fernando de Mora.

Al parecer, todo se quería llevar en secreto, aunque ella no sabía por qué. Y le dijeron que si comentaba una sola palabra acerca de la boda, o de los preparativos, no solo cancelarían el trato, sino que dejarían de trabajar con ella para siempre.

Por lo visto quieren casarlos lo antes posible, probablemente de aquí a cuatro o cinco meses.

Adela me confirmó que fue la propia Ana la que, acompañada de su futura

suegra, acudió a elegir las flores para su ramo de novia, y al parecer la vio muy contenta y nerviosa por el futuro evento.

Lo siento, hijo, pero te dije que era muy difícil luchar contra la familia De Mora; ellos siempre ganan.

Olvida tus fantasías y cástate con una buena muchacha en Valencia. Tu madre no necesita otro forajido más en su casa.

Te quiere,

Tu tía Belén.

Lleno de rabia, rompí la carta en mil pedazos y me puse a pegar puñetazos contra las paredes de mi habitación.

¿Por qué no me había esperado? ¿Acaso era todo mentira? ¿Aquello que creí que sentíamos había sido solo una ilusión?, me preguntaba nervioso.

—¿Pero qué haces, hijo? —preguntó mi madre, asustada al escuchar los golpes.

Al verla en la puerta con expresión de no entender nada, caí en sus brazos como un niño pequeño, llorando sin parar.

Mi madre me abrazó, sin hablar, mientras yo dejaba que el corazón se me rompiera en los mismos pedazos que la carta de Belén.

Desde aquel momento mi vida se limitó a trabajar y volver a casa de mis padres; no salía con amigos, no iba a ningún lado, y la mayor parte del tiempo me la pasaba en mi habitación pensando en los ojos azules de Ana.

Sin embargo, lo peor vino en otoño de ese año. La riada de la madrugada del 14 de octubre nos pilló en casa durmiendo.

Era una noche silenciosa y en calma, después de un día algo lluvioso, normal en aquella época. De repente, un rumor, y los primeros gritos de la gente en las calles y en las casas adyacentes, me despertaron.

No hubo tiempo para nada; el agua entró por la puerta, por las ventanas, y subió con virulencia, cargada de barro, piedras, ramas y todo aquello que encontraba en su camino.

Desde mi habitación, a oscuras, oía a mi madre llorar y llamar a mi padre. Traté de salir para ayudarla, pero la corriente me subía y me bajaba; tragaba agua, me mareaba. Creí que iba a morir arrastrado por el Turia.

Entonces, cuando mi cabeza había vuelto bajo las frías aguas y mi alma se abandonaba a su trágico destino, una mano me agarró fuerte del brazo y tiró de mí antes de que me desmayara.

A las cinco horas, desperté. El espectáculo era aterrador; la ciudad estaba destrozada: las calles eran barrizales, no teníamos agua ni luz, había ataúdes vacíos que flotaban por las calles... Y mis padres habían muerto, junto con otras setenta y nueve personas.

Yo debería ser un número más de aquella estadística, sin embargo, respiraba, y no sabía el porqué.

De repente, una dulce voz femenina me sacó del trance:

—¡Cuánto me alegra que se haya despertado! —Unos ojos, castaños y cantarines, me miraban desde una silla, al lado de la cama donde me hallaba.

—¿Dónde estoy? —pregunté, aturdido, a la joven.

—En mi casa, bueno, en lo que queda de ella —dijo con tristeza—. Ruego disculpe la limpieza, y el que solo pueda ofrecerle un cacho duro de pan, pero estamos sin luz ni agua.

—¿Cómo se llama?

—Amparo —contestó atusándose su melena negra, enmarañada.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Pues la riada lo estaba arrastrando por la calle, y mi padre lo vio y pudo agarrarlo justo antes de que se volviera a hundir. Creo que si no llega a cogerlo, no habría sobrevivido.

—¿Y mis padres? ¿Ha visto a mis padres? —pregunté aferrándola por los brazos.

—Tranquilo, muchacho. —El padre de Amparo entró en la habitación—. No vimos a nadie con usted, lo siento.

Yo caí en la cama derrotado; la vida volvía a golpearme con dureza.

—¿Cómo se llama, hijo?

—José —respondí. Llevé mis manos a la cara para que no me vieran llorar.

—No se preocupe por nada. Hasta que todo vuelva a la normalidad, podrá quedarse aquí con nosotros.

—¿Fue así como conociste a mamá? —preguntó Carmen dejando caer una lágrima por su mejilla —. Nunca nos lo habíais contado.

—Sí —contestó José—. Fue la peor gota fría que hemos vivido en la ciudad, y si no llega a ser por vuestro abuelo, yo habría muerto.

—Ahora entiendo tu miedo al mar —murmuró la chica encogiéndose en la silla.

—Parece que el tiempo está cambiando. ¿Quieres que demos una vuelta?

—Claro.

—Pero ahora hablas tú. —José sonrió—. Tengo la garganta seca.

Carmen asintió, comprendiendo el gran esfuerzo que suponía para su padre recordar aquel episodio tan trágico.

Las calles de la ciudad estaban repletas, a esas horas, de turistas ansiosos por encontrar un lugar para comer.

—¿Quieres que vayamos a comer a la Malvarrosa? —le preguntó José.

—¿A la playa, a estas horas, en agosto? No, gracias.

Entonces el hombre cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía en qué estación del año estaba. Ahora entendía por qué la gente lucía aquella ropa y el bullicio en pleno centro.

—Pero si tú quieres ir... —Carmen advirtió que su padre tenía la mirada perdida.

—No, hija. Buscaremos un bar por aquí y comeremos. —Volvió a sonreír—. ¿Qué te parece en la estación? Allí estaremos fresquitos, y si cae alguna gota, no nos pillarán.

—Perfecto, papá. Además, yo también quiero confesarte algo, y me parece un escenario fantástico. —Su padre la miró expectante—. Me estoy planteando divorciarme de Pedro —soltó sin más—. Estoy enamorada de otro hombre.

El sol había vuelto a lucir con fuerza en Valencia y los rayos del mediodía se reflejaban en la histórica fachada de la estación del Norte.

En lo alto, justo debajo de la gran águila que vigilaba la ciudad, el reloj redondo de la estación marcaba la una y media.

José recordaba cuando iba con sus hijas, siendo ellas pequeñas, a pasear por dentro del edificio. Debajo del arco central y las vidrieras, soñaba que, de uno de los muchos trenes que llegaban, Ana bajaría sonriendo, sin más escudo que sus maravillosos ojos azules.

—¿Nos sentamos? —preguntó Carmen al llegar al bar.

—Sí, claro —contestó José, de vuelta al presente—. Parece, entonces, que no soy el único que guarda secretos inconfesables, ¿no es así?

—Eso parece. —Carmen se ruborizó.

—Y ese chico del que te has enamorado, ¿te corresponde?

—Creo que sí.

—¿Y lucharás por la custodia de Ana?

—Con uñas y dientes.

—Entonces no tienes que darme más explicaciones —concluyó—. Hace tiempo que intuía que había problemas entre tú y Pedro. Y si te digo la verdad, ¡siempre me cayó como el culo!

La declaración de José pilló por sorpresa a su hija, que se echó a reír. Su padre la siguió, y ambos fueron objeto de comentarios en quienes los rodeaban.

—Gracias, papá —dijo Carmen al recuperarse.

—No hay por qué, hija. Solo quiero que seas feliz; es lo que siempre he deseado para ti y para tu hermana.

—Y lo conseguiste —susurró—. ¿Por qué no sigues contándome tu historia mientras yo le pido al camarero dos menús? —sugirió, enchufando la grabadora de nuevo.

Al mes de la riada, escribí una carta a Belén para contarle lo que había pasado y decirle que, a pesar del desastre, había conocido a una familia que me estaba ayudando mucho, y cuya hija era muy amable conmigo. Pero que si me necesitaba en Moraleja, saldría de inmediato.

Ella me contestó, dos meses después, dolida por no haber podido asistir al entierro de mis padres, a causa de un fuerte constipado que la mantuvo en cama una semana, y aliviada porque tuviera a alguien que me estuviera cuidando. Junto con la carta, venía un recorte de la portada de un periódico local.

En ella se podía ver la foto de Ana sonriendo con su ya esposo, Fernando de Mora. El titular decía:

«Felicidad en la familia De Mora por la reciente boda de su primogénito con una guapísima jovencita».

A bolígrafo, mi tía había escrito:

«Rehaz tu vida y no vuelvas a Moraleja».

Sentí como si mil puñales se clavasen en mi alma. Volví a mirar la foto de Ana; parecía feliz.

En ese momento, Amparo entró en mi habitación.

—¿Se puede? Le traigo algo de azúcar que ha conseguido mi padre en el ayuntamiento.

Amparo llevaba un bonito vestido marrón que hacía juego con sus ojos almendrados, y su larga melena azabache, recogida en un perfecto moño italiano.

Puede que se debiera a mi dolor por la imagen que acababa de ver, pero, por primera vez, me fijé en aquella chiquilla de apenas veintiún años que me miraba ilusionada.

—Gracias, Amparo. —Arrugué la carta y la tiré a la basura—. Está muy bonita esta mañana.

Ella se sonrojó y agachó la cabeza.

—¿Le apetece ayudarme con la cocina de mi casa? —le pregunté—. Aún no he podido colocar todos los cacharros tal cual los tenían mis padres.

—¡Claro! ¡Me encanta ordenar cosas! ¡De hecho, soy una mujer muy ordenada! —exclamó.

Aquella expresión me hizo gracia, y Amparo se volvió a sonrojar al ver que yo me reía, para después echarse a reír también.

A la semana siguiente le pregunté a su padre si podía llevarla al cine. Y desde ese día comenzamos a salir.

No había conseguido olvidar a Ana, pero acepté que lo mejor, para los dos, era que yo no volviera a pensar en ella.

Y el amor que me brindaba Amparo calmaba mis ansias de salir corriendo a buscarla.

A pesar de que Amparo y yo nos hicimos novios muy pronto, nuestra boda no llegó hasta siete años después.

Para entonces yo ya era encargado en la fábrica de montaje y, tras vender la casa de mis padres, pude comprarme, a plazos, un piso de cuatro habitaciones.

Un año más tarde nació Isabel y tres años después, tú, Carmen.

Como sabes, con tu nacimiento, tu madre también fue diagnosticada de Paget, y aquello cambió radicalmente nuestra vida.

Ser padre de dos hermosuras como vosotras ocupaba todo mi tiempo, pero también debía repartirlo con los cuidados de Amparo. Y reconozco que a veces era agotador.

Durante todos esos años yo había mantenido el contacto con Belén, por teléfono y por carta, pero nunca más volvimos a hablar de Ana.

Hasta que una tarde, mientras estaba con vosotras en el parque, vi venir a Amparo a lo lejos. Entonces aún caminaba, pero se ayudaba de un gaiato.

Por su forma agitada de andar y mover las manos, comprendí enseguida que se trataba de algo grave.

—¡José! ¡Tu tía! ¡Es tu tía!

—¿Qué?

—¡Es tu tía! ¡Ha muerto! —exclamó con lágrimas en los ojos.

Amparo llevaba un sobre en la mano.

—Es una carta de su vecina, Manuela —sollozó, tendiéndome el sobre—. Aquí lo explica todo. Lo siento mucho.

Sentí que el mundo daba vueltas mientras yo permanecía quieto. Desde que había conocido a Belén en Moraleja, había estrechado lazos con ella más allá de los de un sobrino con su tía; llegué a considerarla mi segunda madre.

—Chicas, vamos a casa —os dijo Amparo mientras os llevaba dentro.

Yo me quedé en la calle, con la carta en las manos, sin saber qué hacer.

Por fin, me senté en el suelo con las piernas cruzadas y la abrí.

Estimado José:

Te escribo porque no sé tu número de teléfono, y entre las cosas de Belén he encontrado unas cartas con tu dirección.

Hacia mucho que no escribía, así que ruego disculpes mi mala letra o mis expresiones.

Siento decirte que tengo malas noticias sobre tu tía. Hace cosa de un mes, Belén se puso muy enferma.

Parecía un constipado más, como muchos de los que había tenido

últimamente, pero esta vez no fue así. Las fiebres eran muy altas y ningún medicamento parecía funcionarle.

Hasta que al final se convirtió en una neumonía, que la ha mandado con el Señor sin que hayamos podido hacer nada para salvarla.

Quiero que sepas que te tuvo siempre presente, y la razón de no haberte avisado antes de su enfermedad es que me hizo prometer que no te diría nada. Por alguna razón (tú sabrás cuál es), no quería que vinieras a verla.

No se lo tengas en cuenta. Te quería como a un hijo, y solo pretendía protegerte.

Me dejó dicho que la casa es para ti, pero que quería que la vendieras; que no te la quedaras, que tú lo entenderías.

Y ya nada más, hijo, que lo siento mucho, mucho. Belén era para mí como una hermana, y ahora la he perdido.

Al menos, me queda el consuelo de saber que mi marido la estará cuidando, y juntos me esperarán para cuando yo tenga que hacer ese mismo viaje.

Para lo que necesites, ya sabes dónde estoy.

Un abrazo fuerte,

Manuela Ortiz.

Dejé caer la carta al suelo y me eché a llorar de rabia, impotencia y dolor.

¿Por qué no me lo había dicho antes? Yo habría podido ir a cuidarla en sus últimos momentos, pensé.

Esas y otras muchas preguntas más se quedaron en mi mente sin respuesta. Pero ya era tarde para divagar, ya nada la devolvería a mí.

Sin embargo, otro pensamiento comenzó a rondarme la cabeza: para vender la casa de mi tía tendría que viajar a Moraleja. Entonces, ¿volvería a ver a Ana?, ¿se acordaría de mí?, ¿me atrevería a hablar con ella?

Habían pasado catorce años desde la última vez que estuve en Moraleja. Catorce largos años en los que el tiempo había hecho que mi pelo empezase a encanecer y no fuera todo lo frondoso que había sido antaño; me había dejado barba y bigote, y había cogido algunos kilos que, a base de ejercicio, conseguía mantener a raya bajo mis músculos.

Yo había cambiado, por dentro y por fuera, pero Extremadura no. Seguía siendo uno de los lugares más hermosos del mundo; el cielo parecía juntarse con la tierra en un baile armónico de colores; los toros y vacas pastaban a su aire por cualquier campo, y las horas parecían pasar más despacio que en Valencia.

—¡José! ¡Ay, hijo, qué desgracia! —Manuela salió a mi encuentro en cuanto me escuchó llegar—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, doña Manuela. —Le di dos besos—. ¿Y usted?

—Muy sola, hijo, muy sola —reconoció—. Tu tía era la única compañía que tenía. Ahora ya no me queda nadie. Solo espero que me llegue pronto mi hora para reunirme con ella y con mi marido —añadió lastimera.

—No diga eso, aquí en el pueblo todo el mundo la quiere. —Cogí de la mano a aquella mujer enlutada, que yo recordaba más alta—. ¿Quiere entrar conmigo?

—No, hijo, solo he venido para entregarte las llaves de la casa de Belén. Desde que falta, yo no he podido volver a entrar: se me encoge el corazón solo de pensar que ella no está.

Manuela me dio las llaves y se volvió a su casa con el pañuelo en la mano.

Abrí la puerta y un millón de recuerdos vinieron a mi mente, paralizándome en la entrada.

La casa acumulaba polvo de un mes, pero estaba exactamente igual que como yo la recordaba.

Vi la chimenea apagada y me imaginé a Belén sentada enfrente preparando la comida, con su eterno moño en la cabeza y su dulce voz preguntándome qué tal me había ido el día; y entonces me vine abajo.

Noté que me faltaba el aire, y salí a la calle abriendo la boca todo lo que me daba para poder respirar.

Entonces la vi: detrás de un carrito de bebé, una mujer con un sombrero en la cabeza y un bonito vestido blanco parecía haber dado la vuelta después de caminar en mi dirección.

Algo en ella me resultaba familiar, pero no podía saber qué era, hasta que, de repente, se apartó el pelo de la cara con un gesto que, inmediatamente, me llevó catorce años atrás.

—¿Ana? —pregunté con el alma en la garganta.

Ella se detuvo en medio del camino unos segundos, sin girarse, y luego continuó como si no me hubiese escuchado.

—¿Acaso ha cambiado de nombre la chica más guapa del pueblo?

—¿¿José??

Sus preciosos ojos azules volvieron a clavarse en los míos, como tiempo atrás, y entonces salió corriendo hacia mí, dejando el carrito de bebé en la calle.

—¡No es posible! ¡No es posible! —repetía con lágrimas en los ojos—. ¿Qué haces aquí?

Su pregunta me devolvió a la realidad.

—Será mejor que lo cojas y entremos —dije señalando el carro—. Aquí estaremos más tranquilos.

Limpié un poco las sillas del comedor y le ofrecí un vaso de agua.

—Acabo de llegar y no me ha dado tiempo a comprar —me justificué.

—No te preocupes, no me apetece nada.

—¿Es tu hijo? —pregunté. El niño se había dormido en la silla.

—Sí —murmuró—. Se llama Pablo, tiene tres años.

—Es muy guapo.

—Gracias.

La tensión entre nosotros era más que evidente, y ninguno nos atrevíamos a mirarnos directamente a los ojos.

Al fin me decidí a contarle por qué estaba allí.

—He venido porque voy a vender la casa de mi tía. Hace un mes que falleció... Yo era el único pariente que le quedaba vivo.

—Lo siento mucho —musitó, al tiempo que me asía las manos de forma cariñosa.

Un dulce escalofrío, al contacto con su piel, hizo que mi cuerpo se tensase, y me retiré asustado. Tenía que contarle toda la verdad.

—No me quedará mucho tiempo. En Valencia me esperan mi mujer y mis hijas... —Me levanté y me dirigí a la ventana para no ver cómo me miraba—. Isabel tiene cinco años y Carmen, dos.

Por unos segundos el silencio inundó el comedor.

—Me alegro de que te hayan ido bien las cosas en estos años —comentó.

—En realidad, no todo lo bien que hubiera querido —alegué—. Desde que dio a luz a nuestra segunda hija, mi mujer, Amparo, sufre una enfermedad degenerativa en los huesos que le produce mucho dolor. Por este motivo solo me quedará una semana. Lo suficiente para arreglar el papeleo y poner la casa en venta.

Ana se irguió de súbito y agarró el carro de su bebé.

—Entonces será mejor que me marche ya —me dijo con altivez—, no quiero entretenerme.

Quise acompañarla a la puerta, pero ella se negó.

—No hace falta, sé dónde está la salida.

Se puso de nuevo el sombrero y, levantando la barbilla de forma altanera, como cuando la conocí, me dijo:

—Me ha alegrado volver a verte; espero que tengas suerte con la venta de la casa.

Se giró y, mientras la veía alejarse sin mirar atrás, un dolor en el pecho me empujó a frenar su huida como fuera.

—¡Espera! —grité—. Tal vez salga esta tarde a pasear un rato con la bicicleta. Acabo de llegar y me gustaría despejarme un poco antes de empezar con todos los trámites. Además —añadí—, tengo que probar esta vieja bici para ver si la puedo vender también.

Ana bajó la cabeza y se giró buscando mi mirada.

—Pues a lo mejor yo también doy un paseo —murmuró—. Después de comer suelo dejar a

los niños con Clara un rato y salgo con mi bicicleta.

—Entonces tal vez podríamos dar el paseo los dos juntos, ¿no? —Sonreí.

—Tal vez. —Ladeó la cabeza, llevándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿A las cuatro aquí?

—Aquí estaré.

La observé marcharse y me pareció que andaba a saltitos.

Mi mundo volvía a sumirse tras los pasos de Ana y mi corazón de nuevo se volvía loco con el aroma de su piel.

Sin darse cuenta, a Carmen y a José se les había ido la mañana, y ya eran las tres de la tarde. Ella hubiera seguido escuchando la historia de su padre, pero este empezó a rascarse los ojos igual que lo hacía su hija Ana cuando tenía sueño.

—Papá, ¿te importa si lo dejamos para mañana? —Bostezó—. Estoy un poco cansada.

—Claro, cariño. Tú mandas. —José agradeció el gesto de su hija.

Media hora después, Carmen dejaba a su padre en su casa. A pesar de que, tras la muerte de su madre y la reciente noticia de su enfermedad, sus dos hijas habían intentado que se mudara con ellas, José había decidido vivir solo.

A ella esto le preocupaba bastante, porque había empezado a estudiar la enfermedad y sabía que habría un momento en el que no podría valerse por sí mismo. Pero también sabía que con su padre tenía la batalla perdida, ya que a testarudo solo lo ganaba su hermana Isabel.

—Si necesitas cualquier cosa...

—... te llamo —acabó la frase José con una sonrisa.

—¿Quedamos mañana? Como esta semana Ana está con Pedro, tengo todo el tiempo para ti.

—¿Pedro? ¿A dónde se ha llevado a la niña? —inquirió sorprendido.

—Con sus padres a Jávea. ¿Recuerdas que te lo comenté antes? —preguntó con delicadeza, para que José no se asustase.

—Eh... Sí, sí, creo que ya recuerdo. Aunque dile de mi parte que no debería dejarte sola tanto tiempo; eres una mujer muy bella e inteligente y podrías conocer a otro hombre. —Le guiñó un ojo.

Carmen miró a su padre con resignación y tristeza. Estaba claro que no se acordaba de lo que le había contado sobre Mario y sus intenciones de divorciarse.

—Se lo diré —respondió.

De repente, José entornó los ojos; algo parecía no ir bien.

Carmen leyó en su mirada cómo la nube de la incertidumbre regresaba a él, así que decidió que ya era hora de despedirse.

—Descansa, papá. Te quiero —le dijo, antes de que su padre subiera en el ascensor rascándose la cabeza y murmurando cosas inaudibles para ella.

«¿Estás en el hotel? Necesito una dosis extra de abrazos».

Carmen esperó, con la pantalla de su *smartphone* delante, a que Mario le contestase.

«Mi ansia por verte y yo te esperamos con los brazos abiertos».

Sonrió y, tras comprobar que la luz del comedor de la casa de su padre se encendía, se dirigió al hotel en busca del calor de su amante.

—Te he echado de menos. —Los labios de Mario recorrían el cuello de Carmen haciendo que ella se estremeciera.

—Yo más —respondió, y se apartó de él unos centímetros.

Sin desviar la vista de Mario, se quitó el vestido y lo lanzó al suelo, quedándose solo con su ropa interior. Luego se tumbó en la cama y se desabrochó el sujetador. Abrió un poco la boca, insinuándose, y, recostada de lado, se mordió el labio y recorrió con una mano todo su cuerpo, desde la boca hasta los muslos, mientras lo miraba con los ojos entornados.

—¡Buf, nena! ¡Me pones a mil! —exclamó él provocándole una risita maliciosa.

Mario se desnudó y se tumbó con ella en la cama, besándola con pasión, mordiéndole los labios y el cuello, haciéndola gemir de ganas y placer. Deseaba a esa mujer como nunca había deseado a nadie; lo volvía loco su forma de mirarlo, el hoyuelo de su sonrisa, los rizos de su pelo, su pecho turgente y la forma que tenía de provocarlo sin ni siquiera tocarlo.

—Quiero ser el único que te muerda la boca... —le susurró, quitándole la poca ropa que le quedaba.

—Eso es de una canción de Los Rodríguez... —consiguió balbucir Carmen mientras él paseaba los dedos entre sus muslos, llenándola de ansia por que la hiciera suya.

—Y quiero que sea nuestra realidad... —musitó Mario antes de abrirla para hacerle el amor.

—Sí...

Con cada embestida, la llevaba hasta cimas de placer que ella creía olvidadas.

La cama del hotel tembló, siendo testigo mudo de los gemidos de los amantes, hasta que el éxtasis los colmó y cayeron rendidos entre las sábanas.

Carmen canturreaba en la ducha cuando Mario entró en el baño con la toalla enrollada en sus caderas.

—Lo que te dije antes lo decía en serio —comentó, abriendo de golpe la mampara.

—¿Cómo? —preguntó ella con jabón en los ojos.

—En la empresa me han propuesto quedarme en Valencia —anunció, echando su melena hacia atrás—. El traslado se haría el mes que viene. Y me lo estoy planteando.

—¡Eso sería fantástico! —exclamó Carmen—. Así podríamos vernos más.

—Quiero que vivamos juntos —soltó de repente, clavando su ojos verdes en los de ella.

—¿Cómo? ¿Vivir juntos? ¿El mes que viene? —repitió Carmen sin dar crédito a lo que oía.

Cerró el grifo y se limpió la cara con una toalla para verlo mejor. Tal vez se trataba de una broma.

—Puede que suene precipitado... lo sé. Pero no quiero que nuestra relación se base solo en esto. —Dibujó, en el cuerpo de ella, una línea recta con sus dedos, desde los pechos hasta su pubis—. Quiero tenerte para mí solo, y que podamos desearnos cualquier noche, no solo las que tengamos programadas.

—Sabes que mi situación es complicada. Debo pensar bien en cómo decírselo a Pedro —replicó, recomponiéndose. El deseo volvía a invadirla viéndolo allí, solo con la toalla—. Y, además, tengo a Ana, y a mi padre.

—¡Adoro a esa niña! —exclamó—. Solo con oírte hablar de ella es como si ya la conociera. Ana no es el problema, y tu padre tampoco. Tal vez el problema sea que no tienes claro lo nuestro.

—Creo que no es una decisión para tomar en un cuarto de baño —contestó bajando la mirada—. Necesito más tiempo para arreglar mis asuntos.

—¿Más tiempo? De acuerdo. —Mario se recogió el pelo en una coleta y se quitó la toalla; dejó su bello cuerpo al descubierto, ante la mirada lujuriosa de Carmen—. Me voy mañana, aún hay algunas cosas que tengo que resolver en Madrid. Volveré en unos siete días; de ti dependerá que lo haga con una o con varias maletas —sentenció.

La besó en los labios antes de cerrar la puerta del cuarto de baño, dejando a Carmen con ansias de que le hiciera de nuevo el amor y con un millón de pensamientos en la cabeza.

—¿Pero por qué le ha dado ahora a todo el mundo por ponerme ultimátums? —masculló, y volvió a abrir el grifo de la ducha.

—¿Decías algo? —preguntó Mario desde la habitación.

—Nada, que el agua está perfecta —mintió.

Entonces Carmen oyó la televisión y suspiró aliviada. «¿Qué voy a hacer ahora?, ¿de verdad estoy preparada para cambiar toda mi vida y empezar una relación en serio con Mario?», se preguntó.

Tenía siete días para decidir si seguir con su marido como si no hubiese pasado nada, o romper

su familia y empezar algo nuevo con aquel dios apolíneo que hacía que le temblaran las piernas solo con mirarla.

Pero en ese momento, lo más importante era su padre. Al día siguiente volvería a quedar con él y esperaba que le contara qué había ocurrido cuando volvió a ver a Ana.

Y al pensar en aquella mujer y en su historia de amor se dio cuenta de una cosa: a esas alturas del relato, debería odiarla; por su culpa su madre nunca se había sentido amada por completo; estuvo a punto de romper su familia, y además era madre de un hermano al que ella nunca había conocido. Sin embargo, era incapaz de hacerlo. No sentía odio por ella, sino curiosidad, y cierto grado de entendimiento. Y probablemente estaba desarrollando esos sentimientos hacia Ana porque, de alguna manera, se sentía identificada con ella.

Sabía que aquel secreto no le gustaría nada a Isabel. Ya iba a ser difícil contárselo después de que ella hubiera escrito las memorias de su padre a sus espaldas, pero aún más decirle que, en parte, lo entendía. Entendía el amor de su padre y aquella mujer extremeña.

Metió la cabeza debajo del agua caliente y dejó que sus problemas volaran libres.

—Prométeme que lo pensarás —le pidió Mario una hora después, al dejarla en la puerta de su casa.

—Lo haré, pero no te garantizo...

—¡No lo digas! —la cortó poniéndole el dedo en los labios—, por favor. Así me iré con la ilusión de que te he convencido.

Carmen sonrió y lo besó en los labios por el hueco de la ventanilla del conductor. Después él arrancó el coche y se fue sin mirarla por el retrovisor, como otras veces.

Aquella despedida le había dejado un sabor agridulce, sabía a un adiós.

¿Sería una ruptura?, se preguntaba. Esperaba que no.

Se metió en su propio coche y se fue en busca de su padre.

José no había podido dormir en toda la noche. Sentía como si alguien moviera las sábanas de su cama y se tumbara con él a su lado. Por un momento llegó a oler el perfume de su mujer fallecida. «¿Estará volviendo para atormentarme al enterarse de mi historia con Ana?», se preguntó nervioso.

Entonces, su hija Carmen llamó al timbre.

—Ya bajo —contestó, liberando su mente de miedos.

En realidad él sabía lo que le ocurría, y no tenía nada que ver con fantasmas. Era lo mismo que había estado ocurriendo desde hacía cuarenta y cinco años: su conciencia le reprochaba que aquello no estaba bien. Pero ¿qué podía hacer si el corazón iba por su cuenta?

Por suerte o por desgracia, solo se había entregado en cuerpo y alma a una única mujer: Ana.

Bajó las escaleras y se encontró a su hija en el coche, con un gorro para él en las manos.

—Hoy tendrás que ponerte esto, papá. Nos vamos a comer a la Malvarrosa —alegó.

—Y supongo que no puedo oponerme.

—Supones bien. —Sonrió maliciosamente—. ¡Sube!

José se sentó en el asiento del copiloto. A pesar de que ya habían pasado algunos meses, aún le parecía raro no estar sentado detrás del volante. Pero el doctor Llopis le había recomendado que dejara de conducir. En algún momento podría distraerse y no saber dónde se encontraba. Así que sus hijas convinieron que no volvería a coger el coche.

De todas formas, tenía que reconocer que Carmen era una buena conductora; sus dos hijas lo eran. La miró con orgullo y se abrochó el cinturón.

—¿Te apetece que demos una vuelta por la orilla de la playa? Te acercaré un poco más la grabadora y la gente pensará que eres famoso —Carmen le guiñó un ojo.

—Claro. —Sonrió—. ¡Clint Eastwood!

—¡Papá, qué antiguo eres! —exclamó la chica soltando una carcajada.

Ambos se echaron a reír y, cinco minutos después, paseaban a orillas del Mediterráneo, grabadora en mano.

Me pasé el resto de la mañana pensando en ella y en su sonrisa arrebatadora. Pero debía centrarme en el porqué de mi visita: mi tía había decidido que aquella casa se vendiera, y haría todo lo que estuviera en mi mano para conseguirlo.

Comí en casa de Manuela, y el olor a lumbre y a cocina tradicional me transportó catorce años atrás, y por un momento sentí que mi tía estaba sentada con nosotros, comiendo y riendo como antes.

—Muchas gracias por todo —le agradecí antes de marcharme a casa de Belén.

—De nada, hijo. Si quieres puedes venir a comer y a cenar todos los días que te quedes en el pueblo; hará que me sienta útil de nuevo.

—Entonces así lo haré.

Me despedí de ella y me fui a coger la antigua bicicleta de Belén.

Era de un color verde botella, y las ruedas eran grandes y finas. Tenía alguna telaraña en la cadena, pero, por lo demás, estaba perfecta.

Salí a la calle con los nervios a flor de piel. En unos pocos minutos volvería a ver a Ana; las manos me sudaban y las piernas me temblaban. El día anterior apenas había cruzado con ella algunas frases, pero fueron suficientes para darme cuenta de que seguía enamorado.

De repente perdí la noción del tiempo. Estaba tardando. ¿Y si no venía? ¿Y si lo había pensado mejor y había puesto cordura a nuestro reencuentro?, me atormentaba.

Entonces el reflejo de una luz me cegó. Por el camino, vestida con un precioso vestido azul lleno de botones de arriba abajo, con un fino cinturón que remarcaba sus caderas y un pañuelo blanco lazado al cuello, apareció Ana. Su imagen había cambiado en esos años: se había vuelto más elegante, y no solo en la forma de vestir, sino también en su porte, que entonces parecía más sofisticado.

Iba montada en una bicicleta roja con cesta y sillín trasero. Me imaginé que allí llevaría a sus hijos, y por un momento los celos me apretaron el estómago hasta casi dejarme sin aliento.

—Has venido. Creí que no lo harías —murmuré.

—Siempre cumplo mis promesas —me respondió bajando la mirada.

«No siempre», pensé. Pero no era el momento de recriminarle nada, solo quería salir de allí con ella.

—Mi tía me habló de un paisaje muy hermoso cerca de Las Jañonas, ¿quieres que vayamos? —le propuse.

—Claro, donde quieras.

Nos adentramos por la carretera hacia Moheda de Gata y continuamos recto hacia la sierra.

Mi tía tenía razón: aquel camino entre campos y arboleda era precioso; lo bordeaban montañas, robles, encinas y castaños. Y percibía en los ojos de Ana que lo estaba disfrutando igual que yo.

Solo necesitamos un minuto para que nuestras miradas se buscaran como antes, sin importar cuál fuera nuestro nuevo estatus. En aquel paseo no existían ni Fernando de Mora ni Amparo Ballester: solo Ana y José.

Anduvimos cerca de media hora; ella me miraba con dulzura, como años atrás, y yo seguía loco por sus ojos y sus labios.

Entonces encontramos un pinar en medio de un riachuelo que nos dejó sin palabras.

—¿Quieres que paremos aquí un momento? —le pregunté.

Ella asintió y aparcamos las bicis a la orilla del camino.

El atardecer se dejaba ver por entre los pinos, y Ana se quitó el pañuelo, permitiendo que los rayos del sol se proyectaran en su precioso moño rubio.

Nos acercamos al río, cuya corriente daba buena cuenta de su caudal, y al ver su cara reflejada en el agua, no pude resistirlo más.

Estaba allí, catorce años después, con la mujer a la que amaba, y necesitaba saber por qué no me había esperado; por qué había decidido casarse con otro hombre sin darme la oportunidad de luchar por ella.

Lancé una piedra al río con rabia.

—¿Por qué no me esperaste?

—¿Cómo? —preguntó desconcertada.

—¡Te dije que volvería a por ti! ¡Te dije que conseguiría dinero! Entonces, ¿por qué no me esperaste? —insistí con amargura.

La expresión de Ana se tornó tristeza con mis demandas. Había algo que quería contarme, pero no sabía cómo.

—¡Yo jamás me habría casado con él! —exclamó con lágrimas en los ojos—. ¡Quería esperarte! Pero... me quedé embarazada de Fernando. —Bajó la cabeza.

La sorpresa y la indignación cubrieron mi espíritu de dudas. No podía entender cómo aquella muchacha, a la que yo creía pura y virgen, se había entregado a un hombre tan ruin como él.

Mi cara tuvo que ser muy gráfica, porque lo que me contó a continuación hizo que quisiera matar a Fernando de Mora con mis propias manos.

—Mi realidad en la casa de los De Mora no es la que se cuenta por ahí. —Ana hablaba en susurros, como si se avergonzara y no quisiera que nadie la escuchase—. Yo trabajaba para su padre, don Vigilio, desde los nueve años, y no me quedó otro remedio que aceptar mi destino para poder ayudar en la economía a mi madre, pues mi padre había vuelto de la guerra con su salud tremendamente mermada. Un día, cuando yo acababa de cumplir veinticuatro años, Fernando paró el coche delante de mí y, sin decirme nada, hizo que Fermín me llevara a su presencia.

»Allí se me comunicó la noticia: había sido elegida para ser la futura esposa de don Fernando de Mora.

»Don Leandro me hizo un chequeo médico completo y, cuando comprobaron que estaba sana,

me trasladaron a vivir a la casa de los De Mora; pagaron a mi madre, indicándole que no debía volver a tener contacto conmigo, e iniciaron todos los preparativos para convertirme en una gran dama: clases de lectura, de dicción, de cultura general y, por supuesto, de protocolo. La apariencia era lo más importante.

La oscuridad iba acercándose, al mismo tiempo que mi alma se iba ensombreciendo más al escuchar el atropello al que había sido sometida Ana.

—No es necesario que sigas —dije.

—Sí, es necesario. Quiero que sepas toda la verdad —gimió.

Suspiré.

—Está bien.

—Desde el momento en que me trasladé a esa casa, Fernando se creyó con derecho de hacer lo que quisiera conmigo. Fui violada, vejada y golpeada. Y a pesar de que era un secreto a voces lo que me ocurría por las noches, nadie hizo nada para ayudarme. Reconozco que hubo veces en que pensé en la muerte como única salida. Pero entonces te conocí a ti —sonrió sonrojada—, y tu forma de mirarme logró que, por primera vez, creyera que podría enamorarme y ser feliz. Luego apareció Fermín y casi te mata. Y al enterarse Fernando de mis coqueteos contigo, me dio una paliza que casi acaba con mi vida. Pero, además, no creyendo suficiente el castigo por ofender su hombría, endureció y aumentó las violaciones, hasta tal punto que me dejó las marcas que viste aquel día en la plaza.

Al recordar la imagen, apreté el puño y los dientes con rabia.

—¡Maldito hijo de puta, cobarde! —mascullé.

—Fruto de esas violaciones —continuó— me quedé embarazada de mi hijo mayor: Daniel. Y en cuanto mi suegra se enteró, adelantó la fecha de la boda. Todo se manejó con mucho secretismo; la familia De Mora no podía verse envuelta en un escándalo como aquel —sollozó.

—Lo siento mucho, Ana —acerté a decir—. Yo no sabía por lo que estabas pasando... Creí que lo habías elegido a él y no podía entender por qué.

La tomé de la barbilla y levanté su cara. Ana estaba llorando. Limpié sus lágrimas con mis dedos y sus ojos se abrieron para mí como un cielo despejado.

Nuestras miradas permanecieron así, unidas por un hilo invisible, durante unos segundos. La tomé de las manos y noté cómo su pulso se aceleraba. Sus labios se entreabrieron, mostrando sin pudor el anhelo que albergaba en su interior; y mi mente dejó de comportarse de forma racional. La deseaba, era la mujer a la que había amado desde el primer día en que la vi, y ahora la tenía frente a mí, dispuesta a ser mía.

Me acerqué a su boca y la besé apasionadamente, con un beso largo y húmedo, que sabía a secreto y a tiempo equivocado, pero que llenó nuestro espíritu y nos dio alas para seguir explorando.

Le deshice el moño, y su preciosa melena rubia cayó por su espalda como una cascada de oro.

Sin dejar de acariciarla, fui desabrochando cada botón de su vestido con delicadeza. No aparté la vista de su cuerpo; no quería perderme ningún detalle.

Me quité la camisa y Ana se estremeció al tocar mi torso. Y al instante nos quedamos desnudos frente a frente. Recuerdo que pensé que era maravillosa, que jamás había visto una silueta tan bella.

Y así, bajo aquellas montañas, tumbados sobre hojas y protegidos por las sombras de los pinos, hicimos el amor hasta extasiar nuestras ansias por el otro.

—Papá, ¿es necesario que seas tan explícito con ciertas escenas? —preguntó Carmen ruborizada.

—Sí, la verdad es que es necesario —contestó con una carcajada—. Cariño, esto también forma parte de mi historia y también quiero que aparezca en mis memorias.

—Bueno, pues entonces, invítame a una cerveza, o dos. Así mientras tú recuerdas, yo podré olvidar lo que acabo de oír.

Los dos rieron y se alejaron de la arena para sentarse en la terraza de un restaurante del paseo marítimo.

El sol ya había alcanzado su cénit y comenzaba a hacer calor, pero José quería sentarse frente al mar, así que pidieron al camarero que les abriera una de las sombrillas.

En ese momento el móvil de Carmen comenzó a vibrar.

—¡Mierda, es Isabel! ¿Qué le digo? —preguntó nerviosa.

—¿Sigue en Calpe de vacaciones? —indagó José, mucho más tranquilo.

—Creo que sí.

—Entonces dile la verdad. Que me has sacado de paseo para que no me quedara solo en casa y que ahora vamos a comer en la playa —dijo guiñándole un ojo.

—¡Hola! —Carmen descolgó por fin—. ¿Cómo van las vacaciones?

Para poder hablar mejor con su hermana, se levantó de la mesa y se alejó unos metros de su padre.

José se quedó contemplando el mar. Un grupo de gaviotas volaba casi a ras de los bañistas en busca de algo que comer. Niños y mayores disfrutaban del buen tiempo y de la calma del agua.

Entonces recordó la promesa que le había hecho a Ana y se entristeció. Por una vez en su vida había incumplido su palabra: le había dicho que la llevaría a ver el mar con él, y nunca pudo hacerlo.

—¿Qué desean tomar? —Un simpático camarero de sonrisa perenne y canas en el pelo sujetaba una pequeña libreta y un bolígrafo a la espera de la petición de José.

—¿Ehh? ¿Tomar? Pues... —De repente se sintió indefenso; no era capaz de recordar lo que le había dicho su hija, ni tampoco lo que él quería.

—¿Me espero un momento? —preguntó, confuso, el camarero.

José buscó desesperado a su hija, pero el paseo estaba lleno de turistas y de viandantes y él no conseguía distinguir la figura de Carmen. ¿Dónde se había metido? ¿Lo había dejado allí solo?, se preguntó.

—Dos quintos y un plato de sepia. Gracias —contestó Carmen al camarero, sonriendo para aplacar el nerviosismo de su padre.

—¿Dónde te habías metido? —José temblaba.

—Estaba justo delante de ti, papá —respondió Carmen cogiéndolo de la mano—. Nunca te dejaría solo.

José sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y se limpió rápidamente para que su hija no se percatara.

En ese momento llegó el camarero con las cervezas.

—La sepia tardará cinco o diez minutos más —explicó, y señaló con la cabeza la terraza llena.

—No se preocupe, esperaremos.

—¡Propongo un brindis! —exclamó José. Alzó el botellín de cerveza cuando el chico se fue—. ¡Brindemos por el tiempo! Para que no corra demasiado rápido y me deje tomarme con mis hijas muchas más cervezas frente al mar.

—¡Brindo por ello! —Carmen sonrió, tratando de que no notara en su voz el miedo y el dolor que la atenazaban—. Y hablando del tiempo, ¿seguimos?

José sonrió de nuevo y, mirando las olas del mar, volvió de inmediato a los ojos de Ana.

Quedamos en vernos al día siguiente en el mercado de Moraleja, en un puesto en el que se vendían jamones.

—Si a las doce y quince minutos no estoy allí, vete —me dijo—. Será que no he podido poner ninguna excusa para acudir sola.

La besé, deseando que no fuera la última vez, y volvimos al pueblo.

A la mañana siguiente, bajé media hora antes de la cita a la plaza donde montaban el mercado. Como yo suponía, toda la gente del pueblo, y alrededores, había ido para comprar algo de comida, cacharros para la cocina o simplemente para hablar con los vecinos, así que era el sitio ideal para que pasáramos desapercibidos y pudiéramos escaparnos un rato.

Paseé por entre la gente, sintiéndome uno más, y por un momento me imaginé viviendo mi amor con Ana en aquel pueblo donde el cielo era más grande y azul que en cualquier otro lugar, riendo y criando a nuestros hijos...

Pero entonces, la imagen de Amparo, y de vosotras, coartó mi imaginación. Yo ya tenía una familia... y ella, también.

En esos pensamientos estaba cuando el reloj del campanario marcó las doce en punto. Oteé entre la gente, pero no la encontré y empecé a ponerme nervioso. Las manecillas del reloj avanzaban sin freno hasta las doce y cuarto.

«Si a las doce y quince minutos no estoy allí, vete», me había dicho.

Empecé a preguntarme si le habría pasado algo. El día anterior me había dicho que, a pesar de que su marido ya estaba más calmado, seguía controlando sus movimientos. ¿Sería posible que por mi culpa la hubieran descubierto?

De repente vi, en un corrillo, dos mujeres que hablaban; una de ellas trataba de zafarse de la otra sin éxito.

Una, mujer de unos cincuenta años, de amplias formas, ojos saltones y nariz aguileña, instaba a Ana a acercarse a un puesto de carne, al parecer regentado por su hijo.

—Tal vez luego, doña Pilar. Primero quiero dar una vuelta —contestó ante la insistencia de la mujer.

—¿No me irá a hacer un feo, verdad? Con la cantidad de tierra que ha comprado su marido, podría comprar todo el puesto de mi Agustín.

Yo, que acababa de llegar, advertí que Ana, angustiada, no sabía cómo deshacerse de ella.

—¿Doña Ana? —pregunté, sin dejarme ver por aquella chismosa—. Su marido la espera desde hace diez minutos al final de la calle y está muy preocupado.

La cogí del brazo y la saqué del gentío lo más rápido que pude, sin dejar que la otra mujer la retuviese más tiempo. La conduje por una calle que estaba vacía; me detuve y me dejé caer contra la pared, riendo y jadeando. Ella se apoyó a mi lado y nos echamos a reír los dos a la vez.

Acabábamos de escapar de doña Pilar, madre soltera desde los veinte años y con una de las lenguas más largas del pueblo.

—Ven, quiero enseñarte algo. —Volví a tomar su mano y la guie por una calle estrecha y empinada que daba al mirador de Alta Riba.

Por su mirada embelesada al contemplar su pueblo y Las Hurdes, me di cuenta de que nunca antes había estado allí.

—¿Ves aquellas montañas detrás de los pinos? —le pregunté abrazándola por detrás.

Ella asintió y estrechó su cuerpo con el mío, provocando que me estremeciera.

—Son nuestras montañas, nuestro río y nuestros árboles —susurré—. Si algún día estás triste y necesitas mi fuerza, vuelve a mirarlos y me recordarás.

Ella se giró y, sollozando, me dijo:

—¿Te despides ya de mí?

Mi corazón se paró por un segundo. No era una despedida, aunque sabía que en una semana sí tendría que decirle adiós. Sin embargo, algo había cambiado en mi interior al descubrir que ella también me amaba y que me había tenido siempre presente en su memoria.

—No, amor mío. Nunca volveré a decirte adiós. Pero, de momento, mi situación es muy complicada. Y la tuya también —añadí.

Sequé sus lágrimas y traté de que no notara que yo también estaba llorando.

—Pero te prometo que, si algún día cambia, te buscaré. Jamás renunciaré a ti. No importan los años que pasen ni los kilómetros que nos separen: hallaré la forma de llegar a ti.

La estreché contra mí y la besé intentando que todo el amor que sentía por ella fuera capaz de acallar sus preguntas; preguntas que, de momento, aún no podía responder.

Por desgracia, tuvimos que separarnos rápidamente. Los vecinos de la zona comenzaban a subir con las compras del mercado y nadie debía vernos juntos. Yo me desvié por la calle paralela y ella bajó por donde habíamos venido.

Conseguimos vernos en varias ocasiones más a lo largo de esa semana: Ana llegaba un poco antes a recoger a sus hijos, o iba a comprar algo en la bodega de Cecilio, y yo me encontraba con ella en la esquina de la tienda... También pudimos reunirnos tres atardeceres más en nuestro rincón, bajo nuestras montañas.

—¿No podría pararse el mundo ahora mismo? —me preguntó una de esas tardes, recostada en mi pecho.

—¡Ojalá! —suspiré.

—José, tengo que preguntarte algo. —Se sentó a mi lado—. ¿Crees en el infierno?

—¿Cómo? ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Es que he estado pensando, y creo que lo que estamos haciendo es un pecado muy gordo, ¿verdad? —De nuevo volvía esa ingenuidad que me había enamorado el día que la conocí.

—¿En qué sentido? —Sonreí con malicia.

—¡En todos los sentidos! —exclamó—. Tú estás casado; yo también; los dos tenemos hijos... ¡Iremos de cabeza al infierno!

Allí sentada, con la espalda desnuda, dejando que el sol del atardecer dibujara en su piel las formas de los árboles que nos cobijaban de todo y de todos, con el ceño fruncido y mirándome con sus preciosos ojos azules, me pareció el ser más dulce del mundo.

—Ana, los ángeles no van al infierno —le susurré al oído, y le di un beso en el hombro—. Y tú eres el ángel más bello que he visto nunca.

—Te amo. —Sonrió, con su mirada clavada en la mía.

Yo también la amaba, pero no se lo dije.

La aferré por la espalda y la aupé a mis piernas. Mi cuerpo volvía a desearla, y ella gimió al notar cómo mis ansias la buscaban. Su espalda se arqueó, dejando paso a mis deseos, y sus movimientos arriba y abajo se acompasaron con cada grito de placer al sentirme dentro. No podía creer la suerte que tenía: aquella hermosa mujer, cuyos senos recorrían mis manos y cuyo cabello acariciaba mi cara, me amaba, y yo a ella. Le puse el dedo en la boca y ella lo lamíó varias veces con avidez, llevándome a la locura.

La agarré más fuerte de las caderas, percibiendo su humedad, y, en el siguiente roce de nuestros cuerpos, el éxtasis nos inundó. Ambos caímos en un gemido amplio que hizo temblar el árbol contra el que estábamos apoyados.

Durante aquella semana nos dimos cuenta de que lo nuestro era mucho más que un simple capricho de juventud. Nuestro amor iba más allá de nuestra responsabilidad como padres y esposos.

—Y entonces fue cuando enfermé —murmuró Carmen sin mirar a su padre.

—Sí, la vida se encargó de devolvernos a la realidad de una bofetada —contestó José.

—Así que si no llega a ser por mí..., nos habrías abandonado —balbuceó.

—¡No! ¡Nunca os habría abandonado! A pesar de todo lo que estaba viviendo con Ana, siempre fui muy consciente de mis responsabilidades.

—¿Solo fuimos eso para ti, responsabilidades? —gimoteó Carmen.

—¡No, cariño! Tu hermana y tú sois el mayor regalo que me ha dado tu madre. Y por vosotras habría entregado toda mi vida. —Carmen hizo un gesto de incredulidad—. Pensé en separarme de vuestra madre, eso es cierto, pero jamás de vosotras.

—Permíteme que lo ponga en duda.

—Cuando conozcas toda la historia, lo entenderás.

El camarero le sirvió la segunda cerveza a Carmen, y José continuó.

Cuando llegué a casa de mi tía, después de nuestro último encuentro, Manuela me esperaba con cara de pocos amigos.

—¿A qué viene esa risita, hijo? —me espetó con los brazos en jarras.

—A nada, a que hoy hace un día precioso, ¿no cree? —contesté dándole un beso en la frente.

—Un día precioso, ¿eh? Y ¿no será que a lo mejor ha sido porque te has visto con esa señoritanga de los De Mora? —inquirió con el ceño fruncido.

—Ehhh... No sé de qué me habla.

—¡Mira, hijo, soy demasiado mayor para que me mientas! Te he visto salir dos tardes con ella, por la carretera de Moheda de Gata con las bicicletas. —Yo bajé la cabeza y escarbé en la tierra como cuando era pequeño—. Esa mujer no es buena para ti, hijo. Está casada con el demonio, y eso solo puede traerte desgracias.

—Usted no lo entiende. Nos queremos —alegué.

—¡Santa María, madre de Dios! ¡Vaya disparate! —espetó con las manos en la cabeza—. ¿Acaso no recuerdas que ambos estáis casados, y que jurasteis lealtad a vuestras parejas ante la mirada de Dios?

Suspiré y volví a bajar la cabeza.

—No seas loco, José, piensa en tu tía —susurró—. Ella no hubiera querido que echaras a perder tu vida y a tu familia por esa mujer.

Yo no respondí, porque sabía que tenía razón. A Belén esa situación la habría horrorizado.

—¿Por qué no vas al ayuntamiento mañana por la mañana y llamas a tu mujer? —me sugirió con un tono maternal.

—De acuerdo, doña Manuela. Mañana iré.

—Es por tu bien, hijo —añadió—. Ahora entra, estoy haciendo la cena.

Me fui a dormir con mil remordimientos y sentimientos encontrados.

A la mañana siguiente cogí la bicicleta y me fui al ayuntamiento.

Allí, después de preguntar si alguien se había interesado por la casa de mi tía, y de comprobar que, de momento, nadie lo había hecho, llamé a mi casa.

—¿José? ¡Gracias al cielo! —exclamó Teresa, nuestra vecina—. ¡Ha pasado una desgracia! ¡Tiene que volver enseguida!

—¿Qué ocurre, Teresa? ¿Por qué está usted en mi casa? ¿Y Amparo? —Me temí lo peor.

—José, es la niña... —murmuró—. Carmen está ingresada en el hospital La Fe desde anoche, en cuidados intensivos. Amparo está con ella, y yo me he quedado con Isabel.

—¿Cómo? —pregunté. El teléfono temblaba entre mis manos.

—Al parecer se desmayó anoche mientras cenaba. Aún no saben lo que tiene, le están haciendo pruebas. ¡Tiene que venir rápido!

—Gracias, Teresa. Dígale a mi mujer que estaré allí esta noche —contesté, y colgué el

teléfono.

Mi corazón se encogió hasta hacerse casi del tamaño de una pepita de sandía. Había estado tan pendiente de pasar tiempo con Ana que no había llamado ni una sola vez a mi casa.

Pensé en lo que me había dicho ella la tarde anterior:

«¡Iremos al infierno de cabeza!». Probablemente tenía razón.

Debía volver cuanto antes. Si algo te pasaba... Yo...

—Debes creerme, hija —dijo de repente José, interrumpiendo su relato—; mi amor por vosotras fue lo más importante para mí, siempre.

Carmen asintió con lágrimas en los ojos.

Esa tarde, cuando Ana llegó a casa de mi tía, yo tenía la maleta preparada y en la puerta.

—Entra, tenemos que hablar.

—¿Qué pasa, mi amor? —preguntó, extrañada por mi sequedad—. ¿Y esa maleta?

—Esta mañana he ido al ayuntamiento a llamar a mi mujer, y me han avisado de que mi hija está ingresada en un hospital, en cuidados intensivos.

—¿Qué? —Se revolvió en su silla.

—Al parecer se desmayó anoche mientras cenaba. —Tragué saliva, intentando reprimir las lágrimas, pero fue inútil—. Aún no saben lo que tiene.

Ana se levantó de inmediato y me abrazó, compartiendo mi dolor.

—Lo siento mucho, José —murmuró—. Seguro que todo va a salir bien.

—Ana, debo irme.

Se separó de mí y bajó la cabeza.

—Lo entiendo.

—He hablado con el alcalde y él se ocupará de la venta de la casa de mi tía.

—Claro, es lo mejor.

Vi la desilusión y la resignación en su mirada, así que la estreché entre mis brazos.

—Ana, quiero que sepas que mi corazón te pertenece a ti —suspiré—. Pero mis hijas... Ellas son el tesoro más grande que me ha dado Dios. Si algo les pasara estando yo tan lejos...

—Te entiendo —musitó. Reposó su cabeza en mi pecho—. Yo también aprendería a volar si mis hijos me necesitasen.

Aquel dolor en el corazón era insoportable. Sabía que si nos despedíamos así, la perdería para siempre.

Debía marcharme, pero tenía que asegurarme de que mantendría el contacto con Ana de alguna forma...

«Las cartas de Belén», pensé.

Recordé con cuánto cariño guardaba mi tía las cartas de su amado soldado francés, y cómo aquellas líneas los unieron, a pesar de la distancia.

—Quiero escribirte —anuncié mirándola a los ojos.

—¡Imposible! ¡Fernando me mataría si me descubriese! —exclamó mientras se alejaba.

Yo la agarré por los brazos y volví a acercarla a mí, despacio.

—No se enterará. En la casa contigua a la de mi tía vive una mujer que fue su amiga desde que eran pequeñas. Ella recibirá mis cartas y podrá enviar las tuyas, si aceptas. Solo tienes que poner como remitente «Justino Pérez». Yo diré que es un amigo de la familia.

Sabía que aquello me costaría otra regañina por parte de Manuela, pero era necesaria su

colaboración. Y sabía que el amor que me tenía a mí y el que le había tenido a mi tía ablandaría su corazón.

—No sé, José, si alguien se enterara...

—¿Acaso no sientes lo mismo que yo?

—¡Por supuesto que sí!, pero...

—Entonces, amor mío, no nos digamos adiós —supliqué—. Me marchó por mi hija, y porque ya sabes cómo está mi mujer, pero mi corazón permanecerá siempre contigo. Y algún día hallaré la forma de regresar a tu lado.

La besé, tratando de que mi beso transmitiera toda la verdad de mis palabras.

—Está bien, pero con una condición. Si algún día nuestra vida cambia y somos libres para estar juntos, dejaremos un mensaje en el periódico. Algo que solo tú y yo comprendamos.

De nuevo aquel tono infantil que tanto me gustaba.

—¿Y qué pondríamos? —Sonreí al escuchar su ocurrencia.

—Eso es lo mejor, que solo nosotros lo sabremos. Si nuestro amor es fuerte, entenderemos que ese mensaje es para nosotros; nos reconoceremos, pase el tiempo que pase.

La última frase me desarmó: «Pase el tiempo que pase». Sabía que, debido a nuestras circunstancias, aquel mensaje en el periódico podría demorarse mucho tiempo.

Nos fundimos en un beso salado cargado de llanto y de amor, y salí de la casa sin mirarla. Temía que si giraba la cabeza y la veía una vez más, no podría marcharme.

Me monté en el coche y arranqué.

—Estuviste ingresada diez días, por una neumonía aguda que casi te lleva muy lejos de mí — murmuró José—. Pero, por suerte, Dios escuchó mis plegarias, y las de tu madre, y te recuperaste sin ninguna secuela.

Aquella situación hizo que me replanteara mi relación con Ana. No dejaba de pensar en lo que había pasado y que tal vez era un último aviso; algo o alguien me estaba advirtiendo de que o la dejaba o habría consecuencias.

Las palabras de Manuela al enterarse de lo ocurrido tampoco habían ayudado:

—¿Qué te dije, hijo? ¡Esa mujer está emparejada con el demonio! ¡Y solo te traerá problemas! —me sermoneó la tarde en que volví a Valencia.

Yo no sabía si la familia De Mora era el demonio, pero sí pensaba que Fernando de Mora podía ser primo hermano de él. Aquello que me había contado Ana que les hacía a ella y a sus hijos me atormentaba día y noche. Y me sentía un cobarde por huir y dejarla allí con aquel monstruo.

Al mismo tiempo, la enfermedad de Amparo seguía empeorando y cada vez necesitaba más mi ayuda; tanto que tuve que reducir mi jornada en la empresa para poder echar una mano con las faenas diarias.

Comencé a adelgazar sin motivo, apenas sonreía y ya no me preocupaba tanto de cuidar mi aspecto físico.

Traté de convencerme de que todo había sido un sueño: que Ana había sido una sirena que había pasado por mi vida regalándome su belleza y su amor.

Y para intentar olvidarla, volví a la iglesia como cuando era pequeño. Acudía a misa de domingo todas las semanas, me confesaba, colaboraba en las ofrendas...

Sin embargo, todo fue en vano: mi salud no mejoraba, y mi amor por Ana seguía intacto.

Durante el día lo llevaba mejor, porque mis responsabilidades ocupaban mi mente: el trabajo, Amparo, los colegios... Pero, cuando llegaba la noche y apagaba las luces de mi habitación, eran sus ojos llorando lágrimas azules los que me despertaban con sudores fríos.

Tuve el presentimiento de que algo estaba sucediendo y de que, fuera lo que fuese, Ana estaba sufriendo.

Una noche, en el sofá de casa, cuando todos dormían, cogí la caja donde guardaba las cartas de Belén; durante todos esos años, nunca las había abierto. Elegí una que tenía la letra borrosa; enseguida me di cuenta de que alguien había llorado encima de la tinta. El remitente era François Fontaine, y el destinatario era mi tía.

Francia, domingo 15 de diciembre de 1915

Querida Belén:

Te echo tanto de menos que me duele.

Aquí la situación se ha agravado bastante. El invierno está siendo más duro de lo que se esperaba.

Ha nevado mucho, y donde antes contemplaba un paisaje maravilloso, ahora solo puedo ver un cementerio blanco en el que mis compañeros y los soldados enemigos van cayendo sin piedad; sin importar edad, rango o condición.

Los cuerpos quedan allí, congelados y despedazados, porque hace tanto frío que ningún bando se atreve a recogerlos.

Hace dos días que no me siento algunos dedos de los pies; creo que se me han congelado y que probablemente los pierda. Así que tendrás que conformarte con un esposo tullido.

Me pregunto si podrás perdonarme algún día por no escapar contigo cuando regresaste a España. Un consejo de guerra habría sido mejor que perder la vida tras las trincheras sin tenerte a mi lado.

Rezo todas las noches a tu virgen para que me deje volver a verte. Y me imagino el día en el que te estaré esperando a los pies del altar con un traje azul, nervioso, posiblemente sudando. Y entonces aparecerás tú, con un vestido blanco, perfecta, preciosa, ¿llorando? Quizá, pero de emoción.

Y el momento en el que el cura diga: «Puede besar a la novia». ¿No crees que será maravilloso?

Todo el mundo se alegrará por nosotros y nos felicitará, y por fin podremos estar juntos.

Ya queda menos, amor mío, para que este sueño se haga realidad; mientras tanto tendremos que aguantar un poco más.

Me han dicho que mañana nos trasladan a otro destacamento. En cuanto sepa la dirección, te escribiré.

Te ama;

Tu futuro esposo,

François.

Me di cuenta de que aquella fue la última carta que le escribió François a Belén. Y que probablemente la había leído una y mil veces después de la triste noticia de su muerte.

Aquello me decidió. Tenía que saber de Ana; tenía que saber si seguía sintiendo lo mismo que yo; tenía que buscar una forma de solucionar nuestra situación.

Así que, cinco meses después de mi partida, me decidí a escribirle.

Como suponía, Doña Manuela se negó en redondo a mis pretensiones cuando le hablé de ello, pero el amor que siempre le había tenido a mi tía pudo más que su razón.

—De acuerdo, hijo —me respondió por teléfono, resignada a mis súplicas—. Solo le pido al cielo que sepas lo que estás haciendo, y que no descuides tus labores como padre.

—Se lo prometo —contesté esperanzado.

Una semana después le mandaba la primera carta a Ana por mediación de doña Manuela.

Hola, mi amor.

Espero que doña Manuela haya encontrado la forma de darte esta carta.

Lo primero que quisiera hacer es pedirte perdón por el retraso de mis noticias, pero, como te dije, mi hija Carmen ha estado muy enferma.

Gracias a Dios, eso ya está superado, y se encuentra perfectamente.

Te echo muchísimo de menos. Mis días se hacen eternos por no tenerte conmigo, vida mía, y ruego a Dios que nos ayude para poder juntarnos de nuevo y esta vez para siempre.

Te pido solo un poco de fe y paciencia, porque mi corazón es tuyo desde la primera mirada.

¿Piensas en mí como yo en ti?

Yo no puedo olvidar nuestras montañas y tu cuerpo desnudo al atardecer; eres insultantemente atractiva, Ana Giménez.

Sé que tu situación es complicada, pero espero que encuentres la forma de responder a esta carta con noticias tuyas.

Tu aliento viajará con tus palabras y podré llenar este corazón, vacío desde que me fui.

Te quiere,

Tu amante esposo.

Desde que la envié y hasta que recibí la respuesta pasaron tres semanas, y para mí ese tiempo se volvió eterno. Me preguntaba si, tal vez, doña Manuela se habría arrepentido y no le habría entregado mi carta, o si Ana habría sido más sensata que yo y habría decidido no contestarme.

Todas aquellas dudas se resolvieron cuando, por fin, recibí su carta.

«A don José Ribelles Salvador, de Justino Pérez», rezaba la misiva.

Mi corazón se aceleró solo con tocarla. Subí corriendo a casa y me encerré en el cuarto de baño sin saludar a nadie.

Amor mío,

no puedo expresar con palabras lo feliz que me has hecho con tu carta.

Me alegro muchísimo de que Carmen esté bien; todos los domingos le ponía una vela a la Virgen, y ya sabes que yo de esto no entiendo mucho.

El invierno ya ha llegado aquí, y nuestras montañas empiezan a cambiar de dorado a blanco. A veces paseo por allí y tu recuerdo parece hablarme en susurros.

Tengo algo importante que contarte, pero no sé cómo hacerlo.

Estoy convencida de que te hará mucha ilusión, aunque de momento tendremos que vivirlo en la distancia.

Pero no te preocupes, mi amor, estoy perfectamente, y más ahora, cuando sé que tú también me echas de menos.

Espero impaciente tus noticias y el momento en que podamos estar juntos para siempre.

Te quiere,

Tu amante esposa.

Olí el papel, y a mi nariz llegó el olor de su perfume. Lo estreché contra mi pecho y respiré su aroma. Por fin sabía que ella me seguía amando, que no me había olvidado.

Entonces volví a leer una de las líneas:

«Tengo algo importante que contarte, pero no sé cómo hacerlo».

¿Qué querría decir con aquello? ¿Acaso habría encontrado la manera de que volviéramos a vernos? Sumido en mis pensamientos, fui a mi despacho a escribirle la respuesta.

Por el camino me encontré con Amparo.

—Buenas tardes —me dijo con el ceño fruncido y los brazos cruzados—. ¿Tanta necesidad tenías que no has sido capaz de saludar a tu mujer y a tus hijas? —refunfuñó.

Yo arrugué la carta en la mano y la escondí en el bolsillo del pantalón.

—Lo siento, cariño —contesté, dándole un beso en la frente—, es que no había podido ir al baño en todo el día. ¿Las niñas están bien?

—Sí, Isabel está pintando en su habitación, y Carmen se ha dormido después de merendar —respondió sin descruzar los brazos—. Deberías entrar y saludarlas.

—Sí, claro. —Mi mano tocaba con ansia la carta de Ana—. Iré enseguida. Primero tengo que acabar un informe para don Roberto.

Amparo bufó y se encaminó a la cocina murmurando algo inaudible.

Sabía que estabais bien, así que pensé que más tarde jugaría con vosotras. En ese momento mi corazón gritaba que escribiera a Ana.

Cerré la puerta y saqué papel y bolígrafo:

Querida Ana:

Solo pensar que tus manos han tocado el papel en el que me escribes me vuelve loco.

Deseo tanto volver a tocarte, volver a sentir cómo tu cuerpo se estremece bajo el mío...

Todas las noches sueño con nuestras montañas y nos imagino abrazados, contemplando la puesta de sol, ajenos a los problemas del mundo. ¡Ojalá pudiera estar allí para verlas nevadas!

Saber que tú sientes lo mismo me sirve de consuelo para soportar esta larga distancia que nos separa.

¿Crees que podremos volver a vernos? Yo así lo espero.

Aguantaré el tiempo que haga falta, Ana, quiero que lo sepas. Mi amor es solo tuyo, y cuando pueda demostrártelo, no volveré a separarme de ti.

Espero con ansia tus palabras.

Tu amante esposo,

José.

Doblé el papel y lo metí en un sobre destinado a Manuela; después abrí de nuevo la persiana de mi despacho para que entrara luz. Ana era la única medicina que sanaba mi alma.

—Carmen, ¿te encuentras bien? —preguntó José a su hija al verla llorar.

—Sí, papá, pero escuchar que solo eras feliz cuando estabas con esa mujer está resultando más duro de lo que creía —admitió—. Me hace pensar que todo en nuestra vida fue una gran mentira.

—Sé que no es fácil descubrir que tu padre ha estado enamorado de otra mujer que no es tu madre, lo entiendo —aseguró—. Pero nuestras salidas al parque eran reales, nuestros juegos eran reales, las cosquillas eran reales... Tu hermana y tú llenabais la parte de mí que Ana no podía.

—Quiero creerte, pero... —sollozó.

—¿Qué te parece si lo dejamos por hoy? Tendrás cosas más importantes que hacer que escuchar las batallitas de tu padre enfermo, ¿no? —Sonrió, tratando de zanjar la cuestión.

—Pues, en realidad, no. Ana está con Pedro y mi amigo se ha ido a Madrid. —Carmen recordó el ultimátum que Mario le había impuesto y suspiró—. Pero, sí, también creo que sería mejor que nos fuéramos ya. Así podría pasar esto al ordenador y aclarar un poco mi mente.

—Claro, hija, lo comprendo.

Pagaron y se marcharon en silencio, dejando atrás el bullicio de aquella mañana de verano frente al mar.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó José mientras bajaba del coche.

—Sí, papá. No te preocupes. Descansa.

Carmen arrancó y vio por el espejo retrovisor cómo su padre entraba en el patio. Y fue en aquel momento cuando se permitió romperse.

Comenzó a llorar desconsoladamente. El corazón le dolía y le faltaba el aire, así que paró en el arcén de la carretera y se dejó caer sobre el volante.

Tras veinte minutos de lágrimas inagotables, volvió a poner el coche en marcha y se fue a su casa.

Se tumbó en el sofá y se acurrucó temblando de frío, a pesar de los cuarenta grados que asolaban fuera.

Por primera vez, reconoció el sentimiento que se estaba apoderando de ella: enfado. Se sentía enfadada con su padre, rabiosa. ¿Por qué le contaba todas aquellas cosas? ¿Acaso no comprendía que escucharlas la estaba destrozando?

Se levantó de golpe del sofá y se dirigió al armario donde guardaba las fotos familiares.

En una ocasión su madre le había dicho: «Guarda con cariño estos álbumes, porque llegará el día en que no tengas ninguno».

Y así había sido. Con el avance de la tecnología, los móviles y las cámaras sin carrete, Carmen había dejado de imprimir las fotos para guardarlas en el ordenador, donde nunca más volvía a verlas.

Cogió un álbum blanco con la estampa de la Virgen en la portada; era el de su comunión.

Allí estaban su padre, su madre, su hermana, sus amigas... Aparentemente todo normal: risas,

tarta, regalos... Sin embargo, algo sobresalía del bolsillo del traje de su padre. Rebuscó entre los cajones del armario y cogió una lupa.

Aquello que sobresalía era un sobre blanco, y se podía leer el nombre del destinatario: Manuela.

Entonces recordó lo que había pasado aquel día:

Estaba jugando con una amiga durante el banquete y su padre salió a la puerta. Carmen lo vio buscar algo en su chaqueta y quiso saber qué era. Así que se acercó sin que él la oyera y en un movimiento rápido le robó el sobre.

«¡Lo tengo, lo tengo!», gritaba triunfal.

«¡Carmen, devuélveme eso!», gruñó enfurecido José.

«Tendrás que quitármelo, papá». Carmen pegaba saltitos e iba de un lado a otro llamando la atención de algunos comensales que se encontraban dentro del salón.

«¡He dicho que me lo des!».

Y sin mediar palabra, José sorprendió a Carmen con una bofetada que la dejó dolida y desconcertada.

«Perdona, cariño, yo no quería...», trató de justificarse.

Pero ya era tarde. Con la mano en la cara, Carmen entró llorando al salón y se fue al cuarto de baño, seguida de su hermana, que no entendía por qué lloraba.

El recuerdo la enfureció aún más. Su padre nunca le había pegado, y nunca lo volvió a hacer. Pero aquel día, se había llevado una bofetada del hombre al que más admiraba en el mundo por culpa de una carta dirigida a aquella mujer.

Con un grito ahogado en sus propias lágrimas, sacó una de las fotos en las que ella estaba con su padre y con su madre y la desgarró de arriba abajo, dejando en la imagen solo a su madre, a su hermana y a sí misma.

—¡Mentiroso! ¡Eres un mentiroso! —gritaba en la soledad de su casa.

Entonces se dio cuenta de que ella sola no podría con la responsabilidad de todo aquello. No podía seguir mintiendo a su hermana y ocultarle lo que su padre estaba haciendo.

Había llegado el momento de que Isabel supiera toda la verdad.

Cogió el teléfono y marcó su número.

Ajeno a todo, José entró en su vivienda y dejó los zapatos a la puerta para calzarse los de estar por casa.

Desde que fue consciente de la enfermedad que sufría, había leído mucho sobre cómo alargar al máximo sus capacidades. Y una de esas técnicas consistía en llevar una rutina de todo lo que tenía que hacer a diario. Por ese motivo había ideado un plan, junto con sus hijas, en el que había pautado con notas todo lo que tenía que hacer desde que volvía de la calle.

La primera nota era una foto de sus zapatillas de ir por casa puestas en sus pies. La siguiente, colocada en el pasillo, era la foto del váter. Así sabía que lo segundo que debía hacer era ir al cuarto de baño. La siguiente lo esperaba unos metros más adelante, con el número tres, y consistía en una foto de su sartén con comida dentro. José debía recordar que tenía que comer todos los días; aún no se había presentado ese problema, incluso era posible que comiera más que antes, pero sabía que llegaría el día en que podría olvidarlo.

Además, había distribuido por toda la casa fotos de muebles y utensilios con el nombre escrito debajo: silla, televisor, teléfono, vaso...

Sabía que ese sistema no iba a librarlo de que la enfermedad siguiera avanzando, y además la ayuda de sus hijas iba a ser necesaria más pronto que tarde, pero de momento le proporcionaba cierta tranquilidad.

Aunque la realidad era que su vida en soledad y su independencia se terminarían en septiembre.

Primero sería su hija Carmen, con su nieta, la que iría a vivir con él, pero Isabel le había dicho que ella también relevaría a su hermana de vez en cuando.

Odiaba ser una carga para ellas, así que aceptó de buen grado la propuesta de Isabel de acudir por las mañanas a un centro de estimulación para pacientes de Alzheimer.

—Se llama Asociación Alzheimer Perales —le había comentado Isabel enseñándole un prospecto—. La chica que lo gestiona es muy simpática y realizan múltiples ejercicios para la mente: estimulación de la memoria con música, con imágenes, y hasta con realidad virtual.

—Me parece bien —había respondido José.

—Además, creo que son grupos pequeños, por lo que estarás más a gusto. Por supuesto, no tienes por qué ir todos los días si no quieres. Y no sale muy caro —añadió nerviosa.

—Cariño, no tienes que convencerme. Sé que las dos tenéis cosas que hacer y que esta enfermedad puede ser muy dura. Iré encantado a ese centro.

Su hija pareció contrariada ante la actitud conformista de su padre; tal vez había creído que él se opondría a ir a un sitio donde no conocía a nadie a contar su problema. Pero José sabía muy bien lo que quería y lo que no quería para sus hijas. Sabía que ellas lo adoraban y que, llegado el momento, les iba a costar llevarlo a una residencia, pero era lo mejor. Y cualquier ayuda que recibieran hasta entonces sería bienvenida.

La siguiente foto de la casa la había sacado él, sin que lo supieran sus hijas: era su despacho; llevaba el número cuatro.

Fue hasta allí y se sentó enfrente de un gran tablón de corcho, de uno por dos metros, que colgaba de la pared.

En él había ido poniendo fichas de colores con fechas, nombres y datos de su historia con Ana.

Había un nombre que se repetía por todo el corcho como un mantra: Ismael.

La parte de la historia que le quedaba por contar a su hija, y por la que podría haber acabado en prisión el resto de su vida, era la más delicada. Pero si quería que sus hijas entendieran el porqué de muchos silencios en casa, o la tristeza que a veces reflejaba su mirada, debía afrontar la realidad y contarla tal como fue.

Colocó el vinilo de Louis Armstrong en el tocadiscos, que, a pesar del tiempo, seguía funcionando casi como el primer día, y se sentó en el sofá de cuero negro, al lado de la ventana.

—Llévame con ella, Louis —susurró cerrando los ojos.

Cuando leí la última carta de Ana, no podía creer lo que en ella estaba escrito.

Recuerdo perfectamente dónde estaba en ese momento, y es curioso, porque no recuerdo qué comí ayer, y sin embargo, no puedo olvidar ni uno solo de los detalles de aquel día.

Tenía que ir con Amparo al médico para una de sus revisiones; era martes y el cielo se había vuelto negro en cuestión de segundos. Yo siempre revisaba el buzón cuando volvía de trabajar, pero aquel día había pedido permiso para poder acompañarla y no había ido al trabajo.

El ascensor bajaba directo al garaje, pero yo llevaba la bolsa de la basura, así que paramos en el patio para que pudiera tirarla.

En cuanto se abrió la puerta del ascensor, mi mirada voló al buzón; allí no había nada y suspiré aliviado. Amparo empezaba a preguntarme más detalles sobre ese amigo de Extremadura que no paraba de escribirme en los últimos meses, y a mí cada vez me costaba más disimular mi alegría al ver el sobre con el remitente: «Justino Pérez».

El contenedor quedaba algo alejado del portal, así que le propuse a Amparo que me esperara dentro mientras yo tiraba la bolsa.

Cuando estaba abriéndolo para deshacerme de la basura, vi a Vicente, el cartero del barrio, con su gorra y su zurrón, de camino hacia nuestra casa. Iba sonriendo y silbando como siempre, a pesar del cansancio y del peso de las cartas, y llevaba en la mano un puñado de ellas.

Me temí lo peor. Mi instinto me decía que llevaba noticias de Ana, y estando Amparo dentro, y con la mosca detrás de la oreja respecto a las noticias de mi amigo extremeño, era probable que decidiese abrir la carta antes de que yo entrara en el portal, y que descubriese así el engaño.

El tiempo se paralizó por unos segundos y empecé a sudar. Decidí correr a su encuentro y placarlo antes de que accediera al patio.

Vicente venía en sentido contrario al mío, así que inevitablemente tenía que pasar por delante de mi casa.

Corrí lo más rápido que pude y, con un grito ahogado, lo llamé, tratando de captar su atención:

—¡Sshhh! ¡Vicente!—susurré desde el patio de al lado.

Él levantó la vista y me vio agazapado en la puerta haciéndole señas.

—¡Señor Ribelles! ¡Hola!—vociferó, con una sonrisa de oreja a oreja—. Precisamente traigo una carta para usted.

—¡No grites, insensato! ¡Y ven aquí, por tu madre!—supliqué.

Vicente pasó por delante de mi casa sin mirar dentro y se acercó a mí sin entender a qué se debía mi escondite.

—¿Se encuentra usted bien, señor Ribelles?—me preguntó, agachándose para ponerse a mi

altura.

—Sí, sí, no te preocupes —murmuré, mirando de reojo la puerta de mi casa—. Estoy organizando una sorpresa para Amparo, ¿entiendes? Y esa carta es parte de la sorpresa.

—¡Ah! ¡Pues haberlo dicho antes, hombre! —Vicente se secó el sudor que le caía por debajo de la gorra y me tendió el sobre—. Tenga.

—Gracias —le dije mientras guardaba, aliviado, la carta en los bolsillos de mi chaqueta—. Y recuerda: ni una palabra a mi mujer, ¿de acuerdo?

—¡Soy una tumba! —exclamó.

Se puso en pie de nuevo y volvió a mi patio para entregar el resto de cartas.

Yo esperé unos segundos y, cuando vi que salía haciéndome un guiño, entré.

—¡Hay que ver ese cartero, qué raro es! —exclamó Amparo—. Antes lo he visto pasar por delante del patio cargado de cartas, pero no ha entrado, y después ha vuelto con las mismas y las ha dejado en los buzones, sin decirme nada.

—Bueno, habrá ido primero a otro número —contesté, aparentando indiferencia, mientras entrábamos en el ascensor.

—Sí, eso me ha dicho él. Pero yo juraría que las cartas que le vi en la mano eran las mismas que ha dejado después. Entonces no entiendo por qué no ha dejado aquí primero la correspondencia.

—Cariño, no siempre tienes por qué entenderlo todo. Hay cosas que, simplemente, no tienen explicación, como lo guapa que estás hoy. —Le di un beso en la frente mientras la ayudaba a subir al coche.

—O como tu buen humor y tu zalamería —respondió con una sonrisa.

No volvimos a hablar hasta que llegamos a la clínica del doctor Llopis. Este me pidió que esperase en la sala para familiares mientras le hacían a Amparo diversas pruebas rutinarias para comprobar el avance de la enfermedad.

Y en cuanto me supe libre de miradas, abrí el sobre. Lo que leí a continuación me dejó sin aliento.

Querido José:

Esta carta es diferente a todas las demás.

He tardado mucho tiempo en contarte algo que deberías haber sabido desde el principio, pero no me atreví, y por eso quiero pedirte perdón.

Ahora, dados los últimos acontecimientos, no puedo retrasarlo más.

Las tardes maravillosas que pasamos juntos debajo de nuestras montañas no solo me hicieron amarte aún más, sino que llenaron mi cuerpo de vida.

José, somos padres de un niño guapísimo, gordito, con los ojos azules y el pelo rizado como tú. Se llama Ismael, y cada vez que lo observo, te veo a ti reflejado en su mirada.

Sé que esta noticia te pillaré por sorpresa y que, probablemente, complique más nuestra historia, pero estoy tan feliz por tenerlo...

Te escribo porque voy a escaparme.

Sé que debería esperar hasta que nuestra situación fuera más fácil, pero no aguanto ni un minuto más junto a Fernando.

Es un hombre siniestro y sin corazón que atemoriza a mis hijos y a todos los que estamos a su alrededor.

Dejó embarazada a Clara, de una niña, y tuvimos que ocultarlo. Pero una vez que dio a luz, Fernando se la arrebató de entre los brazos y la dio en adopción, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

José, necesito ir a Valencia, aunque todavía no puedas venirte conmigo. Lo entenderé.

Pero no puedo quedarme con él y criar a nuestro hijo bajo su reinado del terror.

Bautizaré a nuestro hijo la primera semana del mes que viene y he pensado que podría escaparme después, durante la celebración. Fernando invitará a mucha gente, y podríamos aprovechar la multitud para salir.

Si decides no venir, lo entenderé. Pero yo me marchó y no sé cuándo podré volver a ponerme en contacto contigo.

Te ama,

Tu amante esposa.

Noté que mi cara palidecía, me entraron sudores fríos y la habitación comenzó a dar vueltas frente a mis ojos.

¿Un hijo? ¿Ana y yo teníamos un hijo?, repetía. Volví a leer la carta; no podía creerlo. Y cuando releí la parte en que hablaba de la hija de Clara, apreté los puños con rabia. «¡Debí

haber hecho algo hace mucho tiempo!», me lamentaba. *¡Maldito bastardo! ¡Como hubiera vuelto a pegar a Ana...! Por mi mente pasaban todo tipo de insultos, y la ira me comía por dentro por estar tan lejos de la persona a la que amaba.*

Tenía que hacer algo, por ella y por mi hijo; debía volver y rescatarla de sus garras. Me convencí de que era el momento de pedirle el divorcio a Amparo; amaba a mis hijas, y a ellas no las perdería. Haría todo lo que estuviera en mi mano para que ni a su madre ni a ellas les faltase nada, jamás. Pero catorce años eran demasiados para estar separado de la persona a la que realmente amas, y era el momento de pensar en Ana y en Ismael.

Después de una hora de espera, salió el doctor Llopis, ayudando a Amparo a coger el tacatá. Ella tenía los ojos rojos y el gesto triste.

—Será mejor que pase a mi despacho, don José.

—¿Estás bien, cariño? —pregunté nervioso a Amparo.

—Ahora se lo explico todo —me contestó el doctor, haciendo un gesto a la enfermera para que no se separara de ella mientras nosotros hablábamos dentro.

Me senté en una de las dos sillas ubicadas delante de la mesa del doctor, y antes de que pudiera preguntarle qué había pasado ahí dentro, me dijo:

—Lo siento mucho, don José. Por desgracia, los resultados de su mujer no son buenos. Hemos detectado un deterioro en las articulaciones inferiores de Amparo. —Lo miré con los ojos entornados sin acabar de comprender lo que me decía—. Es cuestión de semanas o meses que necesite una silla de ruedas —añadió.

—¿Silla de ruedas? ¿Quiere decir que no podrá caminar más? —Abrí los ojos como platos.

—Así es. Lo siento mucho. Sería conveniente que volvieran en el plazo de un mes para comprobar la evolución, y si así lo desean, puedo recomendarles algún fisioterapeuta que ayude a Amparo.

Yo asentía con la mirada perdida en la ventana: ¿silla de ruedas? ¿Divorcio? ¿Y Ana? ¿Ismael? Aquel nuevo varapalo en la enfermedad de mi mujer acababa de cambiar, de nuevo, mis planes con el amor de mi vida.

De vuelta a casa, ni Amparo ni yo pronunciamos una palabra. Yo me fijaba en que, de vez en cuando, ella pasaba su mano por debajo de los ojos, retirando alguna lágrima, y me sentía impotente porque no sabía qué decirle para animarla.

—El doctor Llopis me ha dado la dirección de una casa que vende y alquila sillas de ruedas —murmuró con un hilo de voz al bajar del coche—. Podríamos ir esta semana.

—Claro, cuando quieras —respondí.

—Si no te importa, me voy a meter en la cama. —Desvió la mirada—. Quiero descansar.

—Por supuesto. Yo saldré un rato —añadí—. No te preocupes por la comida, he sacado unos macarrones del congelador esta mañana.

—Gracias.

Si la tensión se pudiera ver y tocar, la nuestra se habría podido cortar con cuchillos en aquel momento.

Dejé a Amparo en casa y me fui al bar de Antonio. No era el local más limpio del barrio, de hecho, yo diría que ni siquiera estaba entre los diez más limpios, pero Antonio era amigo mío desde la infancia, y con él podía desahogarme sin miedo a que me juzgara.

Fue al único al que le insinué que había alguien más, además de mi mujer, cuando volví de mi viaje a Moraleja para vender la casa de mi tía.

Él, católico, y viudo desde hacía dos años de Paquita, la mujer de su vida, trató de quitarme de la cabeza la idea de estar con Ana. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que lo que sentía por ella no era un capricho, sino que la amaba de verdad, y aceptó ser el hombro en el que poder descargar mis penas.

—¡Vaya cara traes, amigo! —me espetó aquel día, desde detrás de la barra, al verme entrar.

—¡Ay, Antonio! La vida vuelve a ponerme en un brete y no sé qué voy a hacer —respondí, y me dejé caer en uno de los taburetes.

Antonio me sirvió una cerveza y se encendió un cigarro, dispuesto a que le contara qué había sucedido esta vez.

—Me acabo de enterar de que tengo un hijo: se llama Ismael —confesé tras comprobar que no había nadie en el bar.

Antonio abrió la boca y los ojos como si estuviera viendo al mismísimo papa y, antes de que profiriera ninguna palabra, continué:

—Estaba decidido a pedir el divorcio a Amparo y rescatar a Ana, a sus hijos y al mío del hombre que le hace la vida imposible, pero hoy nos ha dicho el doctor Llopis que Amparo se va a quedar en una silla de ruedas —solté de carrerilla—. Y ahora, ¿qué voy a hacer, Antonio? ¿Cómo me divorcio de ella en estas circunstancias? Y a Ana, ¿cómo la dejo con aquel demonio? Si le pasara algo a ella o a mi hijo por no ir yo..., creo que sería capaz de matarme —reconocí. Pegué un puñetazo en la barra que hizo que el plato de tortilla que Antonio tenía encima,

probablemente desde el día anterior, diera un salto.

—Lo primero que debes hacer es tranquilizarte —contestó, volviendo a colocar la tortilla en su sitio—. Y lo segundo es pensar con la cabeza. Ahora no puedes divorciarte de Amparo; piensa en Isabel y en Carmen, eso las destrozaría.

—Antonio, creo que ese hombre es capaz de matarla si la pilla escapándose, y es lo que ella pretende hacer en unas semanas, vaya yo o no vaya. Y si eso sucede...

—Vamos, vamos —razonó con una sonrisa y un tono pausado—, seguro que la sangre no llega al río.

—Tú no sabes de qué cosas es capaz ese diablo. —Le cedí la carta que Ana me había mandado—. Yo pensaba lo mismo que tú hasta que ella me contó las violaciones y palizas que ha tenido que sufrir durante su matrimonio. ¡En aquel momento tenía que haberlo matado! —exclamé apretando los dientes y los puños.

Antonio acabó de leer la carta y se quedó pensando durante unos segundos. Luego se acercó a la barra y, haciéndome señas para que me acercara, murmuró:

—Lo que te voy a decir lo negaré ante cualquiera que me pregunte, ¿de acuerdo? —Yo asentí intrigado—. Quiero que sepas que nunca te propondría esto si no fuera porque creo que, de no hacerlo, cometerás alguna locura peor.

Yo lo miraba sin saber a dónde quería llegar. Entonces se giró, abrió la caja registradora y sacó un par de llaves unidas por un modesto candado.

—Paquita heredó un piso en Catarroja, a unos veinte minutos de aquí. Hasta un año antes de que ella faltara —dijo tragando saliva— vivía en él un matrimonio anciano y nos pagaba un pequeño alquiler que nos ayudaba con los gastos del bar. Pero el hombre falleció y los hijos se hicieron cargo de la mujer. Luego Paquita enfermó y... —Antonio acariciaba las llaves mirándolas con tristeza—. Tenía pensado alquilarlo o venderlo, pero aún no he sido capaz de ir.

—No sé lo que quieres decir, amigo.

—¡Ve a Moraleja y tráela aquí! Ana podrá alojarse en la casa de Paquita, pagándome un alquiler. Así tú podrás seguir viéndola y mantendrás contacto con tu hijo, pero no abandonarás a Amparo, ni a tus hijas. Y con el dinero que me dé, yo llevaré mejor las cuentas de este antro.

Conocía a Antonio, y sabía lo que significaba que me estuviera ofreciendo aquella casa para la que era mi amante. Me levanté del taburete y, de un salto, crucé al otro lado de la barra.

—¡Gracias, amigo! —exclamé, abrazándolo tan fuerte que pensé que podría partir en dos a aquel hombre bonachón y delgado—.

—¡Ya vale! —me dijo separándose de mí.

Puso el dedo a la altura de mis ojos y añadió:

—Antes de que te dé las llaves, debes prometerme que jamás abandonarás a tu familia, pase lo que pase.

—Te lo prometo.

El sonido del teléfono despertó a José. El tocadiscos estaba parado, y la casa estaba a oscuras. El reflejo de la luz de la cocina se filtraba desde el pasillo, aunque no recordaba haberla encendido.

Miró su reloj de muñeca y vio que eran las nueve de la noche. «¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?», se preguntó.

—¿Diga? —articuló con dificultad, rascándose los ojos.

—¿Cómo has podido mentirnos todo este tiempo?

—¿Isabel? —La voz de su hija sonaba ahogada en sollozos—. ¿Qué ocurre, hija?

—¡Dímelo tú, papá! ¡Dime por qué engañaste a mamá todo este tiempo y por qué no nos habías dicho que tenemos un hermano!

—¿Has hablado con Carmen? ¡Déjame que te explique! —balbuceó José sin saber por dónde empezar.

—¡No hay nada que explicar, papá! ¡Nos mentiste! ¡A nosotras y a mamá! ¡Nunca nos quisiste!

—¡No, eso no es cierto! ¡Carmen y tú sois mi vida! —respondió con el pulso acelerado, atragantado con las palabras—. Ven a casa, por favor. Te lo contaré todo y lo entenderás. ¡Dame una oportunidad de explicarme! —imploró.

—Vuelvo mañana de Calpe, te llamaré cuando llegue. Entonces hablaremos —murmuró Isabel antes de colgar.

José notó como si mil puñales se le clavaran en el pecho. Pensó que a lo mejor se había equivocado al contárselo a su hija; que tal vez tendría que haber esperado a que él no recordara nada y que ellas encontraran su historia en el ordenador; o a lo mejor debía haberlo silenciado todo, como hasta unos meses atrás.

—¡No! —gritó al aire. Las lágrimas escaparon de sus ojos—. ¡He callado y mentido durante demasiado tiempo mi historia con Ana! Nos equivocamos, sí, no debimos enamorarnos. ¡Pero lo hicimos! Y si de algo estoy seguro es de que el amor que vivimos salvó mi vida. Les guste o no, lo que sentimos fue real, y tendrán que escucharme —sollozó a la nada.

Aquella noche, José se fue a dormir sin cenar; estaba demasiado aturdido por la discusión con su hija. Por suerte para él, los sueños le trajeron de vuelta la mirada azul de Ana.

Mentir a Amparo sobre mi viaje de regreso a Moraleja fue fácil; solo tuve que decirle que me habían llamado porque había un comprador interesado en la casa de mi tía, que seguía sin venderse.

Dejé a Teresa, mi vecina, a cargo y con el compromiso de que si pasaba cualquier cosa, me avisaría de inmediato al ayuntamiento del pueblo; ellos se pondrían en contacto conmigo.

Y partí con el deseo de devolver a Ana parte del amor que albergaba, y con la esperanza de

que aceptara la oferta de Antonio; de momento, era todo lo que podía darle.

Cuando llegué a la iglesia de Santa María de la Asunción, en Coria, las campanas repicaban por el gran acontecimiento que se iba a producir: el bautizo de mi hijo.

Ana aún no había llegado, y toda la gente se arremolinaba en la puerta para poder ver a la familia De Mora. Un chico que rozaría los treinta, con gafas, gorra y gabardina gris, portaba una cámara de fotos y hablaba con otro, aparentemente mayor que él, de mostacho prominente, que iba vestido con traje de chaqueta azul marino y llevaba una libreta pequeña y un bolígrafo.

«La prensa particular de los De Mora», pensé.

No podía dejar que nadie me identificara o pondría en riesgo la huida de Ana, así que me situé en la esquina de la iglesia, resguardado de miradas ajenas por las sombras del edificio.

De repente el remolino de personas se giró hacia la carretera: el coche de Fernando de Mora acababa de aparcar.

Ana bajó de él con un vestido blanco ajustado que resaltaba su figura, una coleta que recogía su melena y la hacía parecer más joven, y una mantilla color marfil, bordada con motivos florales, que realzaba su elegancia.

En los brazos, arropado por una toca del mismo color que su mantilla y un gran lazo de seda, llevaba a Ismael. Traté de acercarme para verlo mejor, pero la gente los rodeó y ellos entraron rápidamente a la iglesia.

Sabía que no debía presenciar la ceremonia; si alguien me reconocía, podría ser peligroso, pero tenía que ver a mi hijo. Así que esperé a que todo el mundo hubiese entrado y me colé antes de que cerrasen las puertas.

Apostado en una de las columnas, fui testigo de cómo, después de que lo hicieran Fernando, Ana y sus tres hijos, todo el mundo se sentaba en los bancos.

La misa comenzó y el cura indicó a Fernando y a Ana que se levantarán. Yo me moví un poco hacia la luz para ver a Ismael, y entonces Ana se giró hacia mí y nuestras miradas se cruzaron. Abrió la boca intentando decirme algo; con los ojos llenos de lágrimas, miró a nuestro hijo y ladeó el cuerpo hacia donde yo estaba.

Entonces pude verlo bien: Ismael era un bebé guapísimo, gordito, de ojos azules y pelo negro rizado. Mi alma se desbordó de amor por aquel niño que llevaba mi sangre y por la mujer que lo sostenía. ¡Habría dado lo que fuera por estar en el lugar de Fernando!

Suspiré, tragándome mis ganas de salir corriendo a por ellos, y entonces me percaté de que Ana sonreía. ¿Me habría leído el pensamiento?

El chico de la cámara comenzó a hacerles fotos y yo traté de idear un plan para llevarme a Ana y a los niños.

Antes de que terminase la ceremonia, salí de la iglesia y esperé en la esquina a que saliera Ana y el resto de la gente.

Pero estaba tan impaciente por hablar con ella, por coger a mi hijo en brazos, que me lancé a buscarla sin pensar en nada más.

Detecté la mirada de sorpresa y de temor de Ana al ver que me acercaba a ella, y por un instante pensé en volver atrás, pero la marea de curiosos que se aproximaban a dar la enhorabuena a la familia ya me había atrapado, y no podía desandar lo andado.

Una voz chillona y familiar me asaltó en medio del camino.

—¡Hola! Hacía tiempo que no lo veía, y eso que sí he visto a la señora Ana y a su marido. — Era doña Pilar, la vecina cotilla que Ana se había encontrado en el mercado y que casi impidió que pudiéramos vernos—. Usted trabajaba con doña Ana, ¿verdad?

—Ehhh..., sí, pero fue hace mucho tiempo —respondí tratando de zafarme de sus fauces—. He estado liado con otras cosas.

—Claro, todos tenemos cosas que hacer, pero sacamos tiempo para acudir a un acontecimiento tan importante como el nacimiento de un nuevo miembro de los De Mora, ¿no es cierto? —dijo con tono chismoso.

—Sí, sí... Ahora, si me disculpa, debo marcharme. —La besé en la mano y, con una enorme sonrisa, intenté darme la vuelta y huir.

Entonces sentí que me agarraba con su mano gruesa y tiraba de mí hacia ella.

—Pero ¿a dónde cree que va? —replicó—. No pensará marcharse sin felicitar a don Fernando y a su mujer, ¿verdad? Eso sería de muy mala educación.

El horror de Ana se reflejó en su mirada, pero fui incapaz de librarme de aquella mujer, que me arrastró hasta ponerme enfrente de Fernando.

—Buenos días, don Fernando —dijo atusándose el pelo—. ¡Mi más sincera enhorabuena por el nacimiento de su hijo!

Él estaba ocupado con otras personas, pero el sonido tan particular de la voz de doña Pilar hizo que se girara y, al verme a su lado, alzó las cejas y viró completamente su cuerpo hacia mí, desafiante.

—Enhorabuena —repetí. Levanté el brazo para estrecharle la mano.

Fernando se puso tenso y, rechazando mi mano, apretó los dientes y miró a Ana con rabia.

—Gracias —masculló—. No sabía que había vuelto de Valencia.

—¡Claro, eso es! —exclamó de repente Pilar—. Por eso no lo había visto. Hará ya casi un año desde que los encontré en el mercado, unos nueve o diez meses ¿no, doña Ana?

—¿Nueve... o diez meses? —inquirió Fernando, su mirada clavada en Ana y en el bebé.

Luego apretó los puños y se dirigió a mí con una sonrisa ladeada.

—¡Ah! Sí, ya recuerdo cómo se despidió de nosotros. Creo que se fue antes de que

pudiéramos hablar de algunos temas interesantes. —Los ojos negros de Fernando parecían brasas en llamas, y Ana, temblando con Ismael en brazos, era incapaz de levantar la cabeza—. Así que supongo que nos acompañará en el convite esta mañana. No nos hará el feo de no quedarse, ¿verdad?

—Pues... lo cierto es que tenía que pasarme por casa de mi tía para resolver algunos asuntos —me disculpé—. Tal vez en otra ocasión.

—No diga tonterías, nada es más importante que la fiesta del bautizo de mi hijo. Lo esperamos, no hay más que hablar —sentenció.

Entonces cogió a Ana del brazo y, estrechándola, la empujó hasta el coche, seguida de sus hijos y de Clara.

—Pues parece que nos volveremos a ver —festejó doña Pilar, antes de marcharse junto con el resto de la gente.

De pie, en medio de la plaza de la iglesia y viendo cómo el coche de Ana se alejaba, me temí lo peor.

El cielo gris y encapotado parecía querer prevenirnos de la desgracia que después nos acaecería, pero en aquel momento solo podía pensar en el destino que estaría corriendo Ana por mi culpa.

Ya no había marcha atrás: debía presentarme en esa fiesta y llevarme a Ana y a su familia a Valencia.

El despertador sacó a José de su ensoñación. Un sudor frío le recorrió la frente al recordar aquella última vez en que vio a Ana.

Se levantó y fue al lavabo. Una nota, escrita por él la noche anterior y pegada en el espejo, volvió a sobresaltarle.

«Ayer mantuviste una conversación con tu hija Isabel por teléfono. Se ha enterado de lo de Ana y está muy enfadada. Hoy debes hablar con ella y con Carmen. Tienes que contarles a las dos lo que ocurrió en Moraleja».

—Gracias, mi yo del pasado —suspiró contemplando su reflejo en el espejo—. Aunque no sé cómo lo voy a hacer.

Cuando le había contado a Carmen su historia en el tanatorio, había decidido omitir una parte: la última vez que vio a Ana.

José había guardado el recuerdo bajo llave y había jurado que nadie, nunca, sabría lo ocurrido aquella tarde en Moraleja. Se lo debía a Ana y al sacrificio que hizo por él.

Y de no ser por la discusión con su hija, así habría seguido, hasta que un día su mente se perdiera por completo y, con ella, aquel recuerdo. Pero ahora todo había cambiado: debía contárselo a sus hijas, debía ser completamente sincero con ellas y tratar de que lo juzgasen con benevolencia.

Carmen le había mandado un wasap hacía una hora, avisándolo de que lo recogería en su casa.

Escuchó el timbre de la puerta y bajó.

—Buenos días, cariño. —Sonrió al abrir la portezuela del coche de su hija.

Ella trató de mantener el rictus serio y enfadado que la había acompañado desde que salió de casa, pero en cuanto vio la sonrisa de su padre y se dio cuenta de que se había puesto un calcetín de cada color, se echó a llorar como una niña pequeña y se abrazó a él.

—Lo siento, papá. Sé que te he traicionado, pero yo sola no podía con todo esto —gimoteó—. Tenía que contárselo a Isabel.

—Lo entiendo, pequeña, no estoy enfadado. —Le acarició el pelo—. Yo no tenía que haberte cargado a ti con tanta responsabilidad. No te preocupes, lo solucionaremos. ¿Dónde hemos quedado con tu hermana?

—En el parque Gulliver, en el río —contestó, secándose las lágrimas y sonándose los mocos con un pañuelo—. Carlos se quedará con los niños dentro y nosotros podremos hablar tranquilamente.

—Pues vamos, no debemos llegar tarde.

Cuando llegaron a la puerta del parque, Isabel ya los esperaba con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Hacia un día fantástico, de sol y una ligera brisa, así que el Gulliver estaba completamente lleno de niños y padres que subían y bajaban por los toboganes que descendían por el pelo, las

manos o los pies de la enorme figura que representaba al protagonista del cuento, y escalaban por las cuerdas que lo sujetaban, gritando y riendo.

Aquel parque gratuito, construido en 1990 en el antiguo cauce del río Turia, hacía las delicias tanto de adultos como de niños.

—¡Qué lástima que fuerais demasiado mayores cuando se inauguró! Podría haberos traído a jugar —dijo José tratando de romper el hielo.

—¿Habrías venido con nosotras o te habrías ido en busca de tu amante? —le recriminó su hija.

—¡Isabel, por favor! —exclamó Carmen poniéndose en medio de los dos.

—No pasa nada —respondió José—, necesita desahogarse.

Isabel soltó un bufido y pasó por delante de los dos, caminando hacia el Palau de la Música. Carmen se acercó a ella.

—Tienes que hablar con él —le susurró.

—Lo haré, pero me diga lo que me diga no hará que cambie de opinión. ¡Esas memorias no se escribirán, y mucho menos se enviarán a nadie! —sentenció.

Al cabo de unos diez minutos de tenso paseo, donde el silencio solo era roto por la gente que pasaba por su lado, andando, corriendo o en bicicleta, alcanzaron la fuente central, un rectángulo de unos cuarenta metros de largo por veinte de ancho que anunciaba que el visitante había llegado al Palau de la Música, edificio principal para actos filarmónicos de la ciudad.

Allí, el agua parecía bailar al compás de la música que salía por los altavoces del Palau, haciendo que los chorros subieran o bajaran y cambiaran de color, para el regocijo de cuantos la visitaban.

—Sentémonos aquí —refunfuñó Isabel señalando un banco de piedra.

—Bueno, papá, creo que ahora te toca a ti —comentó Carmen mientras se sentaba en medio de los dos—. Cuéntale tu historia, como lo hiciste conmigo. Seguro que con tus palabras, Isabel puede llegar a entender mejor lo que pasó.

—En realidad, cariño, hay algo que tú no sabes, y que tampoco podréis contarle a nadie, ni siquiera a vuestras parejas —apostilló José.

Carmen abrió los ojos como platos e inclinó el cuerpo hacia delante para escucharlo mejor, mientras que su hermana se limitaba a cruzar las piernas y girar la cabeza con indiferencia.

José retomó el relato desde que llegó a Moraleja a por Ana y coincidió con Fernando de Mora en la puerta de la iglesia donde se celebraba el bautizo de Ismael. La versión que le había contado a Carmen había sido que, después de aquel encuentro, había decidido volver a Valencia sin ni siquiera despedirse de su amada.

Pero la realidad había sido otra bien diferente.

Lo cierto es que dudé mucho antes de dirigir mi Seat 128 blanco a la finca de los De Mora, pero aunque sabía que ir allí sería muy peligroso e imprudente, tenía que rescatar a Ana y a toda su familia de aquel hombre despiadado.

Dejé el coche en la parte de detrás, oculto entre unos árboles, y entré por el patio trasero.

Toda la alta sociedad extremeña estaba allí, comiendo y bebiendo por la gracia de Fernando de Mora, y él se pavoneaba en medio de todos ellos ofreciendo su mejor sonrisa.

Me percaté de que se tocaba la mano derecha con gesto de dolor y me pareció descubrir rastros de sangre en los nudillos. Imaginé que Ana podría estar relacionada con aquello y me obligué a reprimir la rabia.

—Más vale que eso te lo hayas hecho golpeando las paredes, Fernando, porque si no, espero que tengas el mismo valor cuando me enfrente a ti —musité, escondido entre las sombras de los portales.

De repente apareció Ana por la escalera exterior de la casa, que conducía al patio interior, y todo el mundo enmudeció al verla.

Su pelo, antes una melena larga y sedosa, había desaparecido, y en su lugar lucía un corte por encima de las orejas, parecido al de algunas actrices americanas.

Nunca se pintaba, y sin embargo, aquel día se había aplicado colorete y sus labios prendían con el color de la lumbre en invierno.

Se había cambiado el vestido; llevaba puesto el mismo que el día en que la conocí: uno de vuelo, blanco con rayas negras, que provocó la misma sensación en mí que aquella primera vez que la vi.

Estaba preciosa, y a todos los presentes parecieron agradecerles los cambios en ella; a todos, menos a uno.

Fernando se acercó a Ana y la agarró del brazo con violencia. Yo me aproximé por detrás para escuchar lo que hablaban y actuar en caso de que fuera necesario.

—¡Pareces una guarra! —la menospreció—. ¡Lávate esa cara y regresa a la fiesta!

—¿No te gusta mi nuevo aspecto? ¿Acaso prefieres que todos se enteren de lo que me has hecho? —le preguntó soltándose de sus garras y señalando su mejilla izquierda.

Por la mirada que le lanzó Fernando, pude entender que Ana no solía oponerse a sus decisiones, y aquella respuesta lo pilló por sorpresa.

—No importa, así todo el mundo sabrá lo que eres: ¡una puta!

Fernando la dejó allí plantada y se fue a seguir conversando con sus invitados.

Cuando vi que se alejaba lo suficiente, me acerqué a ella por detrás y la atraje a las sombras conmigo.

—Nadie debería hablarte ni hacerte sentir así —murmuré estrechándola contra mí—. No sé por qué te lo has cortado —le toqué el pelo—, pero estás preciosa, como siempre.

Ella sonrió y, apartándose de mí unos centímetros, me dijo:

—¡Estás loco! ¿Por qué has venido? ¿No oíste a Fernando? ¡Si te descubre aquí, te matará!

—No lo hará. He venido a llevarte a Valencia, conmigo. —La rodeé con mis brazos y la miré fijamente a los ojos—. No volverá a hacerte daño nunca más.

Ella se echó a llorar y se abrazó fuerte a mí.

—No llores, mi amor, hoy dejas atrás todo esto. Recoge tus cosas. Yo te esperaré en el coche; está aparcado en la parte trasera.

—Dame media hora. Tengo que coger mi maleta y a mis hijos.

—De acuerdo, pero ve con cuidado. Si en ese tiempo no has salido, entraré a por ti.

Me dio un beso en los labios y volvió a la fiesta.

Con cuidado de que nadie se percatara de mi presencia, ni siquiera la nariz aguileña de doña Pilar, que parecía ir olfateando por toda la fiesta algún chisme que luego poder difundir, salí de la finca y la esperé en el coche.

Sabía que debía decirle que aún no viviríamos juntos; que ella y los niños irían a casa de Antonio, pero que yo volvería con Amparo.

Sin embargo, no era el momento. Nos esperaba un largo camino hasta Valencia y tendríamos tiempo para sincerarnos.

Pasaron unos eternos quince minutos hasta que de repente vi a Pablo, el hijo pequeño de Ana, llorando y corriendo calle abajo en mi dirección.

Me puse delante de él para frenar su huida y entonces vi también a Ana y a sus dos hijos mayores, que venían detrás con el carrito de Ismael.

—¿A dónde vas con tanta prisa, pequeño? —Me puse a su altura.

—¡Mamá me ha chillado, es mala! —sollozaba.

—¡Pablo, perdóname! —Ana lo abrazó—. No quería chillarte, te quiero mucho.

El niño se colgó de los brazos de su madre y se calmó al instante.

—¿Lo tienes todo? —le pregunté a Ana al constatar que no traía equipaje.

—No, no pude coger la maleta.

—No pasa nada, mi amor. Llevamos lo más importante —murmuré mirando a Ismael.

—¡Lo sabía! ¡Eres una zorra!

Una sombra alargada apareció por detrás de un árbol aullando y haciendo aspavientos; era Fernando de Mora.

—¡Niños, meteos dentro del coche! —grité a los mayores.

Miraron a su madre y ella asintió; entonces cogieron a Pablo e Ismael y se refugiaron dentro. En sus expresiones pude leer que el miedo a su padre era tan grande que preferían meterse en el coche de un desconocido que volver con él.

—Está bien, Fernando, es hora de que resolvamos nuestros asuntos —gruñí mirándolo a los ojos, desafiante, mientras me remangaba los puños de la camisa—. Y espero que sea conmigo igual de valiente que lo ha sido con ella. —Señalé a Ana.

Fernando arrugó el ceño. Sacó una navaja del bolsillo del pantalón, se quitó la chaqueta y la abrió, amenazándome con ella.

—¡Por eso no te preocupes, escoria! Tuviste mucha suerte la primera vez; si hubiera sido yo el que te golpeó, en vez del maricón de Fermín, no habrías salido con vida del hospital —vociferó, pasándose la navaja de una mano a otra.

—¡Fernando, por favor, déjanos marchar! —Ana se puso delante de mí.

—¿Dejaros marchar? ¿Y qué beneficio saco yo de eso? ¿Acaso no ves que sería vilipendiado por todo el pueblo? ¿Qué respeto crees que me tendría la gente si descubriesen que me abandonas por otro? —Fernando se pasó la navaja por la lengua y volvió a amenazarme con ella—. No, querida, de aquí no se marcha nadie... con vida. ¡O eres mía o no serás de nadie!

En ese momento Fernando alargó el brazo en el que sostenía la navaja para herir a Ana, pero yo me interpusé y el filo acabó clavado en mi hombro derecho.

—¡Ahhh! —grité de dolor. Caí al suelo y vi cómo la sangre brotaba de mi brazo con intensidad.

—¡José! —exclamó Ana al verme caer.

Entonces se agachó y, con sus manos, trató de taponarme la herida e imploró a su marido que se detuviera.

—¡Por Dios, Fernando, para esta locura! ¡Piensa en tus hijos!

Los niños, que habían contemplado toda la escena, lloraban y llamaban a su madre, histéricos.

—¿Esos vagos lloricas? —rio sarcástico—. ¡Ni siquiera sé si alguno de esos mierdecillas es hijo mío! Superarán tu muerte a base de mano dura. —Blandió la navaja de nuevo contra nosotros.

Apoyándome en Ana, conseguí volver a levantarme, pero sabía que no tendría fuerza para esquivar un nuevo ataque, así que me dispuse para lo peor.

En ese momento oímos una voz masculina detrás de nosotros.

Andando torpemente, botella de vino en mano y con muestras evidentes de embriaguez, apareció Fermín, el antiguo capataz de Fernando.

—¿Señooorrr deee Mooorrra? ¿Esss usstedd? —preguntó alargando las sílabas.

—¿Qué haces por aquí, maricón borracho? —lo increpó—. ¡No importa! Llegas a tiempo para ver cómo acabo la faena que tú no pudiste.

Fermín pasó al lado del coche y vio a los cuatro niños atemorizados, llorando y gritando. Y a nosotros abrazados, esperando nuestro final.

Me miró a los ojos y algo en él me llenó de ternura. Aquel hombre embrutecido, que casi me manda al otro mundo de una paliza, parecía mirarme de forma compasiva, casi con amor.

Fermín se caló bien la gorra y, sin soltar la botella, se colocó entre Fernando y nosotros.

—¿Sabbee? Yo creo que debbberrría dejarlos marcharr.

—¿Y se puede saber por qué cojones debería hacer eso?

Fermín se quedó mirándome unos instantes y arrugó la frente sin saber qué responderle a su antiguo amo.

—¡Ah! Ya lo entiendo —profirió de repente Fernando—. ¡A ti lo que te pasa es que estás enamorado de este parásito, de este mierdecilla valenciano! ¿Verdad, loco borracho y maricón?

Fermín bajó la cabeza y apretó los puños con impotencia.

—Dime, Fermín, ¿te tocas por las noches pensando en él? ¿En su torso desnudo y sus labios gruesos? —se mofaba.

—¡Basta ya! —Un grito lleno de rabia salió del pecho de aquel hombre, que en un arranque de ira, se lanzó con los puños en alto hacia el que un día había sido su jefe.

Fernando esquivó el puñetazo con facilidad y, dirigiendo la navaja hacia él, se la clavó en el pecho y lo hirió de muerte.

Un llanto helado afloró de la garganta de Fermín, que ya era preso de la parca, y se desplomó en el suelo.

Fernando se distrajo al contemplar cómo caía a sus pies Fermín y entonces vi mi oportunidad. Con las pocas fuerzas que me quedaban, cogí una piedra grande del suelo y golpeé con saña la cabeza de Fernando; inmediatamente comenzó a brotar sangre de ella.

Fernando nos miró extrañados, llevándose las manos a la cabeza, y luego, sin decir nada más, cayó fulminado al lado de Fermín.

Los gritos dieron paso al silencio más aterrador. De pronto el cuerpo de Fermín convulsionó lentamente, de arriba abajo.

—¡Rápido, démosle la vuelta! —Me agaché—. Parece que aún respira.

Con mirada mortecina, me cogió las manos y, soltando una lágrima, me dijo:

—Lo... siento mucho... Yo... no... —Y exhaló el último aliento.

Le cerré los ojos y me abracé a Ana.

—¡Rápido, baja a los niños del coche y márchate a casa de tu tía! —me dijo Ana de súbito.

—¿Qué? ¿Cómo voy a marcharme ahora? —Señalé con la mirada a los dos hombres muertos en el suelo.

—No puedes quedarte.

Y bajando ella misma a sus hijos, les pidió que se quedaran junto al coche para que no vieran nada.

—Avisaré a Clara para que vaya a curarte; no es médico, pero sabe coser. No podemos contar con don Leandro para esto; aunque es buena persona, sé que antepone la seguridad de su familia, y no lo culpo. —Los niños la miraban nerviosos y lastimeros, y los más pequeños no dejaban de llorar—. Después volverás a Valencia, tú solo.

—¡No pienso irme sin ti, Ana! ¿Acaso piensas que voy a dejar que cargues con la culpa de la muerte de tu marido? —inquirí mientras me acercaba a ella y me taponaba la herida con la otra mano—. Fue defensa propia —alegué—. La policía lo entenderá.

—Sé lo que les voy a decir. —Esquivó mi mirada y mis argumentos—. Fernando y yo salimos de la finca en busca de Pablo, que se había escapado corriendo. Fuera nos encontramos con Fermín, que, borracho, intentó pegar a Fernando, furioso por haberlo despedido. Pero él se defendió con una navaja y lo mató. La mala suerte hizo que mi marido, en la pelea, resbalara y cayera al suelo, golpeándose la cabeza con la piedra (que ahora tú yo pondremos debajo de su cabeza), lo que le causó la muerte a él también.

—¿Quién va a creerse eso, Ana? ¡Pensarán que estás mintiendo! —exclamé—. Por favor, déjame que les cuente la verdad. Cuando sepan lo que ese hombre te hacía, lo que ha estado a punto de hacernos a los dos...

—¿Qué? ¿Qué crees que pasará cuando la gente se entere de que hoy me iba a escapar contigo y con los hijos de don Fernando de Mora a Valencia? ¿Qué ocurrirá cuando se descubra que Ismael es hijo tuyo? —Hizo una pausa y me miró—. ¿Cuando tu mujer y tus hijas sepan lo que ha pasado aquí?

Yo bajé la mirada, avergonzado.

—Bueno, es posible que tuviéramos que ocultar ciertos detalles, pero aun así...

—¡Despierta, José! Fernando era dueño de casi todo el pueblo, y la gente que está ahí dentro solo verá lo que quiera ver. Nuestras vidas estarían acabadas si contásemos la verdad.

Me tomó de la barbilla y, levantando mi cara, me dijo:

—A veces la verdad es más difícil de creer que una mentira bien contada.

—Pero yo no puedo dejarte... ¿Ismael? —farfullé.

—Te prometo que le contaré quién eres. Y trataré de mantenerte informado de sus progresos, pero ahora tienes otra familia a la que proteger.

Yo volví a bajar la mirada y empecé a tocarme nervioso el anillo de bodas. ¿Qué debía

hacer? Si la convencía de contar la verdad y la policía llegaba a creernos, solo podía ofrecerle un piso vacío, en una ciudad que no conocía, y visitas nocturnas a escondidas. ¿En qué la convertiría eso? Allí era una gran señora, respetada por todos sus vecinos, y siendo viuda de Fernando, heredaría todos sus bienes y terrenos, para ella y sus hijos. Conmigo solo sería «la otra».

En el fondo de mi corazón, sabía que yo nunca abandonaría a Amparo; ella me necesitaba, y lo haría más a medida que pasara el tiempo. Y vosotras no os merecáis un futuro lleno de rencor y tristezas por mi culpa.

—No pensabas abandonarlos, ¿verdad? —me preguntó Ana, leyendo mis pensamientos.

—Ana, te quiero —respondí—. Pero mi mujer... Ahora no puedo dejarla, la enfermedad ha ido a peor... Y mis hijas son pequeñas aún...

—Haz lo que debes, José. Ellas te necesitan más que yo —añadió con entereza—. A nosotros nos irá bien, y tú siempre permanecerás conmigo, en el único lugar donde nadie puede alejarte de mí: en mis recuerdos.

La abracé, intentando guardar su olor en mi memoria, y la besé con lágrimas en los ojos.

Los invitados a la fiesta, alarmados por los gritos, comenzaban a salir para ver qué había pasado, y mi herida no dejaba de sangrar.

Ana me apremió para que pusiéramos debajo de la cabeza de Fernando la piedra con la que yo lo había golpeado, y después me subí al coche.

—Prométeme que, cuando todo se calme, te pondrás en contacto conmigo —le rogué antes de marcharme.

—Te lo prometo.

Volvimos a besarnos.

Al observarla por el espejo retrovisor, rodeada de sus hijos y de la gente, que le preguntaba qué había pasado, me di cuenta de que aquel beso sabía a despedida.

Clara vino una media hora después a casa de mi tía y me curó la herida como pudo, lo suficiente para que yo fuese capaz de llegar a Valencia.

Durante todo el camino me maldije por ser tan cobarde, por dejarla allí, por mi mala suerte, hasta por enamorarme de ella.

Nunca debimos conocernos, nunca debimos enamorarnos, pero lo hicimos. Y ese amor, y su recuerdo, ha sido mi motor todo este tiempo. No pretendo que lo entendáis, pero al menos sí que respetéis mi dolor y mi memoria, por lo menos hasta que la enfermedad me gane la partida —les dijo a sus hijas al terminar de contar su historia.

—Entonces, ¿renunciaste a ella por nosotras? —preguntó Carmen con un hilo de voz.

José asintió, limpiándose las lágrimas con un pañuelo de tela.

—¿Volviste a verla o a saber de ella... o de Ismael? —tartamudeó Isabel.

—No directamente —reconoció con tristeza—. Ana jamás volvió a ponerse en contacto conmigo, a pesar de que yo sí lo intenté durante cinco meses. Pasado ese tiempo, recibí una carta de Manuela, la amiga de mi tía. En ella me decía que Ana le había pedido que no le mandara más cartas, y que lo había pasado muy mal con la muerte violenta de su marido a manos de su ex chófer. Pero que ahora vivía tranquila con sus cuatro hijos y con su suegra.

José tragó saliva al recordar la piel sonrosada de aquel bebé, al que nunca llegó a tener en brazos.

—Entonces, ¿creyeron su versión? —musitó Carmen.

—Sí, todo el mundo, incluso Manuela, aceptó la versión oficial. Y hasta la fecha, solo Ana, Clara, sus hijos y yo hemos sabido la verdad: ¡que yo asesiné a Fernando de Mora, y que fui un mierda que siguió su vida como si nada hubiera pasado! ¡Que no tuve el valor de enfrentarme, por ella, a la cárcel, porque era más fácil huir! —subrayó con dolor.

—¿Seguir con tu vida? ¿Qué vida? —preguntó Carmen con un sollozo.

Se levantó y se puso en cuclillas delante de su padre.

—¡Siempre estuviste al lado de mamá, ayudándola en todo! Nunca pudisteis iros de vacaciones solos, como el resto de vuestros amigos, porque ella tenía demasiados dolores para alejaros de sus médicos; no salíais porque ella se agotaba; estuviste pendiente de nosotras: llevándonos al colegio, a las extraescolares, ayudándonos con los deberes, sacándonos siempre una sonrisa, aunque tú no estuvieras de humor. —Isabel escuchaba el discurso de su hermana en silencio, con la cabeza gacha—. Siempre fuiste cariñoso con mamá, a pesar de que tal vez estuvieras pensando en Ana. Y nosotras siempre hemos podido contar contigo para todo. ¡Renunciaste al amor para llevar una vida nada fácil! Créeme, tú cumpliste tu condena.

José la miró lleno de afecto y abrazó a su hija sin poder reprimir el llanto.

—¡Jamás fue una condena estar a vuestro lado! —exclamó emocionado.

—Ahora me doy cuenta de lo afortunada que soy —murmuró de repente Isabel—. Pude no haber tenido padre, o que este estuviera preso en una cárcel de Extremadura, o que mi madre empeorase por el abandono de su marido, y sin embargo, no me ocurrió nada de eso. —Miró a su padre y le cogió las manos, dejando que la emoción la embargara—. Te quiero, papá, y no me imagino el día en que no puedas recordar cómo jugabas con nosotras en el parque, o lo orgulloso

que te sentías al llevarme al altar el día de mi boda, o cuando, en el hospital, miraste a mis hijos por primera vez y lloraste de emoción. —José apretó las manos de su hija, consciente de que eso sucedería muy pronto—. Pero ¿sabes una cosa? Que yo sí lo haré, recordaré todos esos momentos con alegría, y me sentiré afortunada de haber podido pasarlos contigo.

José envolvió a sus hijas en un abrazo largo, como hacía años que no les daba, dejando que las emociones desbordaran su vergüenza y que a ninguno les importase que la gente los mirara al pasar por delante.

—Si a ti te hace bien que Carmen escriba esas memorias, así se hará. Yo la ayudaré —dijo Isabel con una sonrisa.

—Aún hay algo más que os tengo que pedir, y es muy importante que lo cumpláis —anunció José, para sorpresa de sus hijas—. El día que yo me marche, quiero que publicquéis mi esquila en un periódico de tirada nacional y que invitéis a Ana a mi entierro. Quiero que ella tenga mis memorias, y mis cenizas.

—¿Pero cómo vamos a hacer eso? —preguntó atónita Carmen—. ¿Y si ella ya no vive y su familia no sabe de tu existencia?

—Solo deberéis nombrarla: Ana Giménez —les explicó—. Si ella sigue viva, lo entenderá, y si no, nadie se fijará en un nombre. Hace años nos prometimos que si algo cambiaba en nuestras vidas, publicaríamos un anuncio en el periódico. Quiero cumplir mi promesa.

—Pero ¿Ismael?, ¿su familia? —inquirió Isabel.

—Si ella no está viva, nadie entenderá el mensaje. Y en ese caso, podréis enterrarme donde queráis —indicó con tristeza.

—Pero ¿no crees que sería mejor buscarla ahora? ¿Que supiera que siempre la has querido? —preguntó Carmen.

—No, ni siquiera sé si ella volvió a casarse, o qué le contó a Ismael de mí. Cuando recibí la carta de Manuela, decidí dejarla libre, y así será hasta que me vaya. No quiero que me vea olvidarla, no soportaría su mirada de compasión.

—Pero yo creo...

—¡Es mi decisión, Carmen! —exclamó—. Y es mi última voluntad. La vida nos negó el derecho de estar juntos; tal vez la muerte nos una por fin.

—Se hará como quieras, papá —asintió finalmente Isabel.

—Entonces, ¿al final escribiréis sus memorias?

Carmen se había decidido a llamar a Mario después de cuatro días de silencio por parte de ambos, pero las manos le sudaban solo de escucharlo.

—Eso parece.

—Me alegro; siempre pensé que debías hacerlo.

«Su voz al otro lado del teléfono sigue siendo tan sexi como la última vez que la escuché», pensó Carmen.

—Mario, sobre lo que me dijiste... —murmuró Carmen con voz temblorosa—. Pedro y Ana vuelven mañana de sus vacaciones, y la pequeña me ha echado mucho de menos. Lloriqueaba por teléfono diciendo que quería estar ya en casa, con su mami y con su papi...

—¿Sabes? —la interrumpió—, desde mi ventana puedo ver el atardecer; el sol se despide del día con increíble belleza. Y al mismo tiempo, la luna ya está haciendo su aparición, por el lado opuesto. —Hizo una pausa para encenderse un cigarro y continuó—: Sin embargo, pese a ser dos fenómenos extraordinarios, que suceden a la vez, jamás se juntarán. Creo que es porque cada uno tiene que brillar por sí mismo.

—Mario, yo... —sollozó Carmen.

—Lo sé, pero hay veces en que el amor no es suficiente —alegó—. Mañana rechazaré la oferta de Valencia y pediré quedarme de forma fija en Madrid. Te deseo lo mejor.

Y sin darle opción a responder, colgó el teléfono, dejándola rota en lágrimas, que derramó sobre el sofá de su comedor.

Se pasó toda la noche maldiciéndose por haber heredado de su padre el ser una cobarde; por preferir la estabilidad de un matrimonio sin amor a una ruptura y un destino incierto con el hombre al que amaba.

El abrazo de su hija, al día siguiente, calmó por un instante sus pensamientos.

—¿Cómo ha ido la semana? —preguntó Carmen a Pedro, con Ana colgada de su cuello—. Pensé que volvíais la que viene.

—¿Cómo crees que me ha ido teniendo que cuidar yo solo de ella? —voceó—. ¡Es una niña malcriada!

—¡No es verdad, mami...! —lloriqueó la pequeña—. Es que la comida de la yaya no me gustaba. A mí la que me gusta es la tuya —susurró, dándole un beso.

—¿Lo ves? ¡La consientes demasiado! —exclamó exaltado Pedro—. ¡Mis padres han quedado hartos de esta caprichosa, y yo también!

—¡No soy *cabrillosa*! —gritó la niña abrazándose aún más a su madre.

—Está bien, cariño, no te preocupes —dijo Carmen en voz baja, tratando de calmarla—. Yo sé que tú siempre te portas muy bien y que los yayos te quieren mucho. —Le lanzó una mirada de rechazo a Pedro—. Ahora sé buena y ve a tu cuarto a dejar tus cosas.

La niña se soltó con renuencia de los brazos seguros de Carmen y, dedicándole una pedorreta a su padre, se fue a su habitación.

—¡Esto es increíble! ¡Encima la pones en contra mía! —bramó Pedro.

—¡Lo que me parece increíble es que le hayas echado en cara a tu hija que hayas tenido que cuidarla durante seis días! ¡Lo que me parece increíble es que le hayas dicho que te molesta! —respondió encendida.

—¡No estoy dispuesto a aguantar esto, me voy a la oficina!

—¿A la oficina? ¡Pero si está cerrada! —Carmen no daba crédito a lo que ocurría.

—Esta semana ya no —bajó la voz mientras tecleaba un mensaje en el teléfono—. Las oficinas del proyecto están abiertas para que podamos avanzar.

—¡Pero acabas de llegar!

—Sí, y ahora te toca a ti cuidar de tu «princesita». Me cambio de camiseta y me voy. —Dejó el móvil y las llaves encima de la mesa del comedor.

Todas las alarmas de Carmen se activaron: ¿qué estaba pasando? ¿Por qué se había producido la discusión? Su sexto sentido le decía que aquella pelea parecía programada. Una excusa para que Pedro pudiera marcharse.

Sabía que no debía. Nunca le había revisado el móvil a su marido; siempre había pensado que era mejor no saber, que creer cosas equivocadas. Pero esa vez algo le decía que debía hacerlo.

Con cuidado de que Pedro no saliera de la habitación y la pillara, cogió el móvil de su marido y abrió la aplicación de WhatsApp.

Y lo que encontró allí, por desgracia, no le sorprendió.

Pedro y una mujer llamada Lorena se intercambiaban mensajes desde hacía meses. Y sus conversaciones subidas de tono lograron que, en algunos momentos, Carmen se sonrojase. A ella nunca le había dicho esas cosas, ni siquiera cuando aún se querían, pensó.

De repente Pedro apareció por detrás y la cazó con el móvil en la mano.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —Le quitó el teléfono de las manos.

—¡Eres un hijo de puta! —exclamó con lágrimas en los ojos, pero con una enorme sonrisa en la boca—. Y yo que me habría sacrificado por ti... ¡Qué absurda me siento!

—¿De qué hablas? No sé qué es lo que has visto, pero no es lo que parece.

—¡Y lo peor es que eres tremendamente vulgar y predecible! —rió—. «No es lo que parece» —lo imitó.

—¡Estás loca! —gritó cogiendo sus llaves de encima de la mesa—. Llego tarde a una reunión, hablaremos de esto más tarde. No me esperes a cenar.

En ese momento salió Ana, que, alarmada por los gritos de sus padres, miró a Carmen, confusa.

—No habrá un más tarde, Pedro. No quiero que vuelvas —respondió con decisión—. Búscate un lugar donde pasar la noche, seguro que no te cuesta encontrarlo.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Esta también es mi casa!

—Ya no. —Carmen fue al cajón del mueble del comedor donde guardaban todos los documentos importantes y sacó la escritura de la casa—. Fueron mis padres quienes nos ayudaron con el préstamo, ¿recuerdas? Así que, según la escritura, me pertenece un ochenta por ciento de la vivienda. Es decir, técnicamente, tú estabas aquí de alquiler. —La cara de Pedro iba arrugándose por segundos, llenándose de ira—. Y te informo, querido, que doy por rescindido el contrato.

—¡No puedes hacerme esto!

—Te prepararé la maleta y mañana podrás venir a recogerla —dijo con la cabeza alta, sin apartar su mirada—. ¡Ah!, y una cosa más: quiero el divorcio.

—¡No creas que va a ser tan fácil! —bramó—. ¡Lucharé por la custodia de Ana!

—Aquí te esperaré —contestó. Cogió en brazos a su hija.

Soltando un bufido, Pedro se marchó, cerrando de un portazo.

—¿Mami? —preguntó su hija al verla llorar.

—Mami está bien, cariño. Y te prometo que las dos vamos a estar perfectamente —le susurró y la abrazó.

—¿Papá no va a volver? —preguntó con los ojos vidriosos.

—No. Pero tú sí que volverás a verlo —la tranquilizó—. Solo que mamá y papá ya no vivirán juntos, ¿lo entiendes?

—¿Como los padres de Sara?

—Sí, cariño.

—Pero los padres de Sara están divorciados —sollozó—. Y yo no quiero que os separéis.

—Bueno —Carmen tragó saliva para poder explicarle bien a su hija de cuatro años lo que iba a pasar—, a veces, los papás dejan de quererse y se separan. Pero eso no significa que no te queramos a ti. Los papás, de hecho, te queremos muchísimo.

—¿Ha sido porque no me he comido la comida de la yaya? —preguntó, dejando salir sus lágrimas de algodón—. Es que era arroz con verduritas, y a mí no me gusta así el arroz.

Carmen cogió a su hija y la sentó en sus piernas, de cara a ella.

—¡Nooo, cariño! Esto no es culpa tuya. Son cosas de mayores, pero tú no tienes nada que ver.

—¿Seguro, mami?

—¡Palabra de Dora! —Adoptó una postura militar.

Ana ladeó la cabeza y, con una sonrisa, abrazó fuerte a su madre.

—¿Por qué no vas a tu habitación a hacer un dibujo mientras yo preparo la bañera? —le sugirió.

La niña accedió y, en cuanto cerró la puerta, Carmen se permitió romperse y llorar abiertamente.

Cuando, unas horas más tarde, acostó a su hija, se puso a preparar las maletas de Pedro. Las imágenes de Mario despidiéndose de ella en el coche volvieron a su mente.

Por su cobardía había perdido a la persona a la que amaba, igual que su padre.

Entonces entendió lo que tenía que hacer. Cogió el móvil y llamó a su hermana.

—¿Isabel? ¿Podrías quedarte mañana con Ana? Tengo que ir a Madrid.

Carmen llegó al paseo de la Castellana y se quedó con la boca abierta. Nunca había estado en Madrid, salvo para hacer escala en el aeropuerto, de ruta hacia Santo Domingo, el día después de su boda. Y nunca pensó que aquello que se decía: «De Madrid al cielo» pudiera resultar verdad.

La gente llenaba las tiendas, los restaurantes y los teatros. Y algo que le llamó mucho la atención es que parecía haber una divertida mezcla de personas, a juzgar por su forma de vestir o de comportarse: empresarios, estudiantes, artistas, turistas... Todos en el mismo lugar, sin importar clases sociales, sexo o religión.

Miró la tarjeta de Mario y comprobó la dirección de nuevo:

Mario Castillo
Community manager
Paseo de la Castellana 125, 2

Llegó hasta la puerta del gran edificio de oficinas y entró.

Dentro, un portero delgado, con mostacho prominente y con aspecto de haber salido de la serie *Cuéntame*, la escrutó de arriba abajo y luego le preguntó a qué piso iba.

—Pues supongo que al segundo —respondió, volviendo a mirar la tarjeta.

—¿A qué empresa va? —la interrogó.

Parecía que no tenía intención de dejarla pasar tan fácilmente.

—Voy a ver a Mario Castillo —le informó.

—Lo siento, pero no se me ha comunicado que hoy tuviera visitas. Así que no puedo dejarla pasar —sentenció.

—¡Tal vez si le dice al señor Castillo que estoy aquí abajo...! Soy Carmen Ribelles.

—No se me permite molestarlos. Lo siento, tendrá que concertar una visita.

E «invitándola» a abandonar el edificio, el portero dio por concluida la conversación.

—¡Increíble! —masculló Carmen al verse en la calle.

Sus planes de darle una sorpresa a Mario se acababan de ir al garete.

De repente el viento comenzó a sacudir toldos y cortinas, y unas nubes negras cubrieron el cielo, tapando el sol y haciendo que la gente corriera a refugiarse de las primeras gotas de lluvia.

—¡Perfecto! —ironizó Carmen. Sacó su móvil y comenzó a marcar el teléfono de Mario.

Pero antes de que pudiera acabar de teclearlo, un chico salió de entre las sombras y le dio un golpe en la mano, arrebatándole el teléfono.

—¡Eh! ¡Al ladrón! ¡Me ha robado el móvil! —gritó desesperada, pero el chico se metió en el metro y desapareció entre la multitud.

En ese instante la lluvia empezó a caer con fuerza, y Carmen echó un vistazo al interior del edificio, donde el portero, impasible, seguía con sus quehaceres: leer la prensa deportiva.

—¿En serio? ¿Y ahora qué cojones se supone que voy a hacer?

Pensó en volver por donde había venido y perder la oportunidad de encontrarse con Mario, pero inmediatamente descartó esa opción.

—Si tengo que mojar me, me mojaré —farfulló—. En algún momento tendrá que bajar a comer, digo yo.

Media hora —de chaparrón continuo— después, y con los labios amoratados del frío, decidió cruzar la calle para tomarse un café en la cafetería de enfrente.

Sin quitar ojo a la puerta del edificio, cruzó la avenida.

—¡Hola! ¡Me pone un café muy caliente!

El camarero dudó un instante si servirle o llamar a la policía. Carmen estaba completamente mojada; el maquillaje se le había corrido, dibujándole dos grandes cercos negros bajo los ojos, y temblaba como un animalillo indefenso.

—Enseguida —dijo el chico finalmente, apiadándose de ella.

En aquel momento, y sin que Carmen se diera cuenta, salió Mario de la oficina. Se paró unos segundos en la puerta, comprobó que Carmen no le había mandado ningún mensaje y caminó en dirección contraria a donde estaba la chica.

—¡Señor Castillo! —lo llamó el portero, y Mario retrocedió—. No sé si será importante, pero una mujer ha preguntado por usted.

—¿Una mujer? Hoy no tenía visitas previstas.

—¡Eso le dije yo! —respondió, satisfecho por haber obrado bien respecto a aquella mujer, a la que él creía una lunática—. Aun así, parecía muy interesada en verlo. Ha estado bajo la lluvia un buen rato, y ahora creo que ha cruzado y ha entrado en esa cafetería —dijo señalando al frente.

Desde la distancia, Mario no conseguía identificar a la joven, mojada y con el pelo aplastado, que estaba sentada a la barra.

—Bueno, sea quien sea, ya volverá —respondió finalmente, y abrió el paraguas.

—Claro, señor, ya le dije a esa tal... «Carmen-no-sé-qué» que tenía que llamarlo para pedir cita.

—¿Carmen? —Mario frenó de golpe y volvió a mirar hacia la cafetería. ¿Era posible que aquella mujer fuera ella? «¡Rotundamente, no!», pensó.

Entonces Carmen se levantó de la silla y se giró hacia el edificio de oficinas. Allí, de pie, paraguas en mano, un hombre parecía observarla también.

El hombre tiró el paraguas al suelo y sus miradas se cruzaron. Mario la miraba con asombro, y ella salió corriendo a sus brazos.

—¿Pero qué haces aquí? —preguntó Mario cuando vio a Carmen corriendo hacia él.

—Tenía que decirte algo —contestó, jadeante y sonriente.

—¿Y no podías decírmelo por teléfono? —Volvió a coger el paraguas para resguardarlos de la lluvia.

—No, podría ser demasiado tarde —alegó—. ¿Sabes por qué Ana se llama así?

Mario negó con la cabeza sin entender a qué venía aquella pregunta.

—Le pusimos Ana porque mi padre insistió. Según él, ese era el nombre de una tía suya a la que había querido mucho, y de la que no pudo despedirse en su entierro.

—¿Y? —preguntó, completamente confuso.

—¡Que era mentira! —exclamó eufórica—. La realidad es que ese era el nombre de la única mujer a la que mi padre ha amado, jamás. Y esa fue la única solución que encontró para sentirse más cerca de ella. ¿No lo entiendes?

—Carmen, debo de estar muy espeso, pero no entiendo a dónde quieres llegar. —Se recogió la melena en una coleta.

—¡No quiero que mi hija tenga que llamar Mario a su hijo!, a no ser que ella quiera, claro —rectificó—. ¡Quiero que vivamos juntos!

Los ojos de Carmen brillaban con una luz especial, incluso a pesar de tener toda la cara manchada de rímel, el cuerpo empapado y el pelo destrozado por el agua, pensó él.

Mario le limpió la mejilla y, acercándose a sus labios, soltó el paraguas y la besó, dejando que todo su cuerpo contestase a su proposición.

Aquella noche hicieron el amor como si el tiempo no existiese y unas semanas después ya vivían juntos, en casa de ella.

Pero el tiempo sí existía, y con el paso de los meses, José fue perdiendo la memoria a pasos agigantados. Carmen tuvo que adelantar lo que le quedaba por escribir de sus memorias para que su padre pudiera leerlas y aprobar lo que se había escrito.

Y gracias a eso, las mañanas que José pasó en el centro de día de la asociación para pacientes de Alzheimer se le hicieron muy amenas, ya que, por petición expresa de las dos hijas, cada mañana, al llegar, se le leían varias páginas de su historia con Ana. Cosa que él agradecía siempre con una sonrisa.

Pero, desgraciadamente, tres años y medio después, José falleció de un fallo multiorgánico. Por aquel entonces, ya había dejado de reconocer a sus hijas y se había vuelto algo agresivo, por lo que habían tenido que ingresarlo en una residencia a tiempo completo.

—Tenemos que cumplir la voluntad de papá —le dijo Carmen a su hermana en el hospital mientras ultimaban los detalles de su funeral.

Un hombre vestido de traje se había presentado allí, con mirada seria y con un montón de papeles por firmar, después de que Carlos, que era el que estaba más entero, llamase al seguro de

decesos.

—¿Saben ya lo que quieren poner en la esquela? —les preguntó.

—Sí —contestó Isabel, secándose las lágrimas—. Ponga: «Don José Ribelles Salvador. Que falleció en Valencia el 5 de abril de 2016 a los noventa años, habiendo recibido los Santos Sacramentos. Sus hijas, Isabel y Carmen, y sus nietos, David, Jorge y Ana, ruegan una oración por su alma e invitan a doña Ana Giménez y a todos los amigos y familiares a la misa, que tendrá lugar el próximo 7 de abril a las once en la capilla del Tanatorio Municipal de Valencia. A continuación se le dará cristiana sepultura en el Cementerio General».

—Gracias —murmuró Carmen, cogiéndola de la mano—. Si ella sigue viva, lo entenderá.

—Tienen derecho a un ataúd propio o, si lo prefieren, a incineración —les informó el agente sin cambiar el rictus.

—Habíamos decidido enterrarlo, pero creo que deberíamos cambiar de idea.

—¿Qué dices, Carmen? —preguntó atónita Isabel.

—Piénsalo —respondió con ese brillo en los ojos que la caracterizaba—. ¿De verdad quieres enterrarlo con mamá?

—Pues...

—Si Ana no responde, ¿no crees que deberíamos esperar para averiguar algo más sobre ella? Incluso aunque respondiera, ¿no crees que se merece enterrarlo donde ella quiera?

—Pero eso supondría que no lo tendríamos con nosotras —gimoteó.

—Él estará siempre con nosotras —respondió Carmen abrazando a su hermana.

Como Carlos y Mario —ajenos a los sentimientos románticos de las chicas— suponían, Ana no contestó. Pero ellas decidieron guardar sus cenizas como habían pactado. Aunque, siguiendo los consejos de sus parejas, decidieron no intentar ponerse en contacto con ella o con Ismael.

Ese año fue muy duro para las dos hermanas, pero sobre todo para Carmen, que, sumado a la batalla legal con su ex marido por la custodia de Ana, se debatía entre la curiosidad por buscar a su hermanastro Ismael y averiguar por qué no había acudido Ana al funeral, o dejarlo pasar y no molestarlos.

Aquello la atormentaba, pues pensaba que, de alguna forma, había defraudado a su padre. Así que cuando llegó el verano, decidió pasar con su hija y con Mario quince días en Benidorm para relajarse un poco.

—En esta ciudad es donde pasé las mejores vacaciones con mi padre, siendo niña —le había comentado a Mario.

Se alojaron en un hotel en el Rincón de Loix. Esa zona era conocida por la afluencia de extranjeros y por las diversas fiestas que montaban por el día y por la noche, pero Carmen no lo sabía cuando reservó.

—Creo que me iré con Ana a la playa —le dijo a Mario después de no haber podido dormir nada la noche anterior—. Puede que así recupere la sonrisa.

—Claro, id delante. —Mario acarició el pelo de la pequeña—. Yo quiero comprar la prensa.

—¡Y no te olvides de mi barca! —exclamó Ana.

—No me olvido, pequeña. —Sonrió—. Tendrás tu barca.

Le dio un beso a Carmen y se fue en busca de los encargos.

Después de andar unos metros, encontró una especie de tienda de ultramarinos que vendía un poco de todo, desde flotadores hasta comida, bebida y prensa. Iba a llevarse un periódico español cuando otro, uno con nombre extranjero, le llamó la atención: *Sun, beach and more*. En su portada, la imagen de una anciana con el pelo recogido en un moño y unos tremendos ojos azules daba pie a un titular: «Ana, la mujer que cambió mi vida, contándome la suya».

Llevado por la intuición, abrió el periódico ante la mirada inquisitoria del dependiente. Y en cuanto comenzó a leer el reportaje, no pudo creer lo que tenía delante: esa Ana de la que hablaba una tal Beatriz Martínez era la Ana del padre de Carmen.

Movido por la excitación, pagó al dependiente y corrió calle abajo gritando:

—¡Es ella!, ¡es ella!

—¿Qué? —Carmen no podía entender qué le pasaba a su chico, que las alcanzó con la melena alborotada y con un periódico en la mano.

—¡Es ella! —repitió—. ¡Lee!

Carmen cogió el periódico y, cuando empezó a leer el artículo, las piernas le flojearon y tuvo que sentarse en el suelo.

—¿Estás bien, mami? —preguntó la niña, asustada por la reacción de su madre.

—Sí, cariño. ¡Mejor que bien! —respondió llorando y riendo a la vez.

En el reportaje se hablaba de la historia que su padre le había contado, pero narrada por Ana, y de cómo ella había intentado ir a Valencia al descubrir el mensaje de Carmen e Isabel en el periódico, pero no lo consiguió. Los médicos de la residencia donde permanecía ingresada en Moraleja la habían encontrado en Madrid y la habían devuelto a ella.

Y lo más importante: Ana contaba lo enamorada que había estado de José toda la vida, y cómo renunciar a él fue lo más duro que tuvo que hacer, incluso más que cuidar de sus cuatro hijos sola.

En el relato se omitía la verdad acerca de cómo murió Fernando de Mora; por el contrario, se contaba la supuesta pelea entre su chófer y él, que acabó con la muerte de ambos.

Y además relataba con pelos y señales el enorme sufrimiento que había tenido que padecer al lado de su marido: palizas, humillaciones, violaciones y una vida de cristal que nada tenía que ver con la realidad de puertas para adentro. El artículo terminaba con la muerte de Ana, el mismo año que José, pocos meses después.

—Sabes lo que tienes que hacer. —Mario, apartándose el pelo de la cara, la ayudó a levantarse.

—Sí —respondió decidida—. Es hora de que conozca a mi hermano.

«¿Ismael de Mora?».

Un mensaje en Facebook lo alertaba de una nueva solicitud de amistad. Procedía de una mujer cuyo nombre no le sonaba. También tenía un mensaje privado.

«Sí, soy yo», tecleó.

«Verás, no sé cómo decirte esto... He leído el reportaje de Beatriz Martínez...».

«¿Conocía a mi madre? —preguntó, y trató de ayudar a la mujer que le escribía—. Siento que se haya enterado así de su muerte».

«No, en realidad no la conocía... Pero es como si lo hubiera hecho...».

«Perdone, no la estoy entendiendo». Ismael empezaba a cansarse de esos mensajes tan raros que, además, le quitaban tiempo para estar con Beatriz.

«Me llamo Carmen Ribelles, y soy la hija de tu padre».

Ismael volvió a leer la última frase antes de levantarse de golpe de la silla en la que estaba sentado frente al ordenador. ¿Su padre? Entonces, ella era...

«Perdona, creo que no te he entendido bien. Eres la hija de...», tecleó nervioso.

«José Ribelles».

—¡Dios santo! —exclamó en voz alta en su despacho.

Entonces se fijó en la fotografía de la mujer y en los detalles del perfil: «Vive en Valencia».

¿Podía ser cierto? ¿Estaba chateando con su hermana?

«Sé que esto te pillará por sorpresa, pero me gustaría explicarte una serie de cosas acerca de mi padre. Si tú quieres, claro».

Ismael se rascó la cabeza y empezó a andar de un lado a otro de la habitación. Cuando le había dado permiso a Bea para publicar el artículo en el periódico, no pensó en las posibles consecuencias. Y ahora tenía delante, de forma virtual, a una de sus dos hermanastras.

En ese momento recibió un mensaje de Bea en el móvil:

«¿Vienes ya, o qué? ¡Comeremos a las tres como te retrases!».

Lo leyó, pero no contestó. Por el contrario, se sentó ante la pantalla del ordenador y tecleó:

«¿Tienes teléfono? Me gustaría que habláramos».

La pantalla no parpadeó, parecía que Carmen dudara. E Ismael comenzó a morderse las uñas, como hacía de pequeño. De repente entró un mensaje con un número de teléfono. Ismael suspiró y marcó.

—Hola, ¿Carmen? —preguntó con voz temblorosa—. Soy Ismael.

—Hola —respondió ella, también casi sin voz—. ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y vosotras?

—¡Oh, claro! Sí, Isabel y yo; casi se me olvida comentarte que somos dos. También bien. —Carraspeó—. Me alegra que sepas de nuestra existencia.

—Bueno, y ¿qué os ha parecido el artículo? —preguntó sin entrar en la conversación.

—¡Maravilloso! —exclamó entusiasmada; Ismael soltó una risita—. Quiero decir que, después de saber del amor que le tuvo mi padre a tu madre, ha sido increíble descubrir que fue recíproco. —Carmen hizo una pausa antes de seguir—. Él murió sin recordarla, sin recordar a nadie; tenía Alzheimer.

—Lo siento mucho —murmuró Ismael.

—Gracias. Pero nos dejó algo para ella. Nos habría gustado dárselo en persona a tu madre, pero, si quieres, podríamos dártelo a ti —sugirió.

—Claro.

—Y, si no te importa, nos gustaría presentarle nuestros respetos a la tumba de Ana.

—Pues es que la incineramos —respondió—. Teníamos previsto lanzar sus cenizas al mar este mes. Ella siempre hablaba de lo maravilloso que era y de que, aunque solo lo pudo ver una vez, aquella experiencia la marcó de por vida.

—¡Me parece una idea estupenda! —Sonrió—. De hecho, nosotras también lo incineramos; pensamos que así, algún día, viajaríamos con él de nuevo a Extremadura...

—Igual me estoy precipitando... —dijo de repente Ismael—, pero ¿qué te parecería si echáramos las cenizas de tu padre y de mi madre juntas al mar?

—¡Eso sería fantástico! Aunque primero lo tengo que consultar con Isabel —aclaró, refrenando su entusiasmo.

—Lo entiendo.

—¿Te parece bien que te llame mañana y te lo confirme?

—¡Claro! Ahora podemos hablar cuando quieras.

Ismael acababa de conocer una parte de su familia que creía que jamás conocería. Y aunque aún era pronto para celebrar comidas familiares, o para referirse a José como «su padre», Ismael volvía a sonreír pensando en la nueva oportunidad de saber algo más de ese hombre al que su madre tanto amó en vida.

Epílogo

Quince días después, Carmen e Isabel esperaban nerviosas a Ismael y a Beatriz en la dársena del puerto de Valencia, con la urna de José en sus manos.

—¿Has traído la carta? —preguntó Isabel.

—Sí. —Metió la mano en el bolso y sacó un papel arrugado con la letra de José.

—¿Estás segura de que es mejor leerles solo esto? ¿No preferirías que supieran la versión de papá? ¿Sus memorias?

—No —contestó tajante—. De momento no estoy preparada para que sepan ciertas cosas. Yo quería mucho a papá, pero también a mamá. Y algunas de las cosas que me contó no me gustaron, y sé que a ti tampoco.

Isabel asintió, recordando cómo su padre había admitido que nunca amó a Amparo.

—De esta forma honraremos a nuestro padre y no faltaremos a la memoria de nuestra madre —aclaró Carmen.

—Me parece bien —contestó Isabel con una sonrisa, constatando lo mucho que había madurado su hermana en esos últimos años—. Además, ha sido una suerte encontrarla entre los discos antiguos de papá.

—Creo que intentó enviarla, pero que en el último momento la vergüenza de que Ana lo viera enfermo, o la propia enfermedad, lo evitó.

En ese momento llegaron Ismael y Beatriz cogidos de la mano, sonrientes y portando la urna de Ana. Por la forma de vestir de él se notaba que siempre había pertenecido a la alta sociedad.

—Perdonad el retraso. —Ismael extendió su mano para saludarlas.

—No os preocupéis, acabamos de llegar —respondió Carmen.

—Entonces, ¿vamos? —preguntó él.

—Claro. Hemos traído una carta que escribió mi padre años antes de morir —explicó Carmen, y les enseñó el papel manuscrito—. Nos gustaría leerla cuando estemos en alta mar, si no os molesta.

—Por supuesto.

De camino al pequeño velero que Ismael había contratado, los cuatro iban observándose con curiosidad.

Isabel comprobó que Ismael era muy atractivo. De al menos metro ochenta de estatura, debía de haber heredado los ojos de su madre, los cuales, enmarcados por una tez morena, como la suya, otorgaban a su hermanastro una mirada muy atrayente.

Carmen, por el contrario, trató de buscar similitudes con su padre, y las encontró en el rizo de su pelo y en su forma de andar. Abría un poco las piernas, como si estuviera montando a caballo. Recordó con una sonrisa cómo aquello le daba mucha rabia a su madre, que siempre estaba corrigiéndolo.

Ismael les había contado que Ana intentó por todos los medios ir a Valencia a presentarle sus

respetos a su padre cuando falleció, y que él mismo la ayudó a escaparse de la residencia donde estaba y llegar por sus propios medios, como ella quería, a la estación de Madrid.

Sin embargo, cuando fue localizada allí por los médicos de la residencia, Ana se cerró en banda y no quiso decir una palabra.

—Teníamos dinero suficiente para ir a veros —añadió Ismael con tristeza—. Pero mi madre nunca quiso que su historia se supiera en mi pueblo. Ella pensaba que podría afectar a mis negocios que se descubriera que yo no era hijo de Fernando de Mora.

—¿Y entonces, el artículo de Beatriz? —preguntó Isabel—. Porque ahí queda destapada toda la historia.

—Eso fue cosa mía —intervino la periodista—. El caso de Ana, una anciana que había sido localizada en estado casi catatónico en la estación de autobuses de Madrid, con rumbo a Valencia, sin ningún motivo aparente para huir de su residencia, llegó a mi redacción.

Beatriz recordó con una sonrisa la vez que conoció a Ana y el sentimiento de ternura que le inspiró conocer su vida.

—No fue fácil —continuó—, pero conseguí que me contara su historia y finalmente que accediera a publicarla.

—Eso le valió un ascenso en su trabajo y un nuevo novio —dijo Ismael besándola con cariño.

—Entonces, si no hubiéramos leído el artículo y no nos hubiéramos puesto en contacto contigo, nunca nos habríamos conocido, ¿no? —Carmen hizo un mohín.

—Probablemente —se sinceró Ismael—. Esta historia ha estado silenciada en mi familia durante años, y no ha sido fácil para mí dar el paso y que todo el mundo murmure y se crea con derecho a opinar sobre mi madre. —Suspiró; Beatriz le apretó fuerte la mano—. Después de todo, no creí que estaría preparado para conocer a la familia de mi padre.

—Pero aquí estamos —susurró Carmen con los ojos empañados.

—Sí, y estoy muy agradecido de que decidierais localizarme. —Sonrió a su hermana.

Cuando por fin llegaron a alta mar, y antes de que Ismael pusiera la canción *Smoke gets in your eyes* y lanzaran los restos de los dos amantes al mar, Carmen leyó la carta de su padre conteniendo la emoción:

Amada mía,

es probable que esta carta nunca llegue a tus manos, pero tal vez el viento te lleve mis palabras y consigan acariciarte como lo hice yo hace muchos años.

Desde el momento en que el doctor me dijo que sufría Alzheimer, en lo único en lo que he podido pensar es en que en algún momento podría llegar a olvidarte.

Olvidar tu sonrisa, tus inmensos ojos azules, tus labios, tus manos... Puedo asegurarte que el dolor fue tan insoportable que en aquel instante quise morir.

Todos estos años has estado en mis pensamientos y en mi corazón. Jamás te he olvidado, y aunque no has contestado a ninguna de mis cartas, sé que tú tampoco lo has hecho.

Supongo que incumpliste tu promesa de seguir en contacto conmigo por lo que ocurrió en Moraleja y por respeto a mi familia. Lo entiendo. A mí, probablemente, me hubiese faltado valor para poder decidir lo correcto.

Quiero decirte que he sido muy feliz, mi vida ha sido plena junto a mis hijas y mis nietos, y ellas saben todo lo que pasó entre nosotros. Quise ser sincero

con ellas cuando murió mi mujer, a la cual tengo que agradecerle que fuera una excelente madre y que nunca me echara en cara mis carencias, ni que no pudiera amarla con toda la intensidad que ella hubiera esperado. Y es que mi corazón ya estaba ocupado.

Al morir el día, mi último pensamiento siempre era para ti. ¿Cómo estarías?, ¿qué sería de nuestro hijo?, ¿te acordarías de mí como yo de ti?, ¿fue tan importante para ti como lo fue para mí?

Y el mejor momento era cuando llegaba la noche, porque entonces viajaba en sueños a tu cama y te hacía mía, como aquella primera vez a los pies de nuestras montañas.

No sé si es normal o no lo es enamorarse de alguien en tan poco tiempo, solo sé que a nosotros nos pasó y, pese a todo, fue maravilloso.

En esta vida no pudo ser, pero puede que tal vez lo sea en la siguiente. Allá donde vaya, siempre te esperaré. Solo espero que cuando llegues, tú también me reconozcas.

Te ama;

Tu amante esposo,

José.

Carmen sintió como si una brisa le acariciara el pelo y le susurrara: «Gracias, pececito».

Miró a su hermana y a Ismael y supo que a partir de aquel día las almas de los dos amantes sonreirían por fin; las piezas del puzle acababan de encajar.

El atardecer fue despidiéndose de ellos mientras los nuevos hermanos se abrazaban, embargados de emoción y contemplando cómo las cenizas de sus padres compartían juntas toda la eternidad.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi profesora y correctora Érika Gael, por animarme y creer en la novela desde un principio, por su profesionalidad y por saber pulir a la perfección la historia de José y Ana.

Gracias a Alexia Jorques, por comprender y plasmar perfectamente mi idea en esta preciosa portada.

Gracias, también, a Adriana Rubens, por compartir sus conocimientos como escritora y por su eterna paciencia ante mis preguntas.

Muchas gracias a Ana María Perales Blasco y a la asociación que representa: Asociación Alzheimer Perales, por facilitarme la información necesaria sobre una enfermedad tan dura como esta y por la gran labor que realiza en su centro, día a día.

A mi familia, mi madre, mi marido y mis hijos, porque han tenido que compartirme con otro clan familiar durante casi un año. Sois el motor de mi vida.

Y naturalmente a mi batallón Nusán, gracias por seguirme desde el minuto cero, por creer en mí y por llevarme de la mano. Os debo mucho.

Biografía

Andrea Nusán nació en Valencia 1976. Apasionada de la escritura y los viajes, estudió turismo y trabajó durante varios años en hoteles, aparcando su sueño de dar vida a sus historias a través de las palabras.

Emprendedora y alma inquieta, dirigió un comercio de ropa infantil durante nueve años, mientras compaginaba su enorme ilusión de ser madre con pequeños cuentos que publicaba en un blog.

En 2015, tras dos años del cierre de su comercio y el fallecimiento de su padre ese mismo año, decide renovar su sueño de dedicarse profesionalmente a la escritura.

«José, más allá del olvido» es su último libro, y complementa la biología de «Ana, más allá del tiempo y la distancia».



ÍNDICE

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)